

ARTICULOS DE AMAMA



Polixene Trabudúa
de Mandalúniz

Universidad del Zulia

ARTICULOS DE AMAMA



Polixene Trabudúa de Mandalúniz
ARTICULOS DE AMAMA, 1990, 1ª Edición
UNIVERSIDAD DEL ZULIA
Depósito Legal: ISBN pp 980-296-116-7
Maracaibo - Venezuela
Ilustraciones: Francisco Hung
Fotografías: Andrés Iglesias, Pancho Villasmil
Fotografía Contraportada: Christian Hirov
Diagramación: Rosamaría Atencio
Impresión: Ars Gráfica S.A.



San Juan de Luz - 25-6-90



Fotografía/Andrés Iglesias

Victoria Zalacain.

Bijotz bijotzes. Neure maitazem guntiazas
Recordando a tu amateu a quieu
tanto quise! Argia! *Polixena Zabala*

AMAMA



A mis nietos:

Andoni

Maite

Elisabete

Ane-Miren

Eguzki

Ibai

Ikerne

Amaya

Igor

Yuri

Valentina

Alexander

Hans

AMAMA

“Mírale a la cara”

En Sabaneta, la penitenciaría de Maracaibo, para penetrar en la celda de los “Especiales” hay que atravesar el pabellón “Especial”. Luego pasar por una puerta de hierro con un enorme candado, atravesar un pasillo de unos treinta metros de largo por tres de ancho... Otra puerta y otro candado... Cada vez que se va adentrando uno, las puertas quedan cerradas cuidadosamente. Otra estancia ¡...Esta tiene, a la derecha, celdas de castigo cuyas rejas dan a ella. Al abrirnos la puerta advierte el vigilante: “¡No se acerquen a las rejas!... Un brazo largo puede llegar ¡...y unas garras apretar el cuello... y matar!”.

Los seres humanos allá amontonados, unos tumbados, otros agarrados a las rejas, están muy cerca de parecerse a fieras enjauladas, si no lo son. Platos de plástico con restos de arroz, cartones vacíos de leche, conteniendo líquidos dudosos, (ni cuchara, ni tenedor), algo de ropa tendida entre las rejas la diferencian de una jaula de tigres... Y al final de este pasillo está la celda de los “Especiales”.

Los “Especiales” son 17. Hay un muchachito de barrio que parece menor de edad, con cara buena y humilde. Acaban de capturarlo y tiene una herida de bala en el pie izquierdo envuelto con unas vendas mugrosas. No quiere que le lleven a la enfermería. Hay un enorme negro atlético y musculoso, con los labios pintados y rimmel en los ojos. Hay “Amalia”, delgado y elegante como un ciervo alpino. Líder del grupo. Está triste porque a su novio (sic) lo han metido en “Máxima”... Hay Freddy, apolo moreno, bello e inteligente... y preocupado, tratando de ocultar, tras los bolsillos de su camisa llenos de papeles, unas prótesis de Silicone que se hizo operar en Caracas... Quiere aprender a tejer. Hay el “Profesor”, dueño de una colchoneta sobre cartones vacíos de huevos que, en filas ordenadas, van formando una bella y cómoda cama, para premio de reciclaje.

Pasé toda la tarde con ellos ¡...y muchas tardes! Ningún sentimiento de peligro. El recuerdo de una gran plenitud, donde una está dando un poco de comprensión, algo de estima a estos marginados por los marginados, y recibe, a cambio, tanto cariño, y tan grande, que, aún ahora, al recordarlo me lleno de ternura hacia ellos.

Viene el vigilante a sacarme. Al pasar de nuevo por el pasillo de los castigados, en el ángulo extremo hay una figura extraña que llama mi atención. Alto, desgarbado, picado de viruela, con pelo escaso y malos dientes. La figura perfecta del patibulario. Me extiende los brazos, entre las rejas, y espontáneamente estrecho sus manos entre las mías. Así permanecemos un rato largo, que al vigilante le pareció de peligro, y me invitó a salir. Por primera vez no se me pedía la “platica para

comprarme jabón”, “el dentrífico, que tengo los dientes malos”, “para mandarle la carta a mi anciana mamacita”. ¡No! Los ojos del “Patibulario” tenían una extraña luz. El me pedía algo muy grande y muy difícil para mí: que le diera un testimonio de que Dios existe, y que su absurda y dolorosa vida terrestre tendrá salida hacia otra dimensión. ¡Nunca he sentido, con tanta intensidad, la importancia de un instante... y la de una palabra!!!

A la semana siguiente el “Patibulario”, Fidel, estaba fuera de castigo. Lo encontré en el patio común, pelado y polvoriento. No estaba solo; junto a él andaba Juancito. Desde entonces siempre se les veía juntos: el alto, maduro y feo Fidel, y el bello y casi adolescente Juancito.

Y empezó el doble asedio: A) Seguir hablándome sobre lo Transcendente. B) Pedir que consiguiera un trabajo para Juancito. —Amama ¡Lo de Juancito no es nada!... su excelente conducta en el penal ha decidido a la Comisión concederle el indulto, condicionado a un trabajo seguro, fuera, cualquiera”.

Conseguí libros para Fidel y para Juancito. Conseguí que el director de un liceo le diera contrato de trabajo como bedel. Al dárme lo preguntó: “¿Por qué está preso?” Era lo normal y yo no sabía la respuesta. Al volver a Sabaneta investigué con la trabajadora social, quien me contestó: “Violación de una anciana”!

Toda la repugnancia visceral, cerebral, humana, de culturas ancestrales y presentes llenaron de asco mi estado de ánimo. Así predispuesta, llegué donde Fidel y Juancito y les escupí mi rechazo. Con una gran serenidad Fidel me contesta: — ¡Amama! Tú te crees comprensiva y no puedes entender que fue un momento de droga y de influencia de la pandilla, y que Juancito no hizo nada más que estar presente ¡...Y sobre todo, mírale la cara!!!”.

La cara de Juancito ¡Cara de bello adolescente, como un ángel de Boticelli... y las lágrimas corriendo por sus mejillas!

Rompí el contrato de trabajo y dejé a Juancito ahí, bajo la custodia de Fidel. Fidel, con larga cadena, y condena por delante, y luchando para que Juancito saliera lo más antes posible de esa penitenciaría!

“Amama ¡Mírale a la cara!... Es Juan!... “El Preferido”... Nuestra larga experiencia siempre nos ha enseñado que los pobres son siempre sospechosos. Su estancia en la cárcel los deja marcados de por vida.

Los grandes gozos y deleites en palacios y mansiones están, y se diluyen entre el lujo y la complacencia sibarítica de los grandes.

Muchas veces veo la vergüenza del patio de Sabaneta donde seres humanos, amontonados como reses, son empujados al vicio por el ocio.

...Y veo al “Patibulario” Fidel clamando mi cobardía: —AMAMA ¡...MIRALE LA CARA!!!”.

“En la cárcel estaré también”

Las últimas palabras que pronunció el Papa, a los pies ya de la escalerilla, fueron: “...Que la Virgen Santísima de Coromoto proteja a Venezuela y a su señor Presidente... y muy especialmente proteja y cuide a los enfermos y encarcelados!” Volvieron a repetirse estas palabras en los informativos oficiales; luego se suprimieron para ahorrar espacio informativo al noticiario...

He reflexionado pues bastante sobre las palabras del Santo Padre, que tan bien ratifican las del Evangelio, y como hace tiempo que tenía ganas de escribir algo sobre presos y presidiarios, y principalmente sobre uno que me impresiona mucho, las bendiciones postreras del Pontífice, antes de ascender a los cielos Atlánticos, me dieron ánimo para ello.

En frente de la puerta principal de la cárcel penitenciaria de Sabaneta existía, y supongo que aún existe, una chocita donde se alquilan paltós. Paltós grandes y chiquitos, medianos y extremos, azules, claros, oscuros, de rayas, de cuadros, de cuadritos, de tipo inglés o americano, etc... Una señora gorda y simpática los prueba, cobrando cinco bolívares, advirtiendo: “Cuidado con los botones ¡...que los roban... y yo se los cobro!”.

Para visitar a los presentes presos hay que ir “empaltonado”. Espectáculo buñuelesco. Frente a un espejo, la prueba del sastre ¡Treinta y cuarenta individuos, de clase humilde, que nunca poseyeron paltó, teniendo que alquilarlo para visitar a algún pariente o vecino preso por la ley.

Junto a la chocita de protocolo, existe y hay una gran piedra de arrastre llamada la “Piedra-Angular”, donde aparecía de vez en cuando, y se sienta, una señora ya anciana, llena de dignidad, que se pasaba las horas y las horas, hasta muy avanzada la noche, rezando y orando con un rosario entre dedos. Toda vestida de negro. Y cuando se les aparecía ahí, sobre la “Piedra-Angular”, decían los vigilantes:

—Ya está el Marcos en “Máxima” otra vez!.

Así era efectivamente. Mientras su hijo estaba encerrado en la celda de máxima seguridad del complejo penitenciario (jesa vergüenza de nuestro siglo!) la pobre madre, dolorosa, permanecía sentada sobre la piedra, rezando, junto a la chocita de los paltós, eternidades.

Tardé mucho tiempo en conocer personalmente a Marcos Ríos, pero las referencias sobre su persona me llenaban de curiosidad. Había admiración entre los presos cuando se anunciaban:

—Hoy protesta Marcos ¡... ¡Hoy se alzó Marcos!”.

Pero lo que más llamó mi atención fue el comentario de un alto funcionario del penal:

—¡Siempre está protestando Marcos!... pero siempre es por sus compañeros, por pura solidaridad. Se cree Simón Bolívar... El Libertador ¡...y eso no se perdona!”.

Un día de visita general lo conocí. Recién salía de la “Máxima”. Estaba acompañado de su hermana, una digna profesora de educación. Al instante comprendí el por qué de la admiración que sobre él se centraba, principalmente la femenina. Marcos era bello, con esa belleza serena y agresiva de los Vikingos, alto, de piel blanca, de ojos verdes impenetrables.

Ese día me impresionó mucho porque vi, en la expresión de su mirada, que había permanecido durante quince largos días completamente aislado de todos y de todo, desnudo, dentro de ese cubo de paredes de hormigón y tinieblas y rejas... ¡Solo!, ¡solo!, con ideas y pensamientos, vi en su mirada esa llama de ausencia vivida y que parece ida a vacío, estando en otra dimensión, que es cuarta y que sólo he visto en algunos moribundos y en ciertos drogados.

Su hermana le dio consejos. El prometió estudiar, superarse, graduarse... pero con el tiempo retenido, Marcos se volvía cada día más rebelde, más insoportable.

—Es que ha muerto su madre y él no ha podido ir a verla! ¡No hay quien lo aguante ahora! Parece que busca la muerte... busca que lo maten!”.

Una mañana, cuando llegué a dar mi clase habitual, había como una extraña atmósfera disuelta en el patio central de la cárcel; algo raro había sucedido. Me lo contó el “Apóstol”:

—Amama ¡Si no lo ves no lo crees!... No era un hombre! era un animal salvaje! un león!... En pleno medio día y a pleno sol, y a la vista de muchos!... Sube por la valla-ciclón, salta por encima de las púas, corre como un diablo por el “no man’s land” de seguridad, vuelve a subir y saltar la segunda valla-ciclón, con más púas y más incrustantes, y corre... corre como un loco, y se oculta... y desaparece entre el monte y las chozas del lugar! ... ¡Qué genio!”.

Yo miraba el lugar, asombrada, y me costaba mucho creer que un ser humano, sin alas, pudiera saltar por ahí.

—¿Estaría drogado?”, pregunté.

—¡No lo sé!, lo que sí sé es que es muy “guapo”. Otros compañeros se arriesgaron con una pelea en el extremo opuesto de la cancha, para distraer al guardia... Pero lo matarán como a un perro rabioso!”.

A la mañana siguiente era noticia del día: “FUGA ESPECTACULAR DEL PELIGROSO HAMPON DELINCUENTE COMUN MARCOS RIOS!” Y luego con letras ya más chiquitas: “Ladrón, asesino, violador se fuga de la penitenciaría de Sabaneta...” Durante varios días más siguieron los grandes titulares de prensa donde aparecía el fugado como una especie de monstruo de “Logness”, el enemigo

público número uno.

Jamás intento averiguar sobre la vida privada, o los hechos delictivos de mis alumnos, pero esta vez fue más grande la curiosidad que mis principios. Con el permiso de una secretaria del despacho tomé en los archivos el dossier de Marcos Ríos. Miré y vi lo siguiente: "Fecha tal y tal: Atraco a mano armada, frustrado. Utilizó armas militares". Esto último subrayado con rojo.

— "...Y lo matarán como a un perro rabioso!"

Así fue en efecto, en un suceso confuso y muy abigarrado, de "página roja", en Maicao, Marcos Ríos moría acribillado a balazos.

Ahora bien, creo firmemente en la dimensión donde los espíritus purificados habitan, y creo que fue la digna matrona venezolana, que crió una hermosa familia de profesionales, donde Marcos era la oveja negra, "el dañao" como se dice en el argot presidiario, quien lo llamó para la morada eterna. Pero creo también que nosotros, miembros de una sociedad capaz de mantener una celda "Máxima" e incapaz de crear mecanismos para corregir, encauzar y orientar a estos seres de grandes valores de generosidad y de liderazgo, de heroísmo y de audacia, que sólo pudieron podrirse, por una caída, y morir como perros rabiosos, deberíamos de analizar nuestro sistema de valores más profundamente.

Guardo con ternura y respeto una carta que me escribió desde la "Máxima". Es un papel mugroso. ¿Dios sabe con qué colilla de lápiz! me dice con letra aplicada: "Estoy tranquilo. Estoy quieto. Estoy en paz. Y le pido al Señor que me dé más calma, de manera que pueda entrar en la honda paz, dentro de mi mente. En mi oración siento que me inquieto, y doy gracias al Señor por lo que estoy pasando".

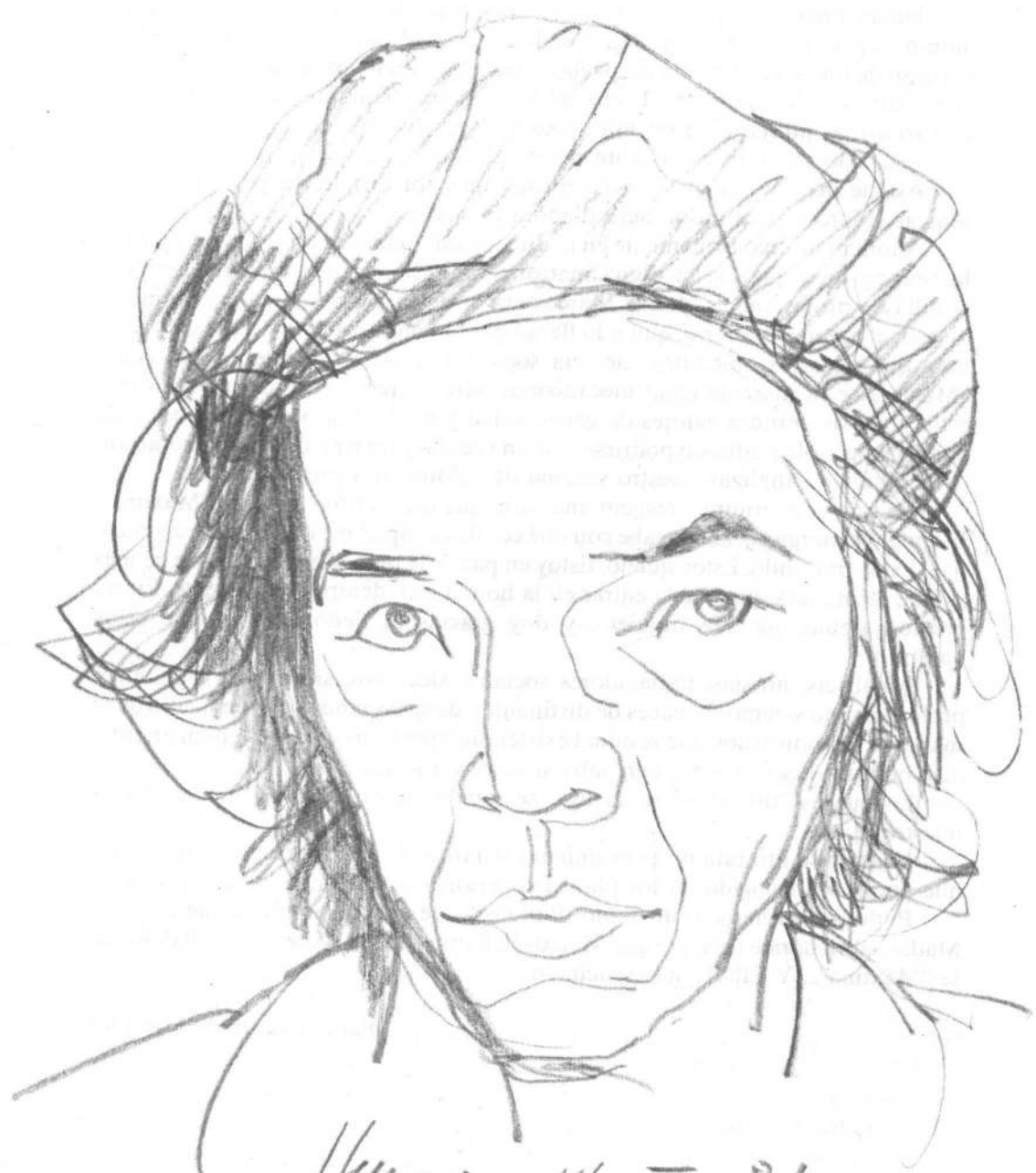
Penalistas, juristas, trabajadores sociales, sicólogos, siquiabras, capellanes, profesores ¿no seremos capaces de distinguir y de comprender que en medio de la más abyecta monstruosidad residual existen siempre individuos que, bien orientados, podrían llegar a ser quién sabe si héroes o santos?

Lo que es "diferente" se castiga, se separa, se aísla. En el fondo sólo es nuestro miedo.

Cuando se formula un pensamiento se lanza al espacio un poder tremendo que puede ser recogido en los planos superiores y autolimitados al hombre.

Pudo ser un héroe o un santo ¡Pudo ser que fue un simple condenado. La Madre sabrá dónde está, porque Marcos la llamó muchas veces desde el dolor de la "Máxima"... Y Ella lo ha escuchado.

Panorama, marzo de 1985



Hans. 14. IV. 81

“Simón el goajiro”

La primera vez que vi a Simón, sentado en el pupitre escolar de la cárcel nacional de Sabaneta, me miró feo; con esa mirada de desconfianza y hostilidad con que miran, con tanta frecuencia, los goajiros. Al pasar lista y nombrarlo:

—¡Simón Romero!

—“¡Presente!” los demás alumnos, casi a coro, gritaron:

—“Es el cacique del pabellón goajiro de la cárcel”.

Y había respeto al decirlo y en las miradas que le dirigieron...

La primera condición que impuse para compartir mis clases era que yo ignorara el crimen, o crímenes, que se les imputaba a cada uno de mis alumnos. ¡Así era mejor!, ¡Había entre ellos tanta cara linda y tanta mirada llena de dulzura y amor!. Todos eran mis hijos... ¿Que eran de alta peligrosidad? Jamás me he sentido, y me siento, más a gusto que en medio de ellos, compartiendo ideas, pensamientos, angustias, ilusiones... Y cuando vuelvo a casa, de las reuniones sociales, ¡que estúpidas y vacías me parecen las conversaciones y los intereses de los que no estamos clasificados en casilleros de “alta peligrosidad”!

Con el compartir continuo he sabido y visto muchas cosas. Que el pabellón más limpio y ordenado es el pabellón goajiro... Que allí no existe el robo, la violación, y otras plagas de todas las cárceles; y que si se da el caso, muy raro! el mismo “piache” Simón castiga y corrige a su gente sin necesidad de denunciarlos a las autoridades.

Y Simón trabaja en el taller de artesanía, y Simón controla a su gente, y Simón dirige cartas y mensajes por todos los medios que están a su alcance, pidiendo justicia para su grupo de penados, y no para él, sino para los que considera ser víctimas de la “injusticia a la Goajira” —Castigados por la “Ley Goajira” y por la “Ley venezolana”. ¡Dos veces castigados!. Cuando tando delincuente anda suelto, disfrutando de bienes y consideraciones sin límite, por estos mundos de Dios!

Y el ritmo goajiro, que yo tanto admiro, Simón sabe imprimirlo al trabajo de su gente y a su propio trabajo. ¡Con qué salero e ignorancia he oído, infinidad de veces, calificar al Goajiro de vago!

Un día de visita conocí a su madre. Una mujer relativamente joven. Toda de negro. Con esa máscara impenetrable con que el goajiro se defiende de tanto desprecio. Simón le habló en goajiro. Ella me dio un abrazo. ¡Qué transformación en su rostro!. Hacía tiempo que mis relaciones afectivas y sentimentales no me habían producido tanta emoción como ese abrazo de madre a madre. Tuve que irme pues sentía que me iba a poner a llorar como una boba. Así de cursi, como la

letra de un tango argentino.

Simón cursaba libre escolaridad. Segundo año de bachillerato. (Bachillerato libre auspiciado por el gran tigre Oscar Belloso y supervisado por el no menos tigre José Antonio Rincón. Entre zarpazo y zarpazo aparece ese pedacito de calidad humana que yo reconozco y tanto aprecio en ambos; y que tanto se empeñan, los dos, en disfrazarlo en rugidos). Sentado en su pupitre escolar, con el papel en blanco y el lápiz en ristre, supongo que se pasaba todos los apuros del mundo, pero su expresión no demostraba jamás el menor nerviosismo. Las pruebas escritas de estos exámenes eran el resultado de enormes esfuerzos y de un gran sacrificio.

Lo aplazaron varias veces. Tuvo que reparar una y otra vez. Simón jamás se desanimó, o no lo demostró (ni se ofendió por las risitas y chistecitos. ¡Ah! los exigentes señores profesores, tan estrictos ¡tan severos... a veces!

Yo miraba a Simón con discreción. Su tez morena de goajiro. Su robusto cuerpo. Su seriedad peculiar... Y me imaginaba su infancia allí, entre cujies y cardos y chivos y burros... Entre su gente que mata pero no roba ni miente... Sin más juguetes que las chinas y los machorritos, las carreras en burriquitos... Y regido por un gran respeto a la Madre, al tío, a todo el clan familiar... Obediente y sereno... Responsable y ayudando a su familia.

La boda con la noviecita preparada con tanta sabiduría por esa cultura goajira que nosotros, los supersabios, no sabemos ni que existe. Por eso la negamos. Es más fácil.

El primer hijo. Luego preso, durante largos largos años. Doce años y medio. ¡Dios mío!, ¡cuántas cosas he hecho yo en esos casi trece años! Y Simón siempre allí, encerrado, en esos espacios llenos de muros y de rejas... y ahora, sentado aquí, en aula del pedagógico, teniendo que demostrar sus conocimientos sobre las "órdenes griegas" y sobre el "período decadente helenístico y sus causas"!

¡No! Francamente la vida, la educación, ser profesor, no tiene sentido, es la monstruosidad más grande si no somos capaces de ver ante todo y primeramente al ser humano y ayudarlo.

—“Tengo un hijo, en la Goajira, que cursa segundo año de bachillerato, igual que yo, y no lo han raspado”.

—“¡Simón! a tu hijo no le han raspado y a tí sí, muchas veces; ¡pero tú tienes mucho que enseñar a tu hijo y a los mismos profesores que te hemos aplazado!”.

Hablar de anécdotas bellas de Simón sería demasiado largo. Ayer fui a dar clase y todos los alumnos estaban contentos. Inesperadamente, sorpresivamente habían puesto en libertad a Simón, por orden presidencial. El no lo esperaba, ni remotamente. Su condena era de veintidós años y sólo había cumplido doce y pico. Cuando se lo comunicaron, perdió la serenidad por primera vez. Corría por todo el patio como un loco.

Simón ya está en su Goajira. ¡Qué impresión le han debido de causar los cam-

bios ocurridos después de doce años y medio!... ¡El puente sobre el río Limón! en lugar de las barcazas, y... ¡nada más! Creo que en la Goajira no han sabido de los grandes proyectos que todos los gobiernos han prometido y ninguno cumplido.

Le supongo con su familia, con su gente, asombrado... Tumbado en su chinchorro, durmiendo una hermosa "rasca"... ¡Sería justicia, después de trece años sin beber más que malta o coca-cola!

El despertar va a ser duro. Tendrá que sufrir para aprender a vivir sin los muros de la cárcel. Disponer a dónde ir, qué hacer... ¡eso es difícil! Hay que aprenderlo todo de nuevo.

Pero cuando termine el período de sorpresas y adaptaciones, Simón volverá a Sabaneta a luchar por su gente. A escribir cartas y más cartas, con su tierna y aplicada letra de escolar de primaria. (Le prometieron una máquina de escribir que no llegó nunca, porque es fácil prometer a los presos... ¡pero los presos salen!).

Sin inmutarse, con santa paciencia... ¡Simón! ¡ya eres libre! ¡libre! ¡gracias al Señor Presidente!... Lo has merecido.

El delito que cometiste lo pagaste con tiempo, con el bello tiempo irreversible de tu juventud; pero sobre todo con el ejemplo de honestidad y de dignidad que has dado a los que quedaron en la cárcel, y a muchos de los que andamos sueltos.

Panorama, 05/11/77

“Las embajadas flotantes”

Un día, conversando con el amigo Fruto Vivas, conocido hombre de inteligencia aguda y perspectivas de acierto, recuerdo que me dijo:

—“Hay tres cosas que me hacen sentir orgulloso de ser venezolano: el Comportamiento de nuestro pueblo durante la visita de Su Santidad Juan Pablo II, el Metro de Caracas, y los barcos de la C.A. Venezolana de Navegación”.

Gracias a la amable conjunción de cerebro y corazón en las gestiones gerenciales de doña Manuela de Madinabeitia, junto con la siempre Divina Providencia, hemos logrado embarcar, mi hijo Unai y yo, sobre el “Venezuela”, carguero de muchas toneladas, zarpando de la Guaira con rumbo a Europa, al puerto de Rotterdam.

Cuando uno se embarca en una de estas naves para hacer una larga travesía, casi siempre se siente una extraña mezcla de alegría y angustia. Yo iba muy predisuelta a sentirme bien pues, por puro azar, el capitán es vasco, euzkueldun, de Ondarroa, vizkayno como yo. En cuanto vi sobre el puente una alta silueta estilizada, de porte noble y recio, un auténtico “Arteta”, comprendí que era él el comandante del buque. Nos saludamos en lengua vasca. Jesús-María de Lecéa, de 52 años bien discretos, lleva 30 navegando bajo la bandera venezolana. Dan ganas de cantarle el “Boga boga mariñela”, esa vieja canción marinera del Cantábrico.

Nos conducen, con las maletas, al camarote. Una cabina amplia y muy agradable con dos escotillas ventanas dando la una a proa y la otra a estribor. Todo perfectamente limpio y aseado, lo mismo que el baño, con agua caliente. Son las doce. Ganamos el comedor. La misma impresión de pulcritud. Manteles limpios, de un rojo festivo, impecables. Servicio de mesa completo, con dos mesoneros muy correctos y cordiales. Miro hacia la mesa de la oficialidad y ¡oh sorpresa! todos unos “pichurros”, como diría mi nieta. El mayor tendrá unos 27 años. Jóvenes venezolanos egresados de la Escuela Náutica de Catia-La Mar. Los observo con ojos críticos. Se comportan como auténticos “gentlemen”. Ya más maduro, destaca entre ellos, el telegrafista, quien se parece a un joven Papa-Noël de barbas y cabellos blanquísimos.

Después de almorzar pasamos al salón, amplio y cómodo. Colores predominantes, el ocre y el verde oliva, los butacones de terciopelo así como la moqueta que recubre todo el piso no tienen ni una sola manchita. Por el amplio ventanal, mirando el mar, contemplando su majestuosa inmensidad, nos ponemos a oír el cassette de “Serenata Guayanesa”, regalo de un ángel llamado Iraida. Sería una cursilería decir que en estos momentos privilegiados el ánimo se exalta hasta los

límites de lo sublime oyendo estas voces criollas tan firmes y sutiles a la vez, y viendo la increíble armonía de las nubes blancas cabalgando sobre el azul profundo del Atlántico, ¡pero es así!

La vida tiene en el mar otra dimensión, más diáfana, más pura. Miro a mi alrededor. Todo es perfección y belleza. En cuanto a las comidas, son realmente buenas. Hemos saboreado ya, un "filet mignon" con salsa "roux" de champignons; alubias rojas a la bilbaina, con chorizo y tocino; callos a la madrileña... y un pabellón confeccionado con alta maestría. Las sopas son muy buenas, julianas y demás. Y podemos tomar el sol y sentir toda la brisa del Océano sobre nuestras pieles, recostados en cómodas tumbonas sobre el puente de cubierta bien aseado. Los salvavidas naranjas, adosados a la barandilla, con sus linternas bien sujetas, dan siempre esa impresión de aureolas de seguridad.

Desde el salón miro el horizonte lejano, infinito, tan puro, tan abstracto, y contemplo los cuadros sobre las paredes cubiertas de madera fina. Representaciones de marinas, barcos de vela, tormentas, pesqueros en faena, mar, mar, mar... ¡Que absurdo! Es como si alguien, que viviera en un magnífico bosque, colgara, para su deleite, frente a las ventanas, cuadros de árboles y selvas!

Dentro de dos días subirán a bordo los prácticos ingleses. En los puertos entran y salen continuamente funcionarios, policías, agentes, etc. El barco es como una embajada itinerante, como un pedazo de patria que recorre el mundo entero y que es visitado por gentes de todo tipo. A bordo, la limpieza y el orden dan muestras de una gran disciplina y decoro, obtenidos con inteligencia y supongo que también con algún esfuerzo. Pero qué bueno sería que además de todo esto lográsemos causar admiración por nuestro arte nacional ¡Porque podemos hacerlo! Bastaría con regalar estos cuadros marineros de ejecución mediocre (y que además son reproducciones) a oficinas de administración del interior del país, alejadas de la costa, y colocar en su lugar cuadros auténticos (o reproducciones) de nuestros grandes premios nacionales más acordes con nuestra propia identidad y con la actualidad mundial en que vivimos. Un Soto, un Hung, un Vigas, bien distribuidos por el salón principal, causarían indudablemente mayor interés y admiración; aunque al principio hubiere sorpresa de parte de los oficiales jóvenes apegados, enclaustrados, en la tradición. Pero poco a poco irían todos captando el mensaje de este espacio virgen penetrado por el signo renovador del genio creador, en un ritmo de colores y estructuras de valores relacionados plenamente entre sí, dentro de un sistema de organización estricta donde la ilusión de la perspectiva clásica es superada en beneficio de una dimensión inconmensurable. Son, indudablemente, cuadros que hacen hablar, reflexionar, comentar, discurrir, pensar... porque evocan expresiones místicas, telúricas, de un universo en gestación.

Y son los jóvenes los que están más dispuestos a entender este mensaje de actualidad... y si son marinos, más! Y con ello los visitantes y pasajeros de nuestros buques mercantes, estas embajadas flotantes que surcan los 7 mares del mundo.

tendrán ocasión de apreciar y saborear el desarrollo y florecimiento de nuestro arte.

¡Sí! Fruto Vivas se olvidó de una cuarta razón de orgullo nacional: el auge, la pujanza de la plástica venezolana.

Sobre la Atlántida,
día de San Fermín del año
de gracia de 1985. Viendo
una gaviota.

Panorama, 15/08/85

“Bichitos flotantes”

Después de dos graves operaciones y la pérdida de treinta kilos de peso, regresé a Maracaibo con la sensación de haber resucitado. A los pocos días viene a verme mi querida amiga, y profesora, Ligia Méndez, directora del Instituto Venezolano-Alemán y con su peculiar generosidad me dice: “—Mandalúniz! Te traigo un pequeño presente. Ya sabes, yo también estuve muy enferma. Me pronosticaron algo muy grave, pero me dije ¡yo no me opero!... Conseguí traer de Bulgaria unos gérmenes de yogourt natural. Hoy, mi mal ha desaparecido por completo, gracias a ellos. Aquí los tienes ¡...Cúdalos con cariño y ten la constancia de tomarlo todos los días. No olvides que los pobladores de la aldea búlgara que toman este mismo yogourt alcanzan fácilmente los 130 años... y con las facultades mentales intactas! Es increíble pero verdad”.

En mi jarrita de cristal unos como granitos de arroz. Los cuidé con cariño, con mimo, tomando cada día el producto de su alquimia natural, el famoso yogourt búlgaro, con voluntad y constancia, aunque me daba un poco de asco. A los pocos días sentí que en mí renacían las fuerzas y facultades perdidas.

Cuando preparé viaje para Francia, coloqué los gérmenes en su jarrita de cristal, tapándolos con una gasa ligera, para que puedan respirar, y abrazados sobre mi pecho emprendimos el viaje hacia Maiquetía.

—“Estás loca si crees que te van a dejar pasar al avión con ese tarro tan raro y sospechoso!” me dice mi hijo en Grano de Oro, cuando en la tibia madrugada maracucha, llena de cantos de gallos y de estrellas llegamos a La Chinita. Pero la jarra sospechosa pasó sin dificultades el control y llegó hasta la Guaira y embarcó en el “Venezuela”.

A bordo de la nave, en un estupendo camarote con escotillas a proa y estribor, los coloqué sobre la peinadora, como se coloca una reliquia. Los puse sobre una toalla doblada y mojada para que los gérmenes no se marearan con el vaivén del barco.

El Capitán, Josu Lecéa, se alegró mucho al verlos.

—¡Hombre! Estos son pues los famosos “bichitos” búlgaros!” Había oído ponderar las cualidades de este famoso yogourt. Cuando hicimos escala, en Puerto Cabello, bajó a comprar el colador de plástico y la jarra de cristal necesarios para la elaboración del producto. En cuanto zarpamos le regalé la mitad de mis “bichitos”.

Pasamos 17 días sobre el Atlántico disfrutando de momentos maravillosos... Como ése del atardecer en el mar de los Sargazos, cuando el sol, hundiéndose en

el horizonte, reflejaba sobre el mar en absoluta calma una luz como sobrenatural, plateada, que contemplábamos extasiados, mordisqueándola por parcelas, con poderosos catalejos; sintiendo la impresión de penetrar en un mundo irreal, seráfico, alucinante, de rosas y platas y grises velazquianos...

En el mar nos damos mejor cuenta de nuestra escasa capacidad ordinaria para ver las dimensiones mágicas que nos rodean continuamente. Vimos también una bandada de ballenas retozando. Masas enormes, potentes, mostrándonos con gracia sus lomos nacarados... Y, en contraste, nuestros pequeños "bichitos", quietecitos y silentes y aumentando y reproduciéndose cada día, nos parecían simples ¡granitos de arroz cocido!

Llegamos a Rotterdam. La impresión primera y predominante es de limpieza pulcra y cultura civilizada. En las calles peatoneras, construidas después de la guerra, sugestivas esculturas de bronce dorado, estilo moderno, bellísimas, en cada cruce... En el centro de la calle y a todo lo largo de la misma, enormes jaulas barrocas llenas de pájaros, periquitos, papagayos de todos los colores. La gente paseando silenciosa, o hablando bajito. En un momento dado, sentados en una terraza de café, lleno de bulevar de multitudes, cerramos los ojos... y sólo se oía el canto de los pájaros!

En la estación del Norte, una fauna humana increíble! Negros, asiáticos, polinesios, vikingos, americanos... Profusión de "punkis" con pelos desorbitados, azules, verdes, naranjas, y ropas de cuero, y zarcillos en las orejas siniestras, y cadenas y cadenas, ¡pobres diablos! ante la indiferencia general.

En el tren Naranja emprendemos viaje a París. Recorremos cómodamente la campiña holandesa contemplando el esplendor de los verdes; los diversos matices de verdes en los pastizales y pastos... esmeraldas bellísimas, y llenas de vacas... Las más hermosas vacas del mundo!

Bélgica, con su parlamento, sus monumentos y sus ladrillos, con sus carteles ya en francés, sus llanuras y planicies y cielos bajos y largos, nos habla de Jacques Brel...

Llegamos a París ¡...Y yo con mi jarrita sospechosa siempre en brazos! Nos hospedamos durante unos días en Austerlitz, peregrinando por lugares vividos en familia en años anteriores. Recorremos plácidamente el Jardín-de-Plantas, creado por voluntad del Rey-Sol, admirando su flora del mundo entero, su fauna intercontinental, increíble, las garzas rosadas más bellas de Venezuela, el condor de los Andes más grande que yo haya visto, con sus rojos ojos sanguinarios y soberbios.

Visitamos también en centro Pompidou, su plaza, inclinada como la de Siena, sus galerías-tubos transparentes de mecánica orgánica digestiva, sus terrazas y azoteas desde donde se divisa y aprecia la belleza y armonía de todo París. Y al lado, esa fuente esquizofrénica con sus feísimas esculturas modernas, de hierros pintorrojeados y embadurnados de colores chillones, históricos, flotando sobre el

estanque de aguas como aciduladas... y justo al otro lado Saint-Eustache, esa impecable iglesia gótica, con sus ventanales llenos de tracerías, sus vitrales llamantes, sus pequeños rosetones... como si la intención del urbanista fuera comparar la belleza serena y esbelta del pasado con el desbordar de la locura barroca del presente incierto!

...¡Y grandeza y suntuosidad de la piedra desnuda, impresión de eternidad cada vez que contemplamos Notre-Dame!... Y tantos y tantos recuerdos de épocas pasadas, de paz y de guerra, de ilusiones y de realidades ¡...y sobre todo de juventud!... Recuerdos! ¡“Souvenirs”!... Y el presente real, la habitación del hotel, los gérmenes búlgaros, los “bichitos” como los llama el capitán Lecéa, instalados regimiento sobre el mármol de la chimenea, tratados con respeto y cariño... y tomando con regularidad diaria su yogourt... Y la salud y la energía que aumentan cada día... ¡Y cada día dando gracias al Señor, y a la amistad que sabe compartir!

Con lo pesadas que nos ponemos las madres cuando creemos ¡oh ilusas! que debemos seguir cuidando de la salud de nuestros hijos eternamente, quise imponer a los míos el rito del yogourt diario. (Como aumentan cada día en maravillosa sinfonía de creación, hay que repartirlos o deshechar los sobrantes. Muchas amigas de Fátima los tienen. Espero que los sigan conservando!) Pero yo no conseguí infundir a los míos próximos, quizás por insistir demasiado, el entusiasmo que Ligia infundió en mí, y que el aumento de energía y fortaleza en mi vida actual confirman.

Esta semana recibo carta de mi hija Eguzki, la de Caracas, quien me dice textualmente: “...¡Lo que son las cosas de la vida! Ayer me encontré en el Círculo Militar con una amiga que hacía tiempo que no veía, Eburne Lecéa, y me cuenta que su hermano, capitán de barco, le ha traído de Bilbao unos auténticos gérmenes búlgaros de yogourt. Son fabulosos y le han producido grandes mejoras en la salud. Si quieres, puedo mandarte unos cuantos, pues aumentan cada día. Se multiplican como el pan del milagro!... Pero tienes que cuidarlos con cariño pues son muy sensibles. Cambiarles la leche todos los días y tomar el yogourt cada día. ¡Ya me dirás dentro de un mes!...”

¡Qué maravillosas sorpresas tiene la vida! Si miramos con sincera atención nuestro entorno pronto percibiremos el resonar, el retumbar, el cundir, la proyección infinita que tienen los pequeños actos humildes, discretos, hechos con amor. Una frase amable... Una carta cordial... Una sonrisa sincera... o el pequeño presente de unos “bichitos” búlgaros que ha atravesado por tres veces el Atlántico.

Panorama, 28/05/86



18/9/21. *[Signature]*

“Mama - Bella”

Cuando recordamos al gran genio de la pintura moderna, Salvador Dalí, más que su dominio técnico y más que la creatividad indiscutible de su arte, nos viene a la mente su extraordinaria coquetería: Sus bigotes engominados, antenizados, sus trajes de terciopelo, sus finas camisas con encajes de Brujas, su bastón con puño de plata incrustado de pedrerías, sus estrambóticos disfraces, su sentido del aderezo... Todo ello con el afán permanente y sin límites de estar elegante, de agrandar, de deslumbrar, de estar en candelero.

Después de un largo silencio, en estos días se nos aparece de nuevo el genio, tenazmente aferrado a sus últimos rescoldos de vida, como ausente, inexpresivo, apergaminado, momificado, fosilizado... manejado por muchas manos ajenas.

Unos labios muertos, sin bigotes ya; labios vencidos, hinchados, babeantes. Su mirada inmensa, simulando un gran secreto, pero en realidad vacía, flotando en la Nada. Una mirada hueca, sin amor por la vida, sin límites, sin objeto. Una mirada impúdica. Y luego, todas esas gasas, vendas, tubos de plástico, cordones eléctricos sosteniendo el convulsor “Parkinson”, enloqueciendo, con sibaritismo dadaísta, los últimos acordes de cordura de este profeta postrero del surrealismo. Una visión dantesca, horrible! ¡La caída del gran Monotauro! El que quiso ver árbitro de la elegancia convertido en un adefesio!

Este espectáculo trágico me hace reflexionar sobre el fenómeno moderno de la Gerontología, que se está perfilando como una nueva manera de ver el acondicionamiento ineludible de la vejez, y sus consecuencias.

Los medios de comunicación nos dan a conocer las diferentes transformaciones que se ejercen en las diferentes culturas, y las motivaciones de dichos cambios... con las más lógicas explicaciones. Surge en casi todos los países de Occidente un nuevo concepto de la familia, donde ya no cabe el abuelo, el anciano, con sus problemas.

Así, hoy en día, los viejos ricos se agrupan en colonias modelos, con todo tipo de comodidades; o en institutos especializados y provistos de todo lujo. Los viejos menos ricos también se aíslan, con menos lujo, pero siendo de vez en cuando exhibidos, zarandeados, por la feliz sociedad que los protege, enseñándonos sus salas de juego, con bingos y billares. Salas donde se baila y se hacen fiestas de disfraces... y hasta se celebra algún que otro matrimonio, bajo la mirada misericordiosa del personal clínico.

Culturas más antiguas, con menos exhibicionismo espiritual, mantienen a sus abuelos en el hogar, recreándose éstos en cuidar de sus nietos; haciendo

pequeños trabajos manuales, útiles, creando un ambiente de sosiego y de paz, rodeados de delicadas atenciones y, sobre todo, tratados con gran respeto.

"¡Honra Padre y Madre!"... Tal es el caso, por ejemplo, de China y Japón.

Lecturas, seminarios, conversaciones con amigos, y sobre todo una larga experiencia han hecho que tenga una opinión bien definida del asunto.

Las residencias con cinco estrellas, donde los usuarios gozan del lujo más refinado, teniendo que "vestirse" para bajar al comedor, prohibiéndose zapatillas y toquillas fuera de las habitaciones privadas, todo este alarde de suntuosa etiqueta palaciega no compensará nunca... no suplantarán jamás la alegría de vivir respetado y rodeado de su propia familia y allegados.

Esa melancolía sutil, por muy refinada que sea, es desesperanza de no saberse útil. Un "stress" sordo, pegajoso, que va apoderándose de los pensionistas de estas lujosas mansiones, reduciéndoles rápidamente los años de permanencia en las mismas. He tenido la oportunidad de visitar algunas de estas casas y se siente a menudo, flotando en ellas, como una especie de gran tristeza con perfiles de amargura y hasta de rencor. Tristeza que no logra reducir las sofisticadas comidas, ni la elegante habitación con televisor particular.

En mis meditaciones sobre el futuro cierto en el destino de cada uno, e incierto en la forma final privada... ¡que Dios nos libre de una vida prolongada artificialmente, como a Dalí!...y de pasar nuestra última etapa terrestre en mansiones de lujo desprovistas de Amor!!!

Sobre estas perspectivas hay dos ejemplos que me reconcilian con la vida cotidiana y me llenan de esperanza y de fe.

Una abuelita vasca de 85 años, quien después de grandes pruebas de exilio y dolores y pérdidas, vive el final de su recorrido terrestre rodeada de sus hijos y múltiples nietos; formando tribu, con gran fortaleza, en un robusto caserón. Ella es, para los que la siguen, como un faro de seguridad moral; una prolongación del pasado donde afincar sus robustas raíces para que las nuevas ramas puedan extenderse hacia espacios desconocidos... vírgenes.

También recuerdo un patio de familia maracucha. Rodeada de nietos, hijos e hijos de nietos y de los hijos de la Amiga del Jefe, y de hijos de vecinos... ¡Ella, Mamá-Bella, es la reina, la faraona de este clan de buena casta, grupo tribal más que familiar!

Envuelta en el amor y en el respeto de todos, ella es como una roca sólida donde las grandes tormentas, las pequeñas escaramuzas de los problemas cotidianos se amansan y tranquilizan con el solo milagro de su presencia.

Llena de dignidad y de dulzura, el jardín tiene alma cuando ella aparecè, sentada como en un trono, dando órdenes, consejos, sugerencias. De vez en cuando, en medio de gritos y cotorra infantil, brota una sonora carcajada, llenándose de gloria el florido patio, haciendo coro con las palomitas. Carcajada tan bella y

armoniosa que es como oír una campana de plata en la soledad de la sierra, o como el jolgorio de un potente manantial en el desierto.

¡Cuando Mamá-Bella ríe se llena de alegría toda la estancia, y los patios vecinos... y hasta el cielo!

Muchas veces me he interrogado sobre el secreto de la paz que Mamá-Bella emana y sabe distribuir con parsimonia a su alrededor.

Hoy creo sinceramente que debemos prepararnos cuanto antes, o al menos desde la madurez, para enfrentarnos con nuestra última etapa en esta vida. Lo más importante es saber salirse bien de la última escena.

...Que no hagamos de nuestras enfermedades y achaques hábitos cotidianos de exhibición.

...Que sepamos callarnos ante las decisiones de los jóvenes, en tanto no nos pidan consejo.

...Que dejemos de pensar que somos, los viejos, los únicos depositarios de la verdad.

...Que sepamos adquirir la paz y la serenidad para que nuestra sola presencia sea un remanso de tranquilidad.

...Y que sepamos de una vez ¡Dios mío, qué difícil es! que sepamos de una vez que nadie es imprescindible en este mundo... más que el ¡Amor!

Poder morirse como la abuelita de Gastañagas... Acabarse, con 100 años bien cumplidos, como una hermosa vela que se ha consumido ardiendo y dando abundante luz... y dormirse diciendo ¡ADIÓS! con la mano... tras tomarse una copita de anís... rodeada de todos los de casa... y de toda la familia... ¡qué bendición!

Panorama, 07/09/86

“Omairita, la que pintó Dios”

El terremoto de México, la erupción del león dormido de Colombia han hecho estremecer al mundo entero.

Vivimos encerrados, sumergidos en nuestro afán de confort, de comodidades, de lujos; en fin de cuentas enclaustrados en nuestra propia egolatría.

Las diferentes catástrofes, los actos de terrorismo múltiples, las guerras en el Medio Oriente, las guerrillas aquí y allá, la cumbre de Ginebra (¡que nos da la medida de la gran espada nuclear que pende sobre nuestras cabezas!), la destrucción de la Selva-Negra por las lluvias ácidas, la contaminación de ríos, mares, lagos, océanos, el acercamiento del cometa Halley... Todos estos acontecimientos y realidades que proclaman y aclaman la llegada del anunciado tema bíblico de la plenitud de los tiempos, no nos impiden seguir actuando como si nuestras vidas personales fueran eternas.

Pero una imagen, ¡una sola imagen! ha hecho el milagro de traernos colectivamente a la realidad. Toda Francia, toda España, toda Euzkadi han sentido un estremecimiento de verdadero dolor. En las calles, en los comercios, en las reuniones diversas no se ha hablado más que de Omaira. Hasta los mismos locutores franceses, tan circunspectos y cartesianos al dar las noticias, lograron apenas retener la emoción y presentar el acontecimiento con perfecta serenidad.

Y nosotros, con nuestro sentir del Nuevo-Mundo, amor de América que nos ha brindado asilo y amistad y donde todos nuestros descendientes, hijos y nietos, integran a esta patria que por circunstancias bélicas adoptaron sus abuelos, nosotros hemos sentido el impacto de un dolor desgarrador y de un gran orgullo. Dolor ante esa inmensa tumba donde han sido sepultados y aplastados, por lodo y barro, ocho mil niños. Nuestra capacidad de imaginación y de dolor no alcanza a medir la inmensidad telúrica de esas escenas de hogares felices donde se cocinaba, se miraba la televisión, se estudiaba, se amaba, se reía, se odiaba... y de repente, todos aplastados por el barro y lodo que eructa el viejo león dormido, vomita el volcán Nevado del Ruiz.

Y el impacto de un gran orgullo humano ante la figura de una niña americana quien, frente a la más terrible y temible de las pruebas físicas y morales, ha sabido mantener una serenidad incomparable, que asombra al mundo entero.

—¡Mami!... ¡Yo te quiero mucho!... ¡Mami! sé que rezas por mí... sé que tengo que vivir!...”

Y más tarde le dice a ese joven médico que trata de ayudarla:

—“Descansa un poquito y luego me ayudarás de nuevo”.

Y esta Niña-Cristo-Doliente conversó un poquito más, y hasta logró entonar, murmurar un aire de canción...

Aún hoy, después de días de haber visto su linda carita morena, de ojos negros y boca de muñeca, en la televisión francesa y en la española y en la vasca, su imagen me sigue acompañando, obsesionando, como una reliquia de santa serenidad ante la hora de la verdad verdadera.

Comúnmente no nos damos cuenta del alcance inconmensurable, de la influencia en bien o en mal que ejerce la TV. La madre de Omaira, Colombia, América entera, debe sentirse orgullosa de esta hija. Omaira se ha convertido en el símbolo de lo que puede ser la dignidad humana ante la más irreparable de las tragedias ¡la muerte!. La majestuosa serenidad de esta faz angelical pide ser recordada, honrada y venerada hasta el final de los tiempos todos.

Cuántas veces nos angustiamos y quejamos por pequeños problemas, cuando nuestros niños patean por conseguir pequeñas comodidades y hagan una tragedia por pequeños caprichos, el recuerdo de la cabecita de Omaira emergiendo del lodo durante tres días (¡somos capaces siquiera de imaginarnos lo que son tres días y tres noches en el lodo, sumergida, con los pies sobre el cadáver de su padre y de su hermanito!), la cabecita de Omaira, digo, será como un faro, como una luz de serenidad y amor que alumbre nuestras vidas, sacándonos de frivolidades mezquinas y egoísmos. Y esta esperanza no sólo será para los niños americanos, sino para muchos miles de millones de niños y adultos del mundo entero y del universo por venir.

Es para nosotros, docentes, la ocasión de recordar nuestra misión de enseñar dando ejemplo sobre la conducta entre los tiempos presentes. Estar conscientes de que algo grande y nuevo se acerca con los albores del año 2000. Todo lo clama. Es cierto que vivimos ciegos en nuestros quehaceres cotidianos. Pero debemos ir preparándonos ante la nueva era que se avecina. Surgirán nuevas estructuras, paradigmas, nuevos valores; porque los viejos ya están cansados de uso, se hallan resquebrajados y roídos ante la nueva forma de vivir que espanta, pero que será impuesta por medio de una evolución lenta y dolorosa y/o por grandes sacudidas telúricas y explosiones cósmicas terroríficas... pues está visto que sólo las grandes tragedias unen entrañablemente a los hombres. Y de lo que se trata es de unir la especie.

Por esto debemos aprovechar esta lucecita para hacernos una reflexión, y recordar que la salvación específica está en la unión, en la consolidación social del Amor, empezando por lo pequeño, lo inmediato, el individuo... luego la familia, el clan, el pueblo, la nación... abarcando el continente y englobando la esfera terrestre como urbe total... para completarnos divinamente en los famosos círculos cósmicos interpretados por Teilhard de Chardín como aureolas-coronas de sanidad, o "Noósfera" según su explicación científica. Y para llegar a este conocimiento reflexivo de la energía cósmica, virtuosamente debemos arrancar

de nuestras mentes y de nuestros sentires todo desprecio por lo ajeno, toda xenofobia, todo chauvinismo, todo narcisismo... Y sentir realmente que la verdadera patria es la esfera, la tierra, como lo soñó Bolívar empezando por la Gran-Colombia.

¡Seamos todos uno!... ¡Bolívar murió en Colombia, Santa Marta!... ¡Y Jesucristo en Jerusalem!... Para ellos las fronteras no tienen razón, ni gracia.

Que la luz que irradia una cabecita enterrada bajo el barro del León del Nevado nos ilumine claramente a todos, hombres y mujeres, para sentirnos solidarios y unidos, tanto en las riquezas planetarias, así como en el dolor. Pronto comprenderemos que es el solo, el único camino para vivir en paz. Lo dice la fe y lo dice la ciencia.

“DEIA”, Vizcaya, 02/02/88

“Omairita, la que no pintó Velázquez”

Su figura física era, sorprendentemente, la de Nicolassita, la de las “Meninas” de Velázquez.

De muy niña fue adoptada por una buena señora quien la crió con respeto y cariño. Al morir la señora, la adopta la hija de ésta, la señora María, quien la cuida y nutre como un miembro más de su propia y numerosa familia.

Omairita murió en estos últimos días. Transcendió le queda mejor. Tenía 47 años.

Omairita vivía en frente de mi casa. Durante años pude observarla y apreciarla profundamente. Mientras yo regaba el frente, ella regaba sus matas y flores que parecían crecer con más tersura ante sus cuidados delicados. Cuando en las madrugaditas me asomaba para ver la maravillosa luz del amanecer, ella se afanaba ya en su cocina, preparando el desayuno de los muchachos.

A veces, atravesando la calle, venía a visitarme. Nuestras conversaciones eran, casi siempre, de altura: la muerte y el más allá. Cuando tras un buen rato de charla y consideraciones nos despedíamos, y Dios había puesto en mis palabras algún consuelo y esperanzas para su absurda vida terrestre, ya no veía en ella su maltrecho cuerpo jorobado, ni su enana figura, ni su cara de chata rechoncha velazquiana. Eran sus ojos los que yo veía. Ojos de tímida gacela asustadiza, tan llenos de humildad y de ternura que parecían pedir perdón por haber molestado, por haber nacido... y era esa su mirada la que me acompañaba durante todo el resto del día, llenándome de una dulce paz serena.

Durante su corta vida tejó un sinfín de pañuelos y tapetes, con una paciencia que dicen que es santa, sentada en una silla de adultos, con sus piernitas colgando, como los niños; con sus gafas de aumento, como los mayores. Sus manos tejían y tejían, paños, pañuelos y pañuelitos, tapetes y mantelitos... Tejía con un ganchillo finísimo y un hilo blanco muy delgado. Así iba formando unos dibujos tan maravillosos e increíbles de flores, estrellas, soles, armonías geométricas tan perfectas, y de tal minucia, que cuando las contemplo creo ver en su espíritu una parcela del gran cerebro cósmico que creó los radiolarios y las estrellas, y los copos de nieve, seres infinitos y ninguno igual al otro, de increíble belleza, y cuya contemplación nos induce a meditar sobre la Gran Verdad. Y ahora pienso que mi pedante verborrea intelectual poco debió de influir en ese su espíritu tan elevado y discreto.

Si pudiéramos reunir en una muestra-exposición todos los pañuelos que creó Omairita en esta su vida terrestre, nos quedaríamos maravillados y tendríamos

una prueba de la "gracia de Dios" en estos seres pequeños y humildes, que el "Mundo" no sabe apreciar con justa medida, mientras viven.

Al asumir el nuevo gobierno sus funciones, Omairita solicitó una pequeña beca oficial, pues sus cansados ojos, a pesar de los gruesos lentes, ya no le acompañaban para tejer más. No tenía grandes necesidades, pero acostumbrada como estaba a ganarse algunos realitos para sus pequeñas cosas, creía que una "bequita" sería fácil de obtener de esta administración socialista, por la cual sentía grandes simpatías. Solicitó; introdujo papeles y más papeles; hizo llamados y más llamados. Se le dio esperanzas... Pero los que pudieron ayudarla no tuvieron tiempo para gustarlo en tan mínimo asunto.

Murió sencillamente, sin molestar a nadie. Sola y en silencio. Y todavía no entendemos que no existe la soledad verdadera para los que mueren santamente. Se sufre antes... pero en la propia muerte jamás he visto espanto. Murió en paz. Descansa en paz entre los bienaventurados.

Si la muerte es la cristalización de nuestros pensamientos y anhelos por la voluntad de la fe realizada, el espíritu de Omairita, quien soñó con tanta belleza que no poseía físicamente, tanto amor que no conoció voluptuosamente jamás, tanta justicia y tanta gloria, tantos y tantos pensamientos y en tantas horas de labor concentrada, mientras sus pequeñas manos sabias tejían aplicadas geometrías de flores, soles y estrellas... el espíritu de Omairita habrá presenciado, indudablemente, desde el cielo, su entierro, con cánticos de serafines y oficio señorial... que la parroquia no pudo celebrarle en su templo, por falta de tiempo, estando, como estamos, muy ocupados con la recepción pontificia...

Y también es indudable que Omairita asistirá junto al Padre Santo y Eterno a la misa del Papa en Grano-de-Oro, y a la concentración de amor y paz que propicia su visita. Y cuando, con sus bondadosas manos, el Santo Pontífice lance su bendición especial al pueblo del Zulia, ella la percibirá muy especialmente.

Esta es la gran lección que nos da su muerte:

Que estamos rodeados de seres de una gran belleza espiritual, que por su misma calidad inefable son silenciosos y humildes.

Que vivimos llenos de soberbias y vanidades, de egoísmos y mezquindades, sin comprender realmente el espíritu de poesía y de apostolado que Dios concede a los hombres sensibles ante la belleza, el orden y el sacrificio.

Que el mundo vive sin ver ni percibir a estos pequeños seres anónimos y silenciosos que nos rodean, y que un día próximo brillarán, ante todos, en la luz de la plenitud de los tiempos cumpliendo estas palabras de Cristo:

"LOS ULTIMOS SERAN LOS PRIMEROS".

Panorama, 04/03/85

“Raza gitana”

La noticia que en fechas pasadas leíamos en “Deia” sobre la protesta de varios vecinos de Añorga (Vizcaya), y padres de familia, por la utilización de una escuela abandonada para uso escolar de niños gitanos, nos produce una inmensa pena.

Los vascos nunca hemos sabido apreciar bien a los gitanos; siempre hemos desconfiado de ellos. Desde mi más tierna infancia recuerdo el barullo y el alboroto que se producían en el pueblo con la llegada de una tribu calé.

—¡Sartu olloak!!!... Batu erropak!!!...” (Meter las gallinas, recoger la ropa!).

Recuerdo también cuando, una vez, los vecinos de mi barrio de Sondika se opusieron al cura por ceder éste, a unos gitanos, una ermita abandonada para que la ocuparan durante un temporal de invierno.

Recuerdo otra escena de cuando yo tenía unos siete años. Delante de la taberna de “Satur” se estaba celebrando una boda gitana. Debían de ser gentes de “tronío” pues rompieron un puchero de barro lleno de monedas de oro que se repartieron entre sí. Sé que había mucha comida y muy buena. Nosotros, los chavales del pueblo, andábamos mirando, formando un pequeño grupo. (No recuerdo como conseguí el permiso, pero el caso es que yo estaba en medio de ese coro de chiquillos). Por delante de nuestras narices se paseaba, chuleándose, una gitanilla que no tendría más de diez años, fumando con descaro un cigarrillo y muy contenta del escándalo que producía entre el público. De repente se paró delante nuestro, con un brazo en jarras, y mirándome fijamente, desafiante, me plantó el cigarrillo prendido en la mejilla izquierda. Recuerdo que no lloré, ni grité, ni dije nada a mi madre de lo que había pasado.

Sin duda alguna toda esta oposición racial tendrá una explicación muy lógica y razonable para sociólogos y demás, pero por primera vez se me ocurre ponerme a pensar poniéndome en el lugar de los gitanos.

Este pueblo ama por encima de todo la independencia, la libertad, y esa soberanía que da la gracia del canto y del baile; y entre ellos la palabra auténtica y real tiene también valor de ley. ¿No es este el devenir a que aspiramos todos los pueblos?

Si los gitanos no acaban de adaptarse a nuestra civilización occidental es porque en el fondo la desprecian... y ¡razón no les falta! Cualquier observador objetivo sabe que nuestra sociedad está enferma, decadente, y ¿a quién puede interesarle incrustarse en un grupo decadente, si no es con espíritu evangélico de redención? Así dicho parece muy sencillo pero meditando bien sobre esto de que

“las señales biológicas vitales circulan por códigos herméticos que aún desconocemos, y se relacionan entre sí con sistemas referenciales que ignoramos oficialmente”... así pues, hoy por hoy ¿quién puede asegurar, o negar, que estos grupos humanos genuinos no obedecen a mandatos genéticos universales de una madre naturaleza genial? ¿Quién, en su inmensa sabiduría, tiene por gusto el objetivo de salar al mundo, darle sal, para que vuelva a tener la gracia que le falta y así salvarse? ¿No dicen pues los teólogos que sólo la gracia es redentora y que sin ella no se entra en el cielo?

Vivir durante generaciones sucesivas despreciados, odiados, por sociedades establecidas en la seguridad de una patria terrestre bien limitada y precisa; tener que cargar sobre los hombros del alma toda la paranoia de una culpabilidad imprecisa, y bien administrada, que nos inoculan los “payos” con su logística legal de fuerza bruta, todo esto hace que uno se vuelva montaraz, desconfiado, y que a su vez utilice el desprecio y el engaño como vuelta de moneda.

En el mundo entero, entre los grupos donde la sensibilidad cristiana, o simplemente humana, es el fundamento de una nueva actitud frente a la vida, y donde se lucha lealmente para desarraigar toda discriminación racial, toda doctrina política racista, debemos de ser claros y consecuentes con nosotros mismos y con nuestro credo, si queremos futuro.

No sólo es racismo el sur-africano. No sólo es racismo el de Harlem. También nosotros los vascos, los puros, sufrimos nuestra pequeña dosis de racismo, como por ejemplo se puede apreciar en la polémica actual de Añorga. ¡Claro! es más fácil tener la casa limpia sin recibir visitas. Más fácil y más cómodo sin “maquetos” (gente del Sur)... Porque luchar contra el racismo supone pagar nuestra pequeña cuota de molestias y desagradados, cuando prima miedo en vez de amor. Desagrado de ver a unos niños quizás un poco insolentes, diferentes, a los que no comprendemos muy bien en su exhuberante frescura, mezclarse con los nuestros; y molestos ante el recelo de creer, de estar seguros de que nos roban... (¿Quizás bienes materiales a cambio de espirituales?) Pero ¡Dios mío! ¿es que no nos damos cuenta que con todas nuestras miradas de desconfianza, de miedo, con nuestros recelos, con nuestros odios, seguimos marcando, y enmarcando, a estos seres humanos tan sensibles a la gracia, y ahondando la brecha que nos separa unos de otros, marcando cada vez más los surcos crueles que dividen nuestra humanidad, y olvidando las palabras finales del Maestro: “¡No tengáis miedo! Sobre todo no tengáis miedo... y que todos seáis Uno”?

Viviendo en Nueva-York y paseando un día con mi nieto de tres añitos, llegamos, sin darnos cuenta, a un barrio negro en plena fiesta. Con la frescura de mi ignorancia y la inocencia de mi nieto, nos sentamos en un banco, en plena plaza, a contemplar el espectáculo del jolgorio. Había muchos niños jugando. Mi nieto se fue acercando a ellos... Las palabras que le lanzaron como escupitajos y luego algunos gestos de los adultos nos hicieron pronto comprender que nuestra presen-

cia allí no era bien deseada.

En el Metro, la insolencia, la agresividad de los negros me llenaban de terror. Comentando estos incidentes con un amigo intelectual jesuíta, me dijo éste:

—Vuelve a leer “La cabaña del tío Tom” y comprenderás mejor la actitud de los negros en Nueva-York”.

Hoy creo comprender la actitud de todos los negros del mundo, de todos los gitanos, de todos los pueblos oprimidos a quienes no se les acaba de reconocer el derecho humano de ser auténticamente ellos mismos.

Niño gitano de Añorga, vasco de ocasión, que desees integrarte y estudiar en una escuela vasca, si en lugar de recibir, en el mejor de los casos, la indiferencia y el desprecio, recibes algún que otro saludo de cordial sonrisa franca y amable, no será ésto lo suficiente para romper la muralla que en tantos y tantos años y generaciones de gitanos han tenido que construir para poder vivir puro e idéntico a ti mismo; pero seguro que, poco a poco, llegaremos mutuamente a apreciarnos como es debido, y a simpatizar profundamente, fuera ya de todo miedo y de todo recelo... y crearemos entonces esta nueva sociedad humana que en los albores del año 2000 el mundo cristiano ha de forjar... si queremos sobrevivir todos en paz y justicia.

“DEIA”, Vizcaya, 31/01/86

“Estrella de David”

Ante la actualidad permanente de Israel y las pasiones que suscita, en estos días últimos, volviendo a ver la película de Alain Resnais “Noche y Niebla”, basada en documentales aliados y nazis, recordamos la historia.

Sabíamos de las barbaridades cometidas durante esta guerra mundial, pues habíamos visto muchas y variadas películas sobre el tema, pero lo que se nos presenta en el documento terrible de Resnais sobrepasa toda imagen del mal. Entre las escenas de horror hay algunas verdaderamente inolvidables. Miles de mujeres, hombres, viejos, niños, completamente desnudos, en filas interminables, esperando ante las cámaras de gas ¡...Luego, una enorme pala mecánica empujando y amontonando esos miles de cadáveres blancos y mezclándolos con la tierra negra de una fosa común!

¡Qué trigo y qué flores habrán brotado de esta tierra amasada con carnes y huesos de tantos seres humanos, de tantos corazones y cerebros, como el nuestro, donde latía con intensa fe la esperanza del Amor!

Me impresiona el comentario de uno de los verdugos del campo: “Es increíble la capacidad de resistencia que tiene el cuerpo humano”.

Otra escena: La salida de los “capos” el día de la liberación. ¡Parecían hombres y mujeres normales! Sobre todo impresionan las caras de esas mujeres vestidas de uniformes. El aire marcial, digno. Los cuerpos rollizos, bien nutridos. Muchas serían madres. ¿Cómo pudieron vivir, comer, dormir, divertirse en medio de tanto dolor; presenciando, produciendo esas torturas y horrores? Es algo que no me explico. ¿Es posible que seres racionales puedan llegar, voluntariamente, a tal degradación de lo Humano? Cuesta creerlo, a pesar de la existencia de estas pruebas auténticas y documentales históricos, la mayoría de ellos tomados por los propios verdugos.

Dentro de los mismos campos de exterminación estaban las barriadas residenciales de los altos jefes nazis quienes hacían vida familiar normal; con reuniones sociales en lujosos salones adornados de rosas, tocando el piano, mientras, desde las ventanas, podían ver los hornos crematorios y oler el humo que miles y miles de cadáveres judíos exhalaban al cielo. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que todo esto haya ocurrido en nuestros días, entre seres humanos civilizados?

Durante la ocupación nazi nosotros vivíamos en París, en el segundo piso del Nº 48 de la calle Passy. En el tercero vivía una familia judía a quien apenas conocíamos, limitándose el trato a saludos en la escalera. Estaba formada por un matrimonio joven, dos niños y dos abuelos. Los viejos nunca salían de casa. Los

jóvenes eran dueños de una tienda de exquisiteces rusas, situada junto a la iglesia española de la rue de la Pompe.

En la escalera o en la calle, siempre que me cruzaba con ellos, procuraba demostrarles mi simpatía, y la vergüenza humana ante el porte obligatorio de la estrella amarilla que debían de llevar ostentosa en la solapa, como símbolo de ignominia. Ellos correspondían a mi saludo con discreción cordial.

Muchas veces me hallaba sola en el apartamento, con mis niños, pues mi marido se ausentaba los fines de semana. Profesional del Fútbol-Club de Rouen, tenía que jugar casi todos los domingos en alguna ciudad de Normandía. La mayoría de las veces eran encuentros amistosos en pequeñas poblaciones. ¡Era la guerra! Y se les pagaba, mayormente, con "ravitaillement", productos agrícolas, pan campesino, mantequilla, huevos, aves, jamón, etc... Es fácil comprender con qué ilusión esperábamos, los martes, el regreso de nuestro "Aitatxu". Venía cargado con paquetes de vituallas que nos repartíamos equitativamente entre las familias vascas de Passy.

De vez en cuando yo salía de compras. No había mucho que comprar y todo era con "cartillas de racionamiento" y con largas e interminables colas donde se perdía el día. A veces, cuando hacía buen tiempo, solía ir a pasear, con mis hijos, a los jardines del Trocadero, frente a la Torre-Eiffel. En las calles tropezábamos con judíos que llevaban en la solapa la estrella de David. Algunos la portaban con orgullo, otros honorablemente. Otros procuraban disimularla bajo una bufanda puesta al desdén; pero la descubrían velozmente a la vista de alguna centinela pertrechada con enorme cadena y cruz de hierro... pues, si se les pedía identificación, eran inmediatamente arrestados los que ocultaban la estrella.

También recuerdo que les estaba prohibido caminar sobre las aceras. Los que más me dolían eran los niños judíos. Muchas veces se "olvidaban" de la prohibición y se subían a las aceras... para bajarse rápidamente a la vista de algún uniforme militar, ¡como si jugaran a guardias y ladrones!

Pero es de señalar que, por entonces, los ciudadanos del común no sospechábamos, para nada, de la existencia de los campos de exterminación. Presencié varias veces, en las calles de París, las cargas de esos camiones de bestias en donde amontonaban a unos seres aterrorizados. ¿A dónde los llevaban?... ¡Estábamos demasiado ocupados, con problemas de comida y carbón, bajo los continuos bombardeos, para ponernos a pensar!

Una noche, estando cenando con mis hijos, oigo que tocan a la puerta. Abro, tranquila, pensando que es algún amigo vasco, vecino, pidiendo un poco de sal o de harina, y me encuentro con la joven señora de arriba quien me dice textualmente: "¡Señora! ¡Ayúdenos!... Sabemos que son ustedes vascos y que han sufrido la Guerra-Civil... ¡Sólo ustedes nos pueden ayudar! ...¡Ningún francés nos abrirá la puerta a estas horas"! (Había "couvre-feu"). Y a continuación me explica que tiene contacto con un alto empleado del ayuntamiento, un "collaborateur" quien les ha

prometido avisarles si hay alguna redada a la casa... y que esta noche les toca a ellos.

No dudé ni reflexioné un momento. Bajaron todos inmediatamente a casa, padres, abuelos y niños. Acostamos a los niños. El más pequeño se quedó enseguida dormido junto a mi hijo Joseba. Los demás permanecemos sentados alrededor de la mesa redonda del salón-comedor. Apagamos todas las luces... ¡y a esperar! Apenas si hablábamos... musitando...

Como a eso de la media noche sentimos el ruido de unos coches que se paran frente a la casa. ¡Tenían que ser militares o de la Gestapo, pues nadie podía salir a la calle a esas horas, por nada! Había toque de queda. Al poco oímos el portal que se abre y pasos de botas que suben por las escaleras, tratando de ser discretos... Y luego aquellos momentos interminables... suspendido el tiempo y el aliento... Oyendo sobre nuestras cabezas pasos nerviosos recorriendo las diferentes habitaciones del piso superior... Y ruidos de muebles forzados, de puertas y cajones que se abren y cierran con crispado sigilo...

Fue tan intensa aquella noche, tan grande la tensión de aquella familia reunida alrededor de la mesa, esperando su destino en la oscuridad, que en verdad no sentí ningún miedo. ¡Estaba tan segura de estar haciendo lo que debía que no me imaginé, ni por un momento, que alguien podría castigarme por ello!

¡Y por fin se fueron los ruidos de arriba!... Pero seguimos sentados, hablando poco a poco, aún bajito... hasta la madrugada, cuando empieza de nuevo la circulación normal en la agitada rue Passy. Luego los seis vecinos subieron a su piso y yo me quedé ocupada con mis hijos.

A la tarde volvió la señora y me trajo un enorme pastel de almendras y una botella de vodka.

Esa misma noche, debía ser martes, llegó mi marido de Rouen cargado con paquetes de comida, llamados "colis". En cuanto vio la vodka y el pastel sobre la mesa, y le conté lo ocurrido ¡Zass! me suelta una sonora cachetada en toda la mejilla. No me dolió, pero me sorprendió mucho. Quedé un rato como anonadada. ¡Nunca me habían pegado!

Luego, como un loco, se puso a explicarme que yo había arriesgado, inconscientemente, la vida de los niños y mi propia vida... Que no teníamos ni idea de lo que estaban haciendo los nazis con judíos y simpatizantes... Que sólo por milagro nos habíamos salvado de ser arrestados y conducidos en aquellos terribles camiones... ¿hacia dónde?... No lo sabíamos entonces. Lo único que se sabía es que no se volvía más.

Recuerdo que terminamos llorando los dos... y abrazándome fuerte me dijo:

—“Has hecho bien! Yo también habría hecho lo mismo... ¡Pero es que ha sido un susto tan grande!”.

Panorama, 12/06/88

“Recordando a Jorge Negrete”

Conocí al doctor Américo Negrete hace unos 25 años, cuando éste trabajaba en San-Francisco como médico de la población. Todas las muchachas quinceañeras andaban, más o menos, enamoradas de él. Su porte ilustre de galán de cine mexicano, su simpatía personal y sus bigotes... impresionaban mucho. ¡Le llamaban Jorge Negrete!

Yo lo recuerdo principalmente por el gran interés que ponía en los problemas de los trabajadores; por su tenacidad, casi obsesiva, buscando solución médica a esa triste enfermedad, de tipo San-Vito, que aquejaba a gran número de vecinos, y por su constante entrega y vocación de servicio e investigación.

No supe de él desde entonces. Sé que ha viajado mucho pues leo con agrado sus amenos artículos en “Panorama”. En uno de los últimos, entre otras cosas y hablando de la Madre-Patria, dice así: ¡“En 1960 España era una tacita de oro”!. Franco dejaba hablar”! ¡“Había orden, respeto y paz”! “En ese año en Madrid me hizo pensar en la posibilidad increíble de que una dictadura pudiera ser mejor que una mala democracia”!

...Al leer estos alegres criterios de un observador imparcial, recordé una secuencia mía en la Venezuela de los años 50.

Nuestra familia, como tantas otras familias vascas, llegó al Nuevo-Mundo huyendo de la dictadura franquista. Guerra civil, bloqueo de Vizcaya, familiares fusilados, bombardeos, terror, pánico... y esa persecución herodiana, constante, a la raíz misma de nuestra idiosincracia vasca en su antiquísima lengua vernácula. Ya se sabe lo que es una dictadura: de las vivencias aterradoras, ¡la más nefasta para la Nación!

Tras la ascensión del Caudillo... por gracia de Dios salimos en exilio a Francia. Y aquí de nuevo la ocupación alemana. París bajo la bota del III Reich. Nuevos terrores y angustias. Inmolación de amigos judíos. Carencia de alimentos. Inviernos fríos. Gestapo. Bombardeos. Y el desembarco de Dieppe!...

Al cabo de un tiempo llegamos a Caracas donde nos esperaba un cómodo apartamento en la avenida Andrés-Bello, en frente del “Ortopédico-Infantil”. Mi marido, ex-futbolista profesional, se puso a laborar en las empresas de Eugenio Mendoza, y yo de maestra kindergarterina en el “Jardín-Luisa-Goiticoa”, donde tenía como compañera de trabajo a Argelia Laya, actualmente diputada ante la Asamblea Nacional.

Un día, era un 19 de abril y el cielo estaba espléndido, contemplábamos desde nuestras ventanas la inmensa mole del Avila, asentada en toda su portentosa

majestad al Norte, gozándonos como niños del clima maravilloso de ese valle risueño, y viendo la luz tropical jugar, en sus diversos matices, sobre los almendros en flor. Y por primera vez en muchos, muchos años nos sentíamos vivir en paz, sin ese peso constante del terror y de las paranoias de las guerras y dictaduras. ¡Era realmente como estar en la sucursal del cielo!

En ese momento se apareció por la avenida un desfile militar lleno de gracia marcial y de gran colorido. Su música rimbombante estremeció nuestros corazones en agradecimiento al Nuevo-Mundo. En un carro descapotable monumental, muy simpático y gallardo, rutilante y cubierto de oropes, el Coronel Marcos Pérez-Jiménez sonreía, con beneplácito condescendiente, a las aclamaciones del populacho. De pronto, al pasar, miró hacia arriba, hacia nuestras ventanas, y sin meditar segundo alguno, todos, toda nuestra familia entera ¡nos pusimos a agitar los brazos y a saludar llenos de fervor patriótico y de alegría! ¡Qué bien se vivía en Venezuela! ¡Qué simpático era el Gordito!

A la mañana siguiente, durante el desayuno que nos unía a todas las maestras, comenté el incidente y agregué, despistada:

—“¡Aquí no se puede decir que hay dictadura! Hay mucha libertad. Se vive muy bien y se ve que la gente quiere a Pérez-Jiménez”.

Argelia Laya, sentada en frente, no dijo nada, pero sus fuertes ojos negros me lanzaron tal mirada que quedé muy impresionada. En la tarde se acerca y me dice:

—“Mira Mandalúniz, me gustaría que me acompañaras el sábado a dar un paseo, para que vayas conociendo a Caracas”.

Acepté la invitación, y el sábado siguiente vino a buscarme, conduciendo un muy negro y muy antiguo Cadillac de ocasión. Fuimos a visitar a varias familias por San-Agustín-del-Sur. Gente humilde. Gente sufrida. Gente fuerte. Yo no sé cómo Argelia logró ponernos a todos en confianza, pero la confianza reinó. Es un arte muy político éste de crear espíritu de comunicación, rompiendo todas esas barreras de sospechas y prejuicios. Ella les transmitía mensajes y consignas y recibía encargos y recados. ¡Y hablaron! ¡Hablaron a los ausentes! ¡Dios mío qué de cosas supe entonces! ¡Estos eran los familiares de los presos y torturados de Guasina!

Cuando, después del recorrido agotador y casi insoportable, llegué a casa, ¡yo que me creía persona endurecida! sólo acerté a despedirme de Argelia diciéndole: “¡Gracias por la lección!”. Y así desperté, con sorpresa, de mi visión de la tacita de oro.

Desde entonces empecé a observar con mayor atención y respeto la labor de Argelia Laya, y pude apreciar, durante tres largos años, los métodos pedagógicos y la granítica voluntad de esta señora, modelo de maestras kindergarterina, madre y pasionaria.

Hoy se nos aparece en televisión, nimbada de blanca aureola encrespada, y

con madurez de sabiduría en su fino rostro negro; y siempre, siempre defendiendo a los pequeños débiles, a los pobres, a los desheredados, a los marginados del poder adquisitivo de esta nuestra sociedad competitiva y de consumo y abundancia, y enseñándoles a todos estos infantes de la nación el arte de regir sus propios destinos por concientización de la personalidad individual y de la unión equilibrada dentro del estado colectivo.

Es propio de todo cristiano viejo que guarda frescura respetar al prójimo, y más aún al de enfrente, y reconocer cuando éste, abnegado, trabaja para el progreso de la justicia y del saneamiento social.

Y es también lo muy propio de todo cristiano viejo, que alienta al discernimiento de lo vital con esto que llamamos Espíritu-Santo, el no confundir la derecha que es diestra por gracia del Verbo divino, con esas pretendidas, artificiales y tenebrosas "derechas" de las siniestras dictaduras que tan mal recuerdo y sabor dejan en la historia humana, retardando el despertar de la masa en su proceso evolutivo natural de ascensión hacia la Cristificación planetaria, ¿Dictaduras? ¡Ni de las buenas! ¡ni de las mejores!

Es indudable que hay un despertar real de los pueblos a la conciencia masiva de la libertad como base vital única del progreso positivo saludable. Seguir despertando todas nuestras facultades intelectuales (las personales primero, y luego las de la colectividad) es lo que necesita motivar el genio de la nación que aspire a llegar libremente, soberanamente, a la universalidad del concepto de la unión vital... ¡que es pacífica!

Y es bueno recordar también a todos nuestros cristianos tradicionalistas, y principalmente a estos nostálgicos del caciquismo caudillesco, que los mensajes de Fátima que tanto intrigaron hace unas décadas, se refieren sencillamente a esta luz del entendimiento que nace por la unión cordial de los extremos. "Cuando Rusia se cristianice... y cuando la Cristiandad reparta el pan nuestro de cada día **EQUITATIVAMENTE**... vendrá realmente... este reino de paz y de amor que todos anhelamos".

Entre tanto, cada día, muchos niños mueren... de HAMBRE.

Panorama, 15/05/85



FS/6/21. Smith

“Akelarre”

En el siglo XVI, San Juan de Luz tenía el triple de habitantes que en la actualidad. Poblada principalmente por pescadores, balleneros, armadores, piratas y corsarios, era el segundo puerto de la Costa, después de La Rochelle.

Bajo el reinado de Enrique IV, el Navarro, en el año de gracia de 1609, por decreto real se creó en el parlamento de Burdeos una comisión especial extraordinaria destinada a combatir y extirpar la brujería del País-Vasco francés. Pedro de Rosteguy, señor de Lancre, él mismo de origen vasco, y consejero de la Corona, fue designado para dirigir la “cruzada”. Oficiaba con plenos poderes, incluida la pena de muerte.

Este Pierre de Lancre es el autor del famoso, alambicado y estrambótico tratado: “Sobre la Inconstancia de los Angeles Malos”, obra jugosa con la que logra proyectar hacia la posteridad su agudo perfil de intelectual barroco. La Historia nos dice que llegó a quemar, en esta sola “cacería de brujas”, a más de 600 personas. La mayoría eran mujeres. Había también algunos ancianos, entre los cuales se cuentan tres sacerdotes. (De ocho religiosos condenados, cinco lograron escapar gracias al obispo de Bayona).

La cremación de los peligrosos herejes se llevó a cabo en la misma plaza de San Juan de Luz en donde hoy se sigue bailando desenfrenadamente los fogosos aires folklóricos, junto con el Rock del más puro estilo Punki, cosa que pondrá los pelos de punta al señor Lancre... ¡si puede ver!

La plaza, llamada de Luis XIV, es lo más parecido a un escenario de teatro. ¡Una placita de zarzuela! Rodeada de casas de alegres colores, desemboca directamente sobre el puerto. En el centro hay un kiosko de música recubierto, en temporada, de draperías azules y borlones dorados, muy del estilo “Gran-Siècle”. Una fuentejilla, unos bancos de madera, unos árboles... y cinco cafés de amplias terrazas en donde se exhibe y cotiza el esnobismo y la moda del día. Bajo los farolillos y banderines, unos cuantos pintores “municipales” montan sus caballetes y exponen sus obras... y venden.

El espectáculo es permanente. A un lado de la casa de Luis XIV, severa y mágica, de pizarras y grises, la alcaldía; al otro lado de la plaza, la casa de la Infanta María-Teresa de Austria, de ladrillos rosados y ventanales festoneados. Ahí mismo el puerto con sus barcos, redes, colores y marineros. A unos metros, la iglesia de piedra labrada y altar recargado. (¡Iglesia donde se casó el Rey-Sol exigiendo que tras su paso se tapiase la puerta por él usada!). No muy lejos de ésta, la famosa casa-torre del Corsario, una de las más viejas de la villa, construida en

1540, ha resistido a tres incendios y un maremoto. Aquí, las distancias son apenas; todo está al lado, adosado a la playa. No se cansa la vista de ver. Sin embargo, lo más importante sigue siendo el hombre, los turistas con sus estrafalarios atuendos veraniegos, o con simples trajes de baño, paseando (como por casa) esa naturalidad y comodidad de estar que envidiarían las más grandes damas, brujas y magos del pasado.

Pero estoy segura que muy pocos de los miles de turistas que desfilan por esta plaza recuerdan que no hace mucho, y por razones de Estado, en estos mismos predios se sacrificaron 600 vidas humanas, quemadas en una hoguera.

La palabra "AKELARRE" de consonancia universal, para denominar reunión de brujas, lugar de orgías, asambleas misteriosas, conciliábulos esotéricos, etc... es palabra vasca que significa, literalmente, "campo del macho cabrío".

A siete kilómetros de San Juan de Luz están las cuevas de Sara y Zugarramurdi, cuevas enormes, inmensas, de intrincados vericuetos y salas capitulares, (donde el general carlista Zumalakárreguy logró enconchase con 3.000 de sus hombres, durante un tiempo prudencial. Cuevas en las que el Ministerio de Cultura organiza, periódicamente, espectáculos de una belleza alucinante, y donde el grupo "ETORKI" baila a la luz de velas y candiles, antiquísimas danzas, vestidos con pieles de animales, como en la prehistoria)... Es en estas cuevas donde, según la tradición, empezaron a celebrarse los primeros "Akelarres"... los días de luna llena, saliendo luego los más jóvenes "diablos" brincando y bailando por los campos vecinos, a jugar con las cabras y ríos.

Muy pocos fenómenos sociales son tan desconocidos como este de la brujería vasca. En realidad era un super-complejo de elementos religiosos, esotéricos, sociales, sexuales, políticos y demás. Todos los marginados, los descontentos, los ambiciosos, los desequilibrados, los curiosos, los frígidos... encontraban calor y comunión en la complicidad del desencadenamiento de los instintos vitales. La llamada "poción mágica" y los ungüentos afrodisíacos, con los que se ungián y masajearon los cófrades, eran el aceite y la gasolina de aquellos viajes, transportes y arrebatos. Algo así como en el "Budú" antillano, o en la "Makumba" del Sur... o en los cultos silvestres de la María Lionza de nuestra selva tropical.

No todas las brujas eran feas, viejas y desdentadas, o mugrosas fregonas. Cuentan las Crónicas que, en los akelarres vascos, numerosas eran las damas de alcurnia, las esposas de los pescadores ausentes, las jóvenes viudas, las doncellas casaderas, las solteras empedernidas... así como curas y frailes, desordenados y gitanos, rapaces, prófugos y contrabandistas... Y algún señor, y señoritos de abolengo y prosapia, en busca de nuevos estímulos. Todos ellos elementos muy dispares y antagónicos en la sociedad oficial del mundo, pero que en estas movidas y tenidas lograban tutearse y codearse... y algo más.

Generalmente se sacrificaba algún cordero, o gallina, o algún buey, según el caso y la ocasión; y la bebida sería abundante. Pronto surgían cantos y bailes,

música, juegos y farándulas, seguidos de jaleo y orgía. Algo así como en las modernas fiestas de la "Jet-Set" Marbellí, pero con más sentido de lo prohibido, puesto que entonces la ley castigaba vorazmente tales apetitos y excesos; no tanto, como bien se sabe, por razones morales como por políticas razones de seguridad de Estado. Pues ¿qué sería de la aristocracia dirigente si las gentes del común se ponían a saltar las barreras sociales? Enrique el Navarro lo comprendió muy bien... hace ya unos siglos.

El museo de Bayona conserva, entre sus numerosas piezas, una sala dedicada a los instrumentos de tortura usados, manejados, por Pierre de Lancre y sus secuaces. Son objetos obscenos, aparatos monstruosos, alucinantes. Con estas artes persuasorias el buen hombre hacía hablar, y cantar, a todos sus sospechosos recalcitrantes, logrando, muy a menudo, hacerles decir de todo... ¡y hasta de sobra!

Sería de risa, si no fuera tragedia sangrienta, el constatar hoy en día, científicamente, analíticamente, que el más brujo, hereje, anatema, desequilibrado y "tostao" no era el acusado sino el acusador. Las pobres viudas, solteronas, y mujeres de marinos confesaban siempre, y a veces pecados tales como haber hecho el amor con el mismísimo diablo, quien a menudo tomaba apariencia de macho cabrío... ¡y cosas por el estilo!

Puso fin a esta ardiente cruzada por tierras vascas el regreso inopinado de 5.000 marinos del lugar, quienes andaban por Groenlandia cazando la ballena. El hecho es histórico y ocurrió a finales del mismo año de 1609. Pero añade la leyenda que cuando le preguntaron al capitán de la flota que ¿cómo se habían enterado de lo que se "cocinaba" en San Juan? y ¿qué les había decidido a regresar antes de tiempo? parece que contestó muy serio: ¡"Una blanca paloma nos avisó!" Y otro dijo: "¡Un delfín plateado!". El hecho es que los hombres reintegraron el hogar y pusieron orden en sus alcobas, casas y pueblo, defendiendo con vigor el honor de sus mujeres.

Pierre de Lancre y su Comisión Extraordinaria tuvieron que hacer rápidamente los baúles y regresar a Burdeos. Sus orgías jurídicas, fanatismo rabioso y excesos crematorios de purificación, lograron indignar poderosamente al mismísimo obispo de Bayona.

Hoy en día ya no se frien herejes, ni brujos en la hoguera. La tolerancia es de buen tono. El fanatismo repugna a todo espíritu ilustrado. Pero ¡ay! de aquellos que intenten poner a juicio nuestra atiborrada sociedad de consumo!!!!...

Hay, actualmente, métodos de disuación muy sofisticados, no ya vulgares y grotescos como los de antaño, pero sí mucho más eficientes... y discretos.

Panorama, 20/11/88

“Dónde están los muertos?”

Ahí está, toda mojada y oxidada por las abundantes lluvias. Abandonada en medio del camino. Aún conserva intactas sus lujosas agarraderas barrocas... en fin ¡casi intactas! Es una estructura de hierro bastante bien lograda. El cristal, apenas roto, quebrado, conserva íntegra su forma original.

¿Cómo fue el rostro expuesto a miradas de familiares y amigos bajo ese escudo de transparencia mortal?, ¿joven y apuesto?, ¿viejo y decrepito?, ¿solemne?, ¿degenerado?... ¡en todo caso fue un rostro de persona rica!...

Y los rostros que se inclinaba, solícitos o curiosos, sobre ese vidrio, para contemplar la última expresión del difunto ¿eran rostros de herederos afortunados? o ¿lívidas caras transtornadas por el dolor de la gran despedida?

Seguramente ninguno de aquellos deudos se imaginaba aquél rico y bello sarcófago, forrado de blancas sedas y terciopelos rosados, rodeado de imponentes cirios y pomposas flores, expuesto en... expuesto, como lo vimos ayer, en medio de un rincón del camino, de través, medio volteado, todo oxidado y roñoso, y embardunado de barro y de lodo... estorbando el paso de vehículos.

Y ¿el cuerpo —cadáver o esqueleto— que contenía, dónde está?... Tengo ganas de preguntarle al enterrador pero ¿me dirá la verdad?. ¡A lo mejor fue a parar en manos de alumnos de Medicina, para estudios de Anatomía!... ¡A lo mejor está en tierra, mezclado en la tierra, que es el ropaje más digno que se merece la muerte!

Y recorriendo esa cuadra seguimos descubriendo más cajas... como unas siete urnas, entreabiertas, arrojadas, al deshecho, como frigoríficos en desuso. Toda nuestra sensibilidad cristiana se subleva ante tamaño abandono, desperdicio e irrespeto por parte de los que debieran tener mayor vigilancia y un hacer efectivo para que el “Sagrado-Corazón” sea una última morada digna y respetada.

Oyendo los comentarios de empleados y subalternos, nos enteramos de sucesos inauditos y de actos escalofriantes. Una vez fuimos víctima, personal... de un intento de asalto por parte de un navajero con pinta de diablo Gadareno.

Pensando que nada hay nuevo, bajo el sol, en la conducta humana ante estímulos semejantes, recordamos unas páginas de la “Juana de Arco” de J. Michelet sobre la vida y costumbres del París del siglo XV, donde se nos dice que hacia finales de la guerra de los “Cien-Años”, un espectáculo macabro, llamado el “Baile de los Muertos”, se celebraba públicamente, y periódicamente, en el cementerio de los “Santos-Inocentes”, de la “rive droite”. En esta pequeña y estrecha plazuela, ubicada en el centro mismo de la gran ciudad y en la que durante generaciones de

guerras, epidemias y demás catástrofes naturales habían ido depositando sus muertos las burguesías apostólicas, es donde se hacían estos bailes sepulcrales... entre degeneradas orgías y ágapes.

Fue, al principio, solamente cementerio, lugar de muerte, campo-santo, morada de difuntos... y de algunas plantas, y de algunos pájaros e insectos, y ratas... Con el correr del tiempo, ladrones y prostitutas gustaron de él, hallando asilo entre sus muros y encontrando sosiego... pero convirtiéndolo, a veces, en lugar de "currelo" y trabajo. Realizando esos profesionales sus antojos y oficios, viejos como el mundo, sobre las mismas tumbas donde yacen nuestros allegados.

Philippe-Auguste, monarca templado, mandó a cerrar la plaza con altas murallas... y para justificar la medida, se la dedicó a un tal San Inocencio, niño mártir, crucificado por los judíos en épocas bizantinas. Pero el viejo instinto natural del pueblo cristiano sigue ahí celebrando a los Santos Difuntos.

En este mismo lugar, en el París del medioevo, de Francois Villón, Colin de Cayeux... de Saint Louis (condescendiendo) es donde se celebraba el escatológico y apocalíptico "Baile de los Muertos".

Al origen fueron los "Auto-Sacramentales", o "misterios", espectáculos laicos que se permitía exhibirse y representarse delante de la iglesia, en el pórtico, parvis o portal de la catedral.

Luego se formarían sectas y cofradías que lo fueron llevando por calles y callejas... calle abajo. O por bosques, praderas y campos hasta el campo-santo...desembocando todo ello en lupercales, bacanales y san-fermines; representaciones que fueron degenerando hasta convertirse en horribles mascaradas y carnestolendas donde seres humanos, enajenados por el paroxismo de la locura, disfrutaban bailando en rondas frenéticas de ondulante silvar, alucinados, tras un escueto esqueleto, exhibido como suprema desnudez humana, y portado como lábaro y estandarte... ésto que debiera de estar revestido por todo el peso de la tierra. Enterrado.

Fueron épocas de grandes crisis, de gran miseria humana, de pestes y azotes, de ignorancia, de miedo. Pero durante el apogeo de las grandes culturas y civilizaciones la historia nos dice que se rinde culto, solemne y prioritario, a los muertos y difuntos; se respeta el espíritu del antepasado, del Anciano de los Tiempos, y el lugar donde reposan sus diferentes despojos... Lugar donde también gustan descansar, vivos, familiares y amigos en una evocación de la imagen por el recuerdo.

Cuando una familia, o pueblo, o nación, o imperio, olvida a sus muertos, entra en decadencia y se disgrega.

Pero ¿esas jaulas ridículas, esos barrotes carcelarios, esas rejas roñosas y agresivas, esos cerrojos mohosos, quedarán pues como solución definitiva del urbanismo fúnebre?... ¿o bien el bloque de mármol veteado... de blanco, rojo, negro o

amarillo, el cubo petrificado, para protegerse de "Incubos" y "Sucubos"?... ¡Pero esto es precio muy alto!...

El abandono y la suciedad improductiva seguirán manifestando su autoridad en el "Corazón de Jesús" en tanto no venga un orden verdadero, un orden de verdad hecho de "moral y luces", como dice el Libertador.

Con este sistema de futuro-presente, serán las tumbas honradas como es debido, y el Campo-Santo un vergel real donde reflorezcan los ánimos fatigados por inspiración de las almas presentes en el recuerdo de todos los pasados, con proyección total, en perspectivas infinitas, radiales... para mayor gloria de Dios, del Hombre y del Espíritu de ambos.

Una flor morada... unas ramas verdes... algunas hojas amarillas... sembradas y cuidadas por manos de Amor... El canto alegre del pajarillo sobre el roble, mientras rezamos un misterio, nos reconcilian con la vida y con la muerte... con el "Corazón de Jesús".

Panorama, 01/11/87

“Todos los caminos...”

Cuando se llega al ocaso de la vida se puede comprobar, con asombro, las consecuencias inesperadas de pequeños actos sencillos (una visita geográfica, una carta, una conversación). En la dimensión histórica, si analizamos ciertos acontecimientos menores, podemos observar el encadenamiento de insospechadas consecuencias y proyecciones fantásticas.

La Colegiala de Cenarruza, de tradición hospitalaria, situada en el entorno de la Puebla de Bolívar de Bizcaya... el viaje, de algunos miembros de esta familia, al Nuevo-Mundo... la estadía de Simón en Bilbao, pueden ser ejemplos de ello.

Siempre he sentido gran curiosidad y verdadera ternura por el papel de colegialas y monasterios en el Medioevo, y su misión espiritual, cultural, política como agentes comunicadores e informadores especializados.

Además de su robusta arquitectura y del lento proceso de evolución hacia el pensamiento renacentista, tanto Cister como Cluny, lo que más me entusiasma de esta Orden es la vocación acogedora de sus hosterías.

Los peregrinos de la época, que por fe, o por promesa hecha a Dios (¡quizás más para librarse de tiranías domésticas y deudas que por otra cosa!) recorrían inmensos territorios repletos de bosques, plagados de fieras, alimañas, bandideros, por rutas y senderos inseguros, incómodos, vestidos con burdas túnicas y gruesas esclavinas, calzados de toscas abarcas, ceñidos los riñones con cuerdas, cubiertos con sombreros de alas anchas para protegerse de lluvias y sol, armados de un grueso bastón para zarzas, perros y manzanos... (¡remataba el bordón la concha de Santiago y una calabaza seca, llena de agua!), estos peregrinos eran, en su mayoría, respetados por las gentes pues tenían por destino Compostela, Roma... ¡y hasta, a veces, Jerusalem!

La “Vía-Láctea” o “Ruta de Santiago”, tan llena de evocaciones, leyendas y misterios, tenía para estos transhumantes, en cada monasterio un lugar de descanso y refugio donde reponerse. Estas abadías (regidas por monjes blancos o negros, según el caso) gozaban de gran autonomía por una completa organización de Estado casi independiente y soberano; manejaban los destinos espirituales de Occidente, resguardando su original cultura en bibliotecas, fortalezas donde se reproducían manualmente libros y textos, con ágil caligrafía iluminada (hoy patrimonio artístico de la Humanidad). En hospitales de la Orden cuidábanse también los cuerpos materiales, con grandes conocimientos de herboristerías y cocinas, y cuidábase el propio conocimiento por medio de información puesta al día por peregrinos, vagabundos, faranduleros y embajadas que andaban

por esos caminos de Dios!

Los peregrinos eran acogidos en las hosterías en salas comunes, descansando en el mismo suelo sobre pieles y pajas. Los más privilegiados se sentaban, sobre toscas banquetas de madera, junto al fuego de la chimenea, en invierno, donde chisporroteaban leños y maderos abundantes... o bajo la frondosa parra meridiana de suculentas uvas blancas y rojas, en verano.

Una vez tranquilizada el hambre con la suculenta y única sopa del día (¡la famosa "Etxekaría"!) se improvisaban aquellas reuniones y tertulias donde seres venidos de los más apartados confines del mundo intercambiaban pareceres y esperanzas. Místicos algunos, cínicos bastantes, pero la inmensa mayoría aventureros de toda calaña. Se contaban historias, se propagaban rumores, se murmuraban chismes. Todo se sabía de moradores de burgos, monasterios y castillos. Algunas noticias parecían increíbles. Las traídas por los Cruzados de Oriente, o los heroicos y feroces antagonismos de los clanes feudales. Así, por ejemplo, se difundiría y cundiría (entre otras) ¡la bella historia de Genoveva de Brabante que tanto marcó mi infancia!

Aquellos primitivos "Hippys-Punkys" se expresaban en una especie de Esperanto argótico, chapurreando el latín romance que aprendían pronto por necesidad vital. En aquellas veladas se tocaban toscos instrumentos de cuerdas y rústicas flautas. Había entre ellos una verdadera camaradería, solidaridad estimulada por aventuras y peligros en común, una auténtica hermandad.

Hoy, cuando se contempla la Colegiala de Cenarruza, situada en una espléndida loma a la que se llega, desde la Puebla de Bolívar, por una calzada de piedras, bordeando un viacrucis de gran belleza, se piensa inmediatamente en la relación de aquellas reuniones (a las que asistirían muchas veces los hijos del caserío de Bolívar) con la aventura de embarcarse para América de los primeros Bolívar del Nuevo-Mundo. Estos bien pudieron ser estimulados por aquellos bardos celtas, juglares germanos, cadetes navarros, quienes cantarían y celebrarían la epopeya de Colón por el Dorado... pasando el tiempo.

Cuando unos años más tarde Simón Bolívar llega a Bilbao —donde vive un largo período en la calle Bidebarrieta— corrían tiempos ilustrados. Las causas de su estancia en esta villa no quedan bien definidas. Pueden ser asuntos de negocios, pero es más que probable que, además de cobrarse las letras por los aportes de café y cacao, el inquieto e inteligente Simón quisiese conocer la casa matriz de los Bolívar, y la Colegiala de Cenarruza, fortaleza espiritual que dominaba y domina la casa y la región. Probablemente también, al visitar a su maestro Simón Rodríguez en Bayona, éste le hablaría abundantemente de la famosa "Ruta de Santiago" y de su influencia escolástica sobre la vieja familia de Bolívar.

Para esas fechas y por motivos parecidos se encontraba en Bilbao el noble peruano Don Mariano de Tristán y Goyenetxe, recién casado con la inquieta joven y bella francesa Thérèse Laisné. Algunos escritores sostienen que se

encontraban en viaje porque Laisné, algo metida en política, andaba huyendo del Bonaparte ¡...Pero es más verosímil que Don Mariano, como el propio Simón, quisiera aprovechar su viaje trasatlántico para conocer la cuna y origen de su apellido vasco materno.

Lo cierto, para la ocasión, es que surgió una tierna amistad entre Simón, de 18 años, y doña Thérèse Laisné de Tristán, de esa misma edad. ¡El viejo Tristán podría haber sido el padre de ambos! ...Luego de esa temporada en Bilbao, Simón vuelve a Madrid y se casa con Doña Teresa Rodríguez del Toro; y los Tristán regresan tranquilamente a París... Donde al cabo de unos meses les nace una niña que es llamada Flora.

¡Flora Tristán, mujer extraordinaria! Aún no se ha valorado con justeza su inmensa calidad humana y su heroico y venturoso espíritu. Ella fue la egerie, la inspiradora de Carlos Marx; la primera que pronunció la histórica frase: "La unión de los trabajadores es remedio único para solucionar la miseria del proletariado!"... Y esta otra, más profunda, que roza ya con las alturas del pensamiento Teilhardiano: "¡Nuestra patria debe ser el Universo!".

Se habló y se ha escrito mucho que si Flora pudo haber sido (procreada en Bilbao) hija de Simón Bolívar. Unas cartas de ella, publicadas tras su muerte, lo hacen pensar así ¡tanto era el entusiasmo que sintiera por Simón!!! En su libro "Bolívar le Libérateur" (Editions Jean-Claude Lattés, Paris, 1979) la escritora Gillette Saurat sugiere lo mismo. Pero ello, aunque muy romántico, es improbable por la siguiente razón.

Cuando Flora Tristán, ya mayorcita viaja al Perú a reclamar la herencia que le corresponde a la muerte de su padre, los allegados le niegan su parte, por estar Don Mariano casado con Thérèse solamente por la Iglesia pero no por lo civil ...Se le dio una suma de consuelo, pues todos los que la vieron comentaban la hermosura de su rostro, de auténticas características indias, y su enorme parecido con el ilustre y muy distinguido Don Mariano de Tristán y Goyenetxe.

¡Esa "limosna", fruto de injusticia manifiesta, motivó sin duda, en Flora, ese su espíritu de rebeldía social y de profunda vocación de defensora de los desheredados!

Flora tenía raíces incaicas tan marcadas que hasta su propio nieto, el famoso pintor Paul Gauguin, era llamado familiarmente "L'Indien", aunque tenía un alto porcentaje de sangre bratona... Y nuestro Simón Bolívar no tuvo ningún ascendiente inca reconocido, ni conocido. Pero ¿quién sabe?... Caminos inescrutables tiene el Señor.

Panorama, 17/01/88

— Aug 20/26/88.



“Dos mujeres” *(Flora Tristán y Eulalia Bracho)*

En los primeros meses del año 1843 aparece en los medios obreros parisinos una mujer extraordinaria, de gran belleza exótica de vestal incaica. Tiene un porte lleno de dignidad y de independencia, y se presenta ante la audiencia proletaria con lo que ella misma denomina “La Idea”; y afirma ser portadora de una misión providencial. Esta mujer es Flora Tristán.

Nace en París el 7 de abril de 1803, de unión religiosa —¡pero no civil!— sellada entre un aristócrata peruano ilustrado, Don Mariano de Tristán y Goyenetxe y una sencilla dama francesa llamada Thérèse Lainé.

Flora pierde a su padre cuando tiene seis años y ella, hija de Amor y de Fortuna, mimada, rica, vive de pronto una miseria total, junto a su madre, hasta alcanzar los 17 años... cuando se casa con el joven litógrafo André Chazal, en cuyo taller bohemio trabaja de colorista.

Sintiéndose desgraciada en su matrimonio, en ese período en que el divorcio estaba abolido y mal visto, quita el hogar conyugal, con dos hijos frutos de esa unión. Confía los niños a su madre y se coloca como dama de compañía en casa de una gran señora inglesa. Hace muchos viajes a Inglaterra y aprende inglés. Como su marido, siempre enamorado de ella, le hace la vida imposible, persiguiéndola con sus arrebatos románticos y sus litografías, decide la Flora darse aires nuevos y se larga al Perú a reclamarle a su tío paterno, don Pío de Tristán, hombre inmensamente rico e influyente, su parte en la herencia que le dejó su padre.

El viaje que realiza Flora es largo y peligroso y lleno de aventuras ¡ténganse en cuenta los tiempos! Es durante este viaje, y al contacto con la sociedad burguesa del Perú, caricatura de la española, cuando se revela en Flora Tristán su vocación de apóstol revolucionaria.

Don Pío niega la paternidad de su hermano... y por ende, la herencia a Flora. Pero los rasgos autóctonos de la bella criolla son la evidencia misma de su origen. Ante el llamado de la sangre, don Pío le otorga una discreta pensión de caridad. Humillada y pobre, vuelve con genio a París... y para colmo de desgracias, su marido, en un intento de acercamiento que ella no acepta, la hiere gravemente de un tiro de revolver. Se salva de la muerte, y de su odioso marido quien es condenado a 20 años de presidio.

Se siente libre y fuerte y abandona definitivamente su apellido de casada.

Ahora es ¡Flora Tristán!... y se inicia como escritora. Enseguida se revela como feminista e internacionalista. Escribe varios libros, pero es sobre todo con su manifiesto, llamado "Unión-Obrera" que logra imprimir por genio, que comienza su verdadero apostolado y nombradía.

La emancipación del proletariado moderno —tema esencial en las enseñanzas de Marx y de Engels— fue proclamado oficialmente y por primera vez, hace unos ciento cuarenta años y en forma de nuevo evangelio, por una mujer cuyo nombre es ignorado por la mayoría de los que pretenden militar en la misma causa de justicia social.

Es Flora Tristán la primera en enunciar el postulado en los mismos términos que empleara Marx posteriormente. Es ella la primera que insiste sobre la necesidad vital de constituir la clase obrera fundando una organización de defensa de derechos, que tuviera a la vez de sindicato y de partido político.

Es Flora Tristán la primera que da a la unión de los trabajadores su dimensión universal, y admite en dicho cuerpo todos los proletarios del mundo, sin distinción de nacionalidades ni de sexos.

El 14 de noviembre de 1844 muere de tifus en un pobre hospital de Burdeos. Flora Tristán tenía 42 años.

Esta extraordinaria mujer fue la abuela de Paul Gauguin...

Es una linda muchachita de piel dorada, como su raza la goajira, y grandes ojos negros de su ascendencia española. Corretea alegremente por las orillas del Lago de Maracaibo. En su casita humilde de pescadores no hay grandes riquezas, ¡pero sí abundante paz y alegría!

Y es con asombro grande como Eulalia ve instalarse un buen día, junto a su vivienda, "El Chino Hung". Todos los terrenos de "La Cotorrera", hasta donde está hoy el Hotel del Lago, han sido adquiridos por ese extraño forastero. Ahí se instala una importante empresa: TRANSPORTE DE CARTUCHOS A HONG-KONG, CHINA.

Más tarde va agrandándose el negocio, exportándose a EE.UU., por buques, para la fabricación de pinturas industriales. Hung es un chico muy emprendedor. Usa coleta y suele recorrer su territorio montado en un blanco caballo, ciñéndose los riñones con un kimono... ¡y además es masón!...

¡Es fácil imaginarse lo que su presencia exótica impresionaba a los vecinos de "La Cotorrera", en aquella época!

Eulalia, junto con sus numerosos hermanos, jugaba a saltar la cerca del Chino... para intrigarlo. Un día, el Chino se armó de una escopeta, le puso sal, y quiso asustarlos... pero, accidentalmente, hirió a la muchachita en una pierna. Se ocupó de asistirla... y con el tiempo, se casó con ella. ¡Eulalia tenía 14 años y era muy bonita!

Casada y cargando un hijo en brazos embarcó con el Chino hacia el Lejano

Oriente. Pasaron por Estados-Unidos y por San Francisco, donde se embarcaron. Tras una larga y penosa travesía del Pacífico, llegaron ¡por fin! a Hong-Kong. Ahí el Chino instala a su linda maracuchita, y al bebé, en una hermosa mansión, con estanques y peces de colores y de todo, rodeándola de numeroso servicio.

Pronto, la espigada muchachita se convierte en una espléndida señora, un poco rellenita, que toma el té con sus amigas y juega al Ma-Chón. Procrea cuatro hijos más. Todos varones. Cinco en total.

El Chino iba y venía, atendiendo su casa en Hong-Kong y sus negocios en Maracaibo. La vida se deslizaba suave y normal. ¡De pronto ocurre la invasión japonesa! ...Eulalia se encuentra sola, con sus cinco hijos pequeños, y el esposo lejos. Obligada, por las circunstancias, a abandonar su residencia y la gran ciudad, y a recorrer los caminos del éxodo, tiene que sufrir el terror que engendran las guerras modernas. ¡Terror! ¡Hambre!... Cosió, en los forros de las chaquetitas de los muchachos, su dirección de Hong-Kong y la de Maracaibo, junto con unas galletas integrales que los niños no debían de comerse más que en último extremo... y ¡una estampita de la virgen de Chiquinquirá, la Chinita!

Y así, durante cinco largos años, anduvieron por los escabrosos caminos de la guerra, hasta que ¡por fin! el Chino, ya casi desesperado buscándolos por todas partes, los volvió a encontrar y los condujo a Maracaibo, instalándose todos en "La Cotorrera".

¡Esta mujer fue la madre de Francisco Hung Bracho!...

Dos destinos. Dos artistas con sus genios peculiares inquietos y atormentados y para cuya concepción otros hombres y mujeres atravesaron océanos y espacios; enfrentaron grandes dificultades y sufrimientos; aceptaron culturas diferentes y vivieron aventuras insólitas. Por ellos llega al artista el testamento invisible de tres continentes; deposita en su sangre, la carga de instintos entrenados, reflejos automáticos, terrores inconscientes, que son las brújulas sensoriales con las que se navega en lo profundo del Ser, aún antes de nacer. Y su obra es fruto de expresiones misteriosas; y se ejecuta sencillamente... por órdenes anónimas de pasados muy remotos e ignorados que se imponen. Reencuentros profundos, hondos con lejanas experiencias de ese alguien que les precedió, legándoles en los genes códigos secretos, programas que de pronto despiertan con una palabra precisa, la emoción de un color, de una música...

¡El milagro del color en las ceremonias del Inca! ¡La fortaleza de las piedras ciclópeas! ¡La dulzura de los castaños en flor junto al Sena!... Ingredientes extraños, extraordinarios que dejan caballos azules y mulatas floridas moradas sobre los arenales del arte...

¡Melancolía de las costas goajiras! ¡Dulzura y paz de este lago de Maracaibo! ¡Estallidos dantescos de los bombardeos japoneses! ¡El hambre y terror de los niños durante el éxodo! ¡Estallidos de color! ¡Espacios vacíos como la muerte!...

¡Engendrando símbolos que son la evidencia misma de la fuerza cósmica universal que habita en el espíritu humano! ¡Evolución mística del Universo que se recrea sobre telúricas bases de guerras y destrucción! ¡Ondulaciones cósmicas! ¡Niebla! ¡Luz! ¡Color! ¡Ritmos! ¡Resplandores! ¡Ausencias!... Y la esperanza firme de Paz y alegría. Mosaicos divinos de una obra en gestación: ¡MATERIAS FLOTANTES!

Panorama, 18/11/84

“La Santa Mesa”

El planeta Tierra se ha vuelto muy pequeño. Nadie puede prever el incremento de velocidad con que las aplicaciones técnicas serán, próximamente, puestas al servicio del individuo.

Esta acelerada masa de información exigida a todo aquel que quiera adaptarse a nuevos modos y modas de comunicación es muy difícil de digerir para los adultos cansados, y más aún para las personas mayores. Los niños, actualmente, manejan computadoras, y demás “artefactos” con tanta naturalidad, destreza y seguridad que nos resulta asombroso y muy complejo de entender.

En las relaciones humanas de hoy, la comunicación masiva hace que todos, o casi todos, conozcamos y participemos de usos y costumbres reservados, hasta hace poco, a grupos exclusivos y castas privilegiadas. Esto nos permite comparar, analizar y meditar, a cotidiano, sobre distintos fenómenos culturales entre los cuales el más fundamental es, indudablemente, la comida.

Cristo nos enseña, con su última cena, la sacralización en la participación de los alimentos. Desde entonces, toda familia cristiana, antes de comer, entra en comunión bajo una invocación sana, o bendición de la mesa.

De diversidades nos habla la historia y de variedades la geografía. Así los perfumes, las especias, las esencias, las composiciones más increíbles, los platos más afrodisíacos, el lujo más ostentatorio, fueron la nota predominante de aquellos banquetes famosos y ágapes de la Roma Imperial.

Así, las burdas y sólidas mesas de roble de los castillos feudales, cubiertas con largos manteles de hilo que llegaban hasta el suelo y que servían al mismo tiempo para limpiarse los dedos, cubiertos de sortijas, y las manos, cubiertas de grasa de las distintas carnes devoradas (¡aún no se había inventado el tenedor!) fueron refinándose, poco a poco, con las Cruzadas de Oriente y el aporte de las exquisiteces del Nuevo-Mundo.

Así, la elegancia de los adornos florales y centros de mesa con frutos tropicales y vasijas de oro y pedrerías de los antiguos Mayas, que tanto asombraron a nuestros conquistadores.

Así, la elegancia soberbia de los jeques árabes tomando con los dedos, como garras de águila, sus sofisticados manjares... ¡Y así y tanto más! La lista y la diferenciación de tantos modos, modales y modas en el comer y beber sería interminable... ¡aún sin hablar del “Imperio Celeste”!

Recientemente leíamos que un famoso hotel de la Costa-Azul, uno de los más “snobs” del mundo, presume de servir hasta 100 variedades, a cual más sibarítica,

de la famosa sopa de nidos de golondrina!... ¡Sin contar el salmón rosado espolvoreado con oro puro de 22 kilates! (¡auténtico!). Es sabido que cuando R. Nixon visitó China, en compañía de su señora esposa, se necesitaron tres meses de anticipación y consultas para la organización del menú, así como de la forma de la mesa y ubicación de los comensales, etc.

En la educación de los que se dedican a la Carrera (diplomática) hay una materia muy importante: la organización de una mesa de banquete oficial, o de protocolo. Aquí tiene importancia fundamental el adorno o centro de mesa, generalmente de flores; la selección del menú, según las circunstancias; la colocación de los enseres, según la solemnidad; ¡y la ubicación de los invitados, según afinidades de simpatía e intereses de Estado!

Para nadie es secreto que el acto de reunir a toda la familia alrededor de una buena mesa, es de una trascendencia incalculable para la buena armonía y comprensión de todos sus miembros.

En este mundo actual en el que se van sucediendo cambios radicales, que no comprendemos muy bien (pues ni las causas ni los objetivos parecen ser muy racionales) la sola lógica no es ya suficiente para captar la realidad presente; hace falta, además, la sana intuición, el viejo olfato del sentido común para lograr ver la situación globalmente, sin estallar. Así, hay cosas que son y seguirán siendo insustituibles: por ejemplo, la vieja unidad básica de la familia; ¡llámese tribu, casta o clan!... y su armoniosa integración al grupo social, formándolo y sustentándolo.

Por esto es útil y necesario, a todo fin convergente y a través de todos los medios educativos audiovisuales, (principalmente la prensa y la TV) repetir, incansablemente, enseñar y demostrar la importancia fundamental de la mesa familiar. No sólo a nivel de enciclopedia, o de protocolo diplomático, con finos platos de porcelana de Limoges ribeteados de azul, o de oro, y cristales de Bacarrá, y cubiertos de plata, etc... pero también, y más vital para la mesa, enseñar y demostrar la importancia del bien comer a toda "mesa"; sea ésta la pantagruélica de los banquetes de promoción, con su café, copa y puro; ¡sea esa humilde mesa de familia rústica, cubierta con mantel de plástico, y vasos de peltre!... Enseñar aquí y allá, y en todo presente, que con un precupuesto a veces raquítrico y bien estirado, un menú sencillo puede llegar a ser, por arte de magia y gracia de Amor, fuente de proteínas y de vitaminas, y demás... y por sobre todo, fundamento de unidad familiar, que es base de toda sociedad pasada y presente que aspire a futuro, como bien se sabe.

Se necesita un "Genio" que enseñe, a todos, a bien poner la mesa. Una mesa donde los hijos puedan exponer sus inquietudes, plantear sus proyectos, discutir sus intenciones, y hallar soluciones. Este es el gran reto a la mujer moderna, a la mujer que trabaja dentro y fuera de casa, porque de ella depende realmente la organización de este acto cotidiano y familiar, vital y social, que es el comer a diario, como Dios manda, ¡el pan nuestro de cada día!

Si al comienzo de cada comida hacemos una invocación elevada y elevamos el ánimo de la mesa, pidiendo para que en el mundo haya más justicia y más paz, y si lo deseamos de verdad y con fe auténtica, empezando a realizarlo en nosotros mismos y en nuestras propias familias, podemos confiar en que pronto los negros nubarrones del oscurantismo desaparecerán del horizonte humano, dando paso a claridad. Y también hay que saber que cada pedazo de pan que desperdiciamos, que despreciamos, es un pedazo de pan que robamos a un niño en alguna parte del mundo, sea éste llamado tercer, cuarto o quinto... Ingenuidad dirán algunos. ¡No lo creo!

...Si somos capaces de recrear la mesa familiar restaurando su espíritu vital...

Si tenemos voluntad para organizar los alimentos de acuerdo a técnicas de sabiduría comprobada, sabiendo, por ejemplo, combinar elementos dietéticos imprescindibles con ricos sabores y precios bajos...

Si, buscando inspiración, colocamos la mesa con orden, armonía y gracia, que sea agradable al contemplarla...

Si somos tan "mujeres capaces" para hacer sentir al grupo familiar que el jefe indiscutible de la mesa es el padre, el patriarca...

Si sabemos dirigir la conversación de forma que se planteen problemas de actualidad y se busquen y encuentren soluciones, se discutan ideas, se abran nuevas perspectivas, sin jamás llegar a esas desagradables disputas y agravios, tan indigestos como lamentables...

Si sabemos distribuir las responsabilidades, obligando por igual a niñas y a varones a aprender a servir y a ser útiles a la "mesa"...

Si al comienzo de toda comida somos capaces de lanzar una invocación a Dios Padre Eterno, o Ser-Supremo, o Energía-Cósmica-Consciente, o Jehová, o Alá, o Júpiter Olímpico, o quien sea el Absoluto en quien se crea de veras, sintiendo que esta invocación ayuda a unir un poco más los espíritus de los hombres de este planeta azul...

("Todo lo que sube converge!" dice Teilhard de Chardín, y toda sabiduría).

Si creemos realmente que comer es sagrado... y consagramos cada día un tiempo para cocinar con amor, entonces sí que estamos dando un paso firme hacia la paz y el progreso humano, un pase chiquito y humilde quizás, pero ¿quién sabe los alcances remotos que pueda llegar a tener?, entonces sí que habremos restaurado la sana mesa familiar, la Santa Mesa Familiar.

Panorama, 10/08/84

“Restaurants du Coeur”

En el mes de julio de 1985 se celebró en Inglaterra un acontecimiento musical de gran trascendencia que se estudiará en el futuro como ejemplo de fenómeno de solidaridad de masas. El autor de este milagro social es un joven farandulero, un hombre humilde lleno de sinceridad.

Los conciertos del “Band-Air” y “Live-Aid” motivados por el melencólico y transnochado rockero Bob Geldof, lograron recaudar más de un millón de libras esterlinas, con las cuales se pudo paliar el hambre de miles y miles de niños en Etiopía.

Generalmente, cuando se organizan campañas contra el hambre, u otras catástrofes, solemos aportar nuestra ayuda con cierta desconfianza. A menudo pensamos que la mayor parte del dinero —o alimentos— será desviada, por manos inescrupulosas, hacia ilícitos enriquecimientos personales.

Con su aire despreocupado de rockero taciturno, la figura de Bob Geldof ha sido la chispa que ha prendido la enorme hoguera de amor y generosidad en la conciencia social de esta generación joven que tanto nos sorprende. Los sociólogos y psicólogos tendrán que estudiar a fondo este nuevo fenómeno de intencionalidad. Es cierto, los jóvenes ya no creen ciegamente en organizaciones oficiales, sean de Estados o de Iglesias; pero se vuelcan y se entregan, con nobleza, cuando sienten la sinceridad de una causa justa orquestada con sana cordialidad; cuando sienten comunión.

Los miles de asistentes que llenaron el estadio de “Band-Air” de punta a tope, apretados en medio de una persistente lluvia, eran jóvenes la mayoría, de estos jóvenes de quienes tanto necesitamos y que tan poco conocemos aún. Por ellos, con ellos, se consiguió enviar barcos llenos de leche, carnes, cereales, fármacos, y demás, y reanimar así esos cadáveres ambulantes de niños esqueléticos cubiertos de moscas y lágrimas, cuyos enormes ojos negros, abiertos como abismos, claman al cielo; imágenes que nos brinda periódicamente la televisión mundial y que deberían de llenarnos de vergüenza y de dolor.

El mismo Bob Geldof organizó y supervisó el reparto de los alimentos. Las imágenes de los niños con las caras embadurnadas de papillas, aprendiendo a tomar el biberón; de las madres con ojos asombrados de esperanza, imágenes que con tanta maestría nos comunican las cadenas de TV han llenado de orgullo a esta pobre humanidad del consumo; demostrando así cuan fácil sería, para los Estados-Soberanos-Superdotados, arreglar el problema del hambre en el tercer mundo, si de verdad lo quisieran.

Los fenómenos de masas se transmiten y encadenan por ley carismática. El asombroso y original acontecimiento "folklórico" ideado por un artista de la farándula se ha extendido ya a toda Francia. ¡Bendita multiplicación de los panes de la buena voluntad!

Coluche, el cómico más popular y querido de estos predios europeos (algo así como el Joselo de los franceses) ha organizado, por iniciativa propia, un gran operativo social denominado "Restaurants du Coeur" ¡Restaurantes del Corazón!

Discurriendo cierta vez con sus amigos sobre el problema tan grave del hambre en el mundo, y conociéndose los grandes excedentes de productos alimenticios almacenados por la Comunidad-Europea, se le ocurrió pedir la ayuda de alumnos de la Facultad de Economía de París para hacer un estudio preciso, del que saldría esta magnífica idea. Coluche lo explica de una forma simple y jocosa: "...Excedentes de alimentos, carnes! lácteo! cereales! legumbres! ¿No hemos visto recientemente botar por las calles miles y miles de toneladas de tomates y otras hortalizas?... Excedentes de tiempos libres, entre parados, jubilados y ociosos; y falta de comida en muchos hogares franceses ¡...Hambre en el mundo!... ¿Cómo es esto pos? ¿Es que no sabemos sumar?"

Personalmente aún no comprendo cómo ha conseguido planificar y organizar esta compleja estructura que le permite repartir 600.000 comidas gratis en 250 restaurantes del Corazón repartidos por toda Francia ¡...Y es algo que se está extendiendo por toda Europa.

Coluche, este personaje cómico, gordinflón, famoso y rico, estuvo presente, y de genio inspirado, durante el maratón organizado en estos últimos días, por la televisión francesa, para recaudar fondos (¡como lo hace San Rafael en Maracaibo!). Colaboraron los más famosos artistas de la nación, sobre todo los jóvenes, los Punkys y los Rocheros... y algunos políticos despiertos, tanto de izquierdas como de derechas, hombres de olfato fino y sentido común. El propio alcalde de Burdeos, Chaban-Delmas, toma la palabra para elogiar enfáticamente la obra de Coluche. Hasta el propio Presidente de la República, Mitterand, en un discurso de tipo electoral, lo apoya y confirma públicamente.

Lo que más impresiona a la población francesa es el enfoque que le da Coluche a este problema del reparto de los alimentos, enfoque tan diferente al de las clásicas fórmulas de asociaciones de beneficencia de damas desocupadas.

—¡La tierra es de todos! dice, y ¡Francia es de todos los franceses! Todos debemos participar de los dones de nuestra tierra, según medida ¡No es caridad! ¡Es Justicia!"

Habrán detractores, esos individuos que siempre encuentran algo malo que decir de los que triunfan, pero ya lo ha dicho el muy diestro, y de derechas, alcalde de Burdeos:

—“Coluche no busca la publicidad ni la fama. Está al tope de su popularidad.

No necesita enriquecerse, es rico, muy rico. Esto que hace es asunto de una gran bondad ¡la hay! ¡existe! asunto de un gran corazón, asunto de una gran ternura hacia los que sufren”.

Ya lo dijo también el Abate Pierre: “Ante todo dolor, ante toda injusticia, empuñate, con todas tus fuerzas y con toda tu alma, en destruir las causas que los originan, pero ayudando inmediatamente, con tus medios disponibles, en calmar el dolor presente”. ...¡ya lo dijeron otros, antes!...

• Panorama, 27/02/86

“Cocina: ofrenda de amor”

La gran afición que siento por esta ciencia, y arte real, que es la cocina raya en fanatismo... ¡según mis hijos! Muchas veces prefiero leer un buen libro de cocina antes que la Historia fabulada, o las crónicas de Estado, que tanto me gustan, o el “Hola” de las altas esferas del Empíreo social. Es así que no pierdo ningún programa de nuestro canal “11” cuando proyecta temas culinarios.

Recientemente, durante la semana del periodista, se nos presentó una interesante y variada muestra de este arte lleno de colorido y, sobre todo, materia de reflexión y tema de onda preocupación para todos.

Una bella y aguerrida periodista nos demuestra, con fuerza y sinceridad, que, además de buena comunicadora, es también excelente cocinera. Aplastando con martillo de madera unos hermosos pedazos de carne roja, los rellena con un compuesto de legumbres y tocineta, los adoba con tres tipos diferentes de salsa, y los cose con aguja e hilo... con maestría digna de un sastre de calidad estelar.

Otro simpático profesional de la comunicación (después que la presentadora enumerase sus diplomas, medallas y trofeos, ¡más abundantes que los del tenista Lendel!) deleitó a los “oncevidentes” con tanta gracia y pericia que nos mantuvo, un buen rato, boquiabiertos, confeccionando una estupenda “zapoara”, adobada y rellena de verduras y jugo de mango verde.

Pero la actuación cumbre fue la de una hermosa dama, de largo y abundante cabello rubio, vestida y enjoyada con esa elegancia digna de la pasarela, quien nos deleitó preparando un mero de su propia creación. Unas buenas rodajas del pescado colocadas de canto en la cacerola ¡muy original! y adobadas con siete salsas diferentes ¡siete!, entre ellas: una “salsa negra” (sic) y una “salsa 57” (resic)... ¡Ah! y una ensalada mixta de tocineta, cebolla y repollo... todo ello cortadito finito, finito, muy finito.

Sólo faltaba que a continuación, un elegante publicista, vestido de smoking tropical, nos “cocinase” salmón ahumado de Finlandia, o caviar rosado de Irán... adobado con salsa “Azul-Turquesa” y ¡espolvoreado de lapislazuli!...

La licenciada Villasmil dirige habitualmente este programa con profesionalismo serio y gran sensibilidad social. Es bueno que consiga técnicos, “jefs”, y verdaderos amantes de la cocina que sepan confeccionar, y explicar, platos a base de alimentos más asequibles a los miles de hogares que contemplan el programa; hogares humildes, la mayoría, donde ese exhibicionismo “gastronómico” de costosos y complicados manjares puede ocasionar amarguras y rencores sociales, acumulándose como polvorines... y cuyas consecuencias nadie puede predecir.

Sería bueno divulgar más eficientemente, el opúsculo del Dr. José María de Bengóa (jefe del departamento de nutrición de la O.M.S.) donde se explica que el "pabellón-criollo" comida tradicional venezolana, es uno de los platos más completos y nutritivos que existen.

Sería bueno que el ingeniero y ecologista real, que es el señor Lenín Herrera, presente un programa donde aprendamos a distinguir, efectivamente, los buenos productos de los malos, tanto naturales como envasados. Donde aprendamos que el mejor alimento, la mejor alimentación, no es la más costosa. Donde aprendamos a reconocer el peligro de ciertos aditamentos artificiales, etc. Todo ello con su experimentado conocimiento técnico y verdadera mística ecológica.

También sería bueno que humildes amas de casa nos muestren esos secretos y trucos que una forzada economía, obligada, les ha enseñado. A utilizar, por ejemplo, pescado barato presentándolo con agradable aspecto... a aumentar una cantidad escasa de carne añadiéndole el milagro de una salsa compuesta... a aprovechar la abundancia de mangos, en su temporada, para hacer confituras, dulces y compotas, que pueden ser conservados para los meses de escasez.

Sería bueno que el simpático Cheo nos siga demostrando su gran calidad de comunicador... enseñando, además, a los más desposeídos, habilidades y experiencias que ayuden a "hacer milagros", con muy pocos y escasos medios. Por cierto que nos dio una definición muy romántica e inspirada del acto de cocinar, llamándolo "ofrenda de amor".

En las "Memorias de Adriano" de nuestra buena amiga Marguerite Yourcenar, tengo subrayado un párrafo del emperador, enfermo y moribundo, que dice así (cito de memoria, el libro lo he regalado): "Si algo me consuela del morir es porque ya no tendré que soportar más esos largos, copiosos, empalagosos banquetes oficiales, donde se exhiben, como obras de arte, las vituallas más refinadas del mundo, mezcladas con tantos perfumes y especies, manipuladas y manoseadas por tantos esclavos... ¡Qué asco me producen esas comidas!... Añoro, con nostalgia, las comidas que me servían unos humildes pescadores, sentados junto al mar. ¡Esos palpitantes y azules pescados asados en brasas de sarmientos de vid... y servidos en hojas de higuera!... O la comida de los campamentos, en rudas campañas de la legión, donde los enormes trozos de carne, asados y colocados sobre sus buenos pedazos de pan negro se comían sin más ayuda que las manos y el apetito voraz de una juventud sana!... donde la carne era carne y el pescado pescado, sin adornos y camuflajes!..."

Es indudable que la buena presentación es uno de los factores importantes de la alimentación, creemos que la televisión puede realizar una labor educativa culinaria de mayor alcance y penetración, presentando no sólo a triunfalistas brillantes sino también a especialistas calificados que nos enseñan a reconocer el valor dietético real de los alimentos, así como los peligros de abusivos aditamentos y camuflajes. ¡Que la sencilla mujer laboriosa pueda, sin tanto afanarse, preparar

unos cuantos platos simples y sanos con la ayuda de esos secretos que conoce la vida en su lucha cotidiana!

Esto si sería ofrenda de amor al pueblo, y por sobre todo, cocina inteligente de gran popularidad, con las manos en la masa!

Panorama, 26/06/88

“Diga que es para el lorito”

Esta mañana, al dar mi paseo habitual hasta un comercio de frutas donde se consiguen buenos productos y atienden bien, he presenciado una pequeña escena digna de reflexión.

Junto a la frutería, en la acera, amontonados, había unos sacos y cajas de cartón llenos de verduras y frutos averiados esperando que se los lleven los basureros. Jojotos, vainitas, berenjenas, lechugas, yucas!... Una señora, de porte distinguido, separaba y seleccionaba del montón unos hermosos jojotos apenas dañados. Al pasar, cuando la miro con cierta curiosa simpatía, me dice, como excusándose:

—¡Son para mi lorito!

Al salir del negocio, después de hacer mi compra, me fijo que otra señora, también con aires de clase bien (*nada de pobrecita*) se aleja del montón llevándose en brazos un paquete lleno de hojas de lechuga y berenjenas. Al pasar junto a ella me dice sonriendo:

—¡Son para el lorito!

...Y este lorito me hace pensar en el fenómeno ecologista y el problema del reciclaje... Y me hace recordar escenas que son frecuentes en el París de la Francia profunda.

En los mercados callejeros los “marchands-de-quatre-saisons” (verduleros-fruteros) colocan en la acera de la plaza sus productos averiados, y los pobres del lugar, “clochards” y otros indigentes, van seleccionando los más recuperables. Melones, manzanas, melocotones, peras, aguacates de los Kibutz de Israel (chiquitos pero sabrosos), naranjas de España, cambures de la Gran-Colombia, ¡de todo!... y con delicadeza (los he visto hacer más de una vez) con el cuchillo de bolsillo le quitan al fruto su trozo podrido, lo limpian y se lo llevan bien envuelto para comerlo, tras el pan y el queso y el “pinard”, en un discreto pic-nic bajo el puente, junto al Sena, viendo deslizarse las “peniches”, en paz y tranquilidad, sobre sus aguas.

También he imaginado, más de una vez, probablemente en el mismo barrio y en el mismo tiempo, sobre ricas mesas adornadas con espléndidos ramos de flores y suntuosos candelabros de oro, a esos otros seres, distinguidos, finos, encumbreados, diferentes y alejados de los anteriores, disfrutando, saboreando los mismos frutos de idéntica procedencia, pero ¿quién sabe: quién con mayor satisfacción, ganas, gusto, y mejor digestión?

Pienso que con la parte recuperable de estas hortalizas averiadas se podrían

confeccionar grandes ollas de sancocho popular. Con un poco de amor y unos pedacitos de carne, o huesos, graciosamente donados por los comerciantes conocidos, las damas parroquiales podrían preparar succulentos y muy sanos platos básicos para los pobres de Fátima y Allende. Sólo hace falta buena voluntad y paciencia.

¡Qué lindo ver a un grupo de señoras, con tiempo disponible, que llegan a los mercados y recogen los frutos chamuscados, gentilmente cedidos por el patrón... Y verlas luego reunirse en alegre tertulia, en una de esas salas de Fátima, y con gran amor y santa paciencia ir seleccionando, limpiando, recortando las verduras, preparando una rica y saludable sopa para los más necesitados!

¡Qué lindo ver en todas las parroquias del mundo, una vez al día, un plato asegurado para el hambriento, un plato de alimento material... además del Pan-Celestial!!!

Ya sé que muchos piensan: "Ante una enfermedad grave esto es como un paño caliente", pero nunca olvido las palabras del Abate Pierre (quien movilizó al gobierno francés el invierno pasado, para socorrer a los pobres que se morían de hambre y frío en el París de la Francia profunda, en pleno siglo XX) "Ante todo dolor, ante toda tragedia humana, trata de ayudar, en lo que puedas, al que está cercano e inmediato a tí... pero sin dejar de luchar con todas tus fuerzas para erradicar las causas que originan el mal!" Esto dice el santo de Emaüs. "¡La sociedad-de-consumo-y-despilfarro está llevando el mundo a la ruina!" ¡Esto ya lo dicen todos!

Cuando el 80% de las materias primas del planeta están siendo acaparadas por las Super-Potencias, que sólo representan el 15% de la humanidad, dejando los residuos a los países subdesarrollados, ésto es abuso grande y desequilibrio profundo y crisis evidente. Hay que hacer una seria reflexión.

Si seguimos así, con esta aceleración de la productividad y distribución desajustada, no habrá nunca posibilidades de supervivencia para la humanidad del siglo venidero. Esto lo dicen todos los observadores objetivos, científicos, religiosos, intelectuales y demás. Por imperativo categórico tenemos que crear y tomar conciencia real de nuestra realidad vital. Conciencia individual, y en el hogar, y en el barrio... y hasta donde podamos. Seamos críticos de nosotros mismos y luego de los demás. Respetemos el orden de prioridades. Reconozcamos la evidencia. Seamos imparciales.

Critiquemos, por ejemplo, esos programas de televisión donde, hablando de cocina, se preparan relamidos platos sofisticados extremadamente costosos y, encima, malos para la salud... ¡y que miles de ojos hambrientos contemplarán con envidia!

Critiquemos toda publicidad que tienda al abuso, al "sifrinismo", a la tontería, poniendo en peligro la salud y la seguridad pública, por puro instinto de contagio.

“Es necesario crear ilusión. Así como viendo princesas y príncipes se hace soñar a muchachos y muchachas, lo mismo ocurre con los platos sofisticados. ¿No vamos a enseñar, en la tele, a freír huevos o a cocinar caraoatas?” me decía un profesional de la comunicación. Hace falta ilusión ¡de acuerdo! pero de la buena, de verdad, de la digestiva. Y para ello empezamos por criticar este excesivo consumismo material donde nos hallamos todos sumergidos.

Se nos impulsa, se nos acondiciona al consumo abusivo empleando para ello medios científicos, y a veces increíblemente solapados como son, por ejemplo, el uso del mensaje subliminal, cuyos alcances en la programática social pueden ser muy peligrosos para todos.

Así, cuando nos sentimos disgustados, deprimidos, o sin tener qué hacer, nos vamos a cualquier super-mercado, y con nuestro carrito de compras recorreremos pasillos y estanterías llenándolo de mil productos diversos, de colores brillantes y diseños untuosos, sin fijarnos siquiera en el recuadro donde se describe la composición del producto ¡...y al rato, tras el éxtasis del consumo, salimos como liberadas y contentas... por un tiempo! Hemos gastado una fortuna; hemos derrochado tontamente comprando muchas cosas innecesarias y a veces hasta perjudiciales para nuestra salud.

Si somos incapaces de reflexionar, de analizar, de revisar nuestra conducta alimenticia, de comprender que la destrucción ecológica del planeta nos atañe a todos, jóvenes y viejos; si somos incapaces de sentirnos solidarios con los millones de niños que mueren de hambre en el tercer-mundo, so pretexto de que ya-no-es-el-nuestro; si somos incapaces de reciclar los productos recuperables aunque sea declarando: “son para mi lorito”; si no tomamos medida adecuada y a tiempo... por mucho adelanto científico, por mucho avance tecnológico, nunca llegaremos a satisfacción, pues nos habremos convertido en simples esclavos, en autómatas-robotizados de un mundo apocalíptico que se devora a sí mismo.

Los grandes pensadores, economistas y políticos lo dicen con frases, cifras y conceptos algo enigmáticos para el pueblo llano, pero de forma más bella y sencilla lo dijo ya hace tiempo el viejo poeta chino:

“Cuando se corta una rosa
sobre la tierra,
en algún lugar del cielo
tiembla una estrella...”.

Cuando echamos a perder un puñado de arroz, cuando botamos a la basura un pedazo de pan, cuando en nuestros hogares desperdiciamos comida, en algún lugar del mundo muere un niño de hambre.

Panorama, 07/02/88



“La carta que nunca llegó”

Nuestras oficinas de correos de Maracaibo tienen hoy el aspecto desordenado que crea un proceso conflictivo. Caras adustas, cerradas, cansadas. Un ambiente tenso y vacío... de espera de medidas laborales.

Entra una pequeña mujer diminuta; con paciencia espera a que la parsimoniosa empleada de los pesos y balanza se digne mirarla. Entonces le entrega su carta solicitándole el precio. La muy digna funcionaria, sin prestar mayor atención, le dice con satisfacción:

—“¡Estamos en huelga!” y sigue contando estampillas como se reza un rosario, con unción digital.

A la pequeña señora le cuesta entender la situación. Me fijo en el sobre, sobre el mostrador. Está escrito en caracteres chinos. Solamente la palabra China está en letras romanas. Pausadamente, la señora china sale humilde de la oficina... sin acabar de comprender muy bien. Pensando, quizás, en que se halla algo cansada, o que su español de hoy le resulta algo difícil.

Una respuesta con un poco más de amabilidad hubiera cambiado, quizás, su tristeza en seguridad. Me la imagino en alguna cocina de algún restaurant chino, trabajando con esa santa paciencia en la composición de platos finos y, en sus ratos libres, escribiéndoles cartas a sus seres queridos, allá en China. ¡Qué lejos está esa China Popular donde sus cartas son esperadas con ansia y confianza, siendo repartidas con formalidad puntual por alegres carteros azules montados en bicicletas... chinas!

Al volver a casa pensando en estos problemas comunicacionales en desarrollo, reviso entre mis papeles y consigo un artículo que escribí, hace un año, desde San-Juan-de-Luz. Lo puse en un sobre de avión, bien sellado y estampillado, y certificado por los correos de Francia y de Nabarra. Esa Carta nunca llegó a su destino. ¡Hasta ahora!

Aquí va, tal cual la escribí el invierno pasado. Su título: “Mensajeros de Amor”.

“El invierno es duro, muy duro. El paseo por la playa, que hasta hace unos días era un ejercicio placentero, es ahora casi un acto heroico. El viento sopla tan fuerte que cuesta mantenerse en pie. Pero el espectáculo es impresionante. El horizonte cubierto de negros nubarrones densos, apretados, coronando el pico del “Jaizkibel”. El mar bramando enfurecido, como un dragón, color sepia tostada en el centro de la bahía y verde oscuro en los bordes, salpicado de blanca espuma, escamas producidas por las altas olas, de eco siniestro, cuando chocan contra el

acantilado y sus arrecifes!

Pero lo que más me impresiona del panorama son las bandadas de gaviotas que revolotean junto al campanario, alborotadas, lanzando gritos agudos, señalando la proximidad del temporal, o de la galerna, y produciendo en mi ánimo un estado de angustia triste y añoranzas lejanas, al mezclarse con el tañido de las campanas.

Llegar junto al fuego de leños de la gran chimenea es un verdadero alivio. ¡El hogar! Rodeados de tecnología moderna (aunque la casa es vieja, de siglos, de piedra de sillería y mampostería) nos sentimos en absoluta seguridad, olvidando que en otros tiempos, no tan lejanos, San-Juan-de-Luz fue arrasado por un maremoto. Actualmente, a veces, las altas mareas desnudan la playa de sus arenales, dejando al descubierto restos arqueológicos del antiguo puerto medieval.

Calentita junto al fuego, una honda melancolía y nostalgia profunda me embargan suavemente... recordando el calorcito de Maracaibo. Y de pronto siento una imperiosa necesidad de comunicarme con los míos. Empiezo a escribirle al más pequeño de mis nietos, a Alexander, al "Kutuntxu". Poco a poco me siento como trasladada. Mi pluma ya no se detiene. Me pongo a echarle cuentos de gaviotas, anécdotas, historias, consejos... todo lo que me sale del corazón.

Así paso una tarde muy feliz, dichosa y contenta, comunicándome con el otro mundo, con el Nuevo-Mundo, con los míos. Luego consigo un juvenil sobre verde (ecológico) y colocando mi carta bien plegadita dentro de él, salgo para el Correo. Molestando con mi insistencia a la estricta funcionaria francesa, consigo que ésta me dé unos lindos sellos recién editados. — "...¡Son para mi nietecito! ¡Los colecciona! ¡Es filatelista!" Y me inflo. La funcionaria francesa sonríe, condescendiente... "¡Ah! estas abuelitas modernas!".

De vuelta a casa, junto al fuego de nuevo, me pongo a pensar y a meditar sobre las maravillas de ciencia y tecnología en que vivimos inmersos. Pienso en el sobrecito verde (ecólogo), con dirección de Maracaibo bien señalada por caligrafía aplicada, corriendo ahora veloz, en un saco postal del tren "Orange", hacia París. Desde ahí, en una furgoneta azul y blanca, hasta el avión de Orly... Atravesará el Atlántico en el vientre de un enorme mastodonte de potentes reactores... y llegará a Caracas. De aquí, nuevo traslado en avión nacional hacia Maracaibo, y, después de otra serie de manipulaciones varias, llega el sobrecito verde (ecologista) hasta la oficina de correos de Santa-Rita. ¿Qué pasa después?, ¿por qué no llega el sobre verde a su destino? ...¡Y no sólo esta carta! Montones y montones de correspondencia que no ha sido entregada a destino como es de Ley. ¿Por culpa de quién? ¿Conflictos laborales? ¿Fallas en la dirección? ¿Deficiencias en el presupuesto? ¿Competencia de firmas privadas?...

Lo cierto es que un Estado democrático debe de responder ante la ciudadanía por la eficacia de sus medios de comunicación; así como todo ciudadano debe responder por el control de su propio sistema nervioso ante el prójimo semejante.

¡Pienso con dolor en mi mensaje para mi nietecito, escrito con cariño, con tanta ternura, con tanta paciencia, con dibujitos y todo!... Y en esos otros muchos mensajes de amor que se han perdido por esos caminos del mundo. La carta que el soldado escribe con tanto trabajo y tanta dificultad, pero que llenará de alegría y orgullo a la viejita que dejó en el rancho. La carta que la esposa enamorada le dibuja al trabajador lejano, contándole sus dificultades; carta escrita mientras los niños duermen y que los restos del llanto llenaran de manchas ¡Cartas de maridos arrepentidos. Cartas de hijos pródigos. Cartas del primer novio!... ¡Y tantas y tantas cartas! humildes, sencillas, en sobres caligrafiados con verdad; cartas inquietas, amorosas, solicitantes...

Porque las otras, las escritas con máquinas electrónicas, con direcciones pomposas y rimbombantes de sociedades anónimas y firmas relevantes, esas sí que llegan ¡Aunque no vayan certificadas!

No todos pueden disponer de apartados. La grandeza de una Nación está, principalmente, en el buen funcionamiento y perfecto control de sus medios de comunicación; así como la del individuo, repito, está en su agilidad mental y la integridad de su sistema nervioso.

Cuando todo individuo, todo ciudadano, tenga la absoluta seguridad de que sus cartas y mensajes llegan a destino, la Nación gozará de un sistema saludable, de una democracia firme, de una sociedad liberal y pacífica, y confiará en sus instituciones.

Sabemos que todo es cuestión de educación, de preparación, de programación. Existen medios modernos para la formación integral de funcionarios en cualquier campo de la administración del Estado; bien sea por medio de charlas orientadoras, seminarios, simposios, congresos, medallas, premios, recompensas, cordones, órdenes y demás instrumentos didácticos del poder.

Es indiscutible que los trabajadores de correos, carteros y demás —tan importantes para el desarrollo del país— necesitan de buenos medios de locomoción, bicicletas, motocicletas, furgonetas... bien mantenidas, bajo la estricta responsabilidad propia de cada funcionario que la maneja preferentemente, pues el calor de Maracaibo no permite caminar con bultos ni cartas a cuestas.

Los trabajadores de correos necesitan buenos sueldos, sueldos justos, de justicia social, según la marcha de la inflación. Necesitan, en la dirección, más orden y mayor disciplina; directores que hagan funcionar, como Dios manda, el organismo que les compete, sean verdes, blancos, amarillos o morados. Pero, sobre todo, lo que necesitan nuestros funcionarios de correos es tomar conciencia plena de la enorme responsabilidad social y del deber sagrado que les incumbe.

Cuando un funcionario impide la entrega de una carta, bien por negligencia, o por flojera, o por otra razón cualquiera, está cometiendo un delito muy grave, y es de señalarlo.

¡Nadie puede predecir los resultados enormes de una carta perdida!

Si con sentido de responsabilidad, o simplemente con sensibilidad humana, atendemos con sincera cordialidad a los más humildes, y repartimos correctamente cartas y mensajes, estamos realizando una bella obra que cunde al engrandecimiento de Venezuela, realzando su imagen internacional, y mereciendo con ello, y por sobre todo, el título de "Verdaderos Mensajeros de Amor".

Panorama, 15/03/88

“El árbol da vida”

Mi habitual paseo matinal tiene hoy melancolía de peregrinación. Hace 30 años, cuando construimos nuestra casa en Monte-Claro que hoy es sector del liceo Udón-Pérez, esto era puro monte, lleno de cujíes y cardones. A veces, en nuestras caminatas, solíamos aventurarnos hasta la quebrada cercana a la avenida Bella-Vista; pero siempre acompañados de nuestro fiel perro policía “Sain”. ¡Aquellos paseos eran verdaderas hazañas!

Más tarde fui profesora en el liceo recién inaugurado, y daba mis clases en el pabellón que hoy es el gimnasio. Frente a la puerta del salón había un pequeño árbol llamado acacia-venezolana, y a la derecha un soberbio y enorme cují. Las flores rojas, pequeñas orquídeas del primero, llenaban de belleza y gracia el patio. Prometía ser un árbol espléndido.

La contemplación del viejo y solemne cují me sumergía en románticas añoranzas y memorables vivencias por la alta Goajira. Este enorme y asombroso cují fue abatido sin tomarse en cuenta su antigüedad y sombra, esgrimiéndose como argumento razones absurdas para excusar el sacrificio inútil. No pude hacer nada para salvarlo.

Pero un día, mirando más de cerca el tronco de la acacia-venezolana, vi que estaba carcomido de gusanos... ¡y me propuse salvarla! Investigaciones en la universidad, en el departamento de agronomía, me informaron sobre la manera de curarlo... E inicié un maratón de medidas adecuadas, sin importarme gran cosa el aspecto quijotesco de la cuestión. Quise motivar a profesores, alumnos y bedeles por mis prácticas de ecología elemental, pero el tema no les parecía de interés, entonces. Llegué hasta el extremo de comprar los materiales y encaramándome en una escalera, cortar a machetazos las partes dañadas, destruyendo, con cierto placer manifiesto, termitas y gusanos, toda embadurnada de azul de metileno y asfalto vegetal. Dos alumnos y un bedel me ayudaron en esta operación.

Hoy, después de 25 años, he visitado de nuevo “mi acacia”. Ahí está, sencilla y discreta, con su profunda cicatriz severa a todo lo largo del tallo, con algunas ramas secas, pero verde aún, ¡viva...! y pronto volverá a florecer con sus pequeñas orquídeas maravillosas de rojos encarnados, morados ¡y dorados! Un joven roble, a su lado, come un poco el espacio, vigilándola. ¡Es ley de vida!

Siguiendo mi paseo por los terrenos del liceo descubro al fondo de la cancha deportiva otro espléndido cují, último superviviente, sereno y bello, del antiguo bosque natural que no necesitaba cuidados ni riegos humanos. Bajo su sombra, varios estudiantes sentados, leyendo y estudiando. Sobre sus cabezas cuelgan

algunas ramas secas, desencajadas, obra de algunos diablos traviosos, pues los burros goajiros no producen tales desastres.

Se está celebrando un partido de baseball, a pleno sol, sin un átomo de verde, ni un ramaje. El joven entrenador dirige el juego adosado al palo de los goles; cuidándose con dificultad de proteger su cabeza del tremendo sol mañanero. Los muchachos deben de estar achicharrándose, pienso. Toda la grama está arrancada. Todo es yermo, triste, baldío. Los árboles son raquíticos y enclenques, contrastando escandalosamente con los muy frondosos de las quintas vecinas.

¡Aquí se imparte educación. Aquí se forjan ciudadanos para el futuro!

De pronto se me alegra el corazón. Un poco más allá percibo un grupo de alumnos trabajando la tierra como para plantar algo. Al acercarme veo que hacen hoyos en un suelo árido y reseco, sin gota de agua desde hace meses. Los muchachos parecen cansados. Sus gestos son algo desganados, sus caras de aburrimiento. Me acerco más y les pregunto:

—¡Qué bien! ¿Adornando el liceo?

—“Es que somos alumnos de quinto año y el Ministerio nos exige, para obtener el diploma, que cada curso realice algo material para el bien del liceo. ¡Si no, no hay diploma!” me explica una morena de agradable sonrisa.

Converso un rato con los muchachos y les digo la importancia de los árboles en la ciudad y en su clima, en la salud de los hombres, en la alegría del vivir, en la ecología en general... Pero renuncio a hablarles de la sobria majestad del cují que tanto amo.

Me escuchan con respeto y atención, pero al final la joven morena me dice, borrando su sonrisa:

“¡No tenemos ningún entusiasmo, profesora, porque este trabajo que estamos haciendo con tanto sacrificio no durará nada ... Dentro de muy poco tiempo estas plantas se secarán. nadie las riega... Es así!” y levanta los hombros.

En la parte delantera del liceo una magnífica y suntuosa acacia-colombiana me reconcilia con el resto. Pregunto a unos estudiantes, sentados bajo su augusta sombra, el nombre del árbol, pero no saben contestarme. Ni tan siquiera les interesa el tema.

Montones de basura, plásticos, papeles, vasos de cartón, desperdicios en volúmenes de escultórica vergüenza se exhiben junto a la puerta principal. Doy un vistazo a los carros de los profesores alineados a pleno sol, al grupo de muchachas que estudian, apretujaditas bajo la discreta sombra de la estatua del poeta Udón Pérez (cuya base está profanada por “grafittis” inocentes, desprovistos de imaginación); miro de nuevo los árboles raquíticos y cansados, el edificio descuidado, deslavado... y una profunda tristeza me invade pensando en esta juventud nuestra, y en el futuro que les estamos preparando.

Y me pregunto ¿es quijotesca la ecología, o es más bien una necesidad vital prioritaria?... y pido a Dios que se medite profundamente por esta próxima Semana-Santa.

Panorama, 27/03/88

“Fe de vida”

Pido una “colita” a mi hijo. Subo al carro. Tropezco con la alfombra. El bastón se me enreda en las piernas... Bajo del carro... ¡Y ya estoy cansada!

Entro en la Jefatura Civil de Coquivacoa, por la parte de atrás, atravesando la verde grama. Bajo un árbol frondoso una joven goajira amamanta a su bebé. le sonrío... y me mira con indiferencia de lejanía.

La entrada está llena de gente. Todos tienen caras adustas. En unas pocas sillas están sentadas... personas jóvenes. Los viejos se arrinconan para apoyarse en alguna puerta o dintel. En “información” seis policías con caras de pocos amigos... pero me responden con amabilidad:

—¿Para una Fe-de-Vida?, a la derecha... ¡donde el señor Pedro!”.

Me planto delante del señor Pedro, apoyándome en mi bastón, y espero. No se digna ni mirarme... Hasta que no ha terminado de rellenar unas planillas.

—¿Qué desea?

—¡Necesito una Fe-de-Vida!

—Entrégume su cédula...

Y le entrego una fotocopia de mi cédula, y mi pasaporte nuevo.

—¡Esto no sirve! ¡Necesito su cédula!

—Se me ha perdido... y estoy apurada... el plazo para el “Bono Compensatorio” se está acabando!

—Lo siento ¡Esto no sirve! ¡Necesito la cédula!

Mi pasaporte (renovado hace dos meses por el Honorable Consulado de Venezuela en Bilbao), mi hermoso pasaporte, de los de antes, de los gruesos, de los de gruesas tapas de un rojo granate con el escudo de Venezuela en dorado de relieve ¿que no sirve? Este documento de identidad, de carácter internacional ¿no sirve?, ¿cómo es eso?... Insisto. Le explico que hace apenas dos días la Notaría de San Martín me lo aceptó para tramitar un documento de suma importancia, y se lo enseño.

—“Lo siento ¡Necesita la cédula! ...Hable Ud. con el prefecto!”.

Salgo, lentamente. Cansada. Veo, al lado, una sala y a la diestra un despacho con una secretaria de cara interesante. Debe ser la secretaria del prefecto, me digo, y me acerco a ella y le explico mi angustia. Sin mediar palabras escribe sobre un papel una nota para el señor Pedro, y me la da. ¡Debe ser adeca, pienso, seguramente está trabajando con amabilidad... para las elecciones! Pero ¡no, no es por eso! Tiene la cara fuerte y agradable de una ejecutiva; de las que saben tomar decisiones y saben, por equidad, que las personas mayores deben tener prioridades.

El señor Pedro me mira con ceño fruncido. Lee el papelito... toma una plañilla y la rellena aplicadamente.

—“Son veinte bolívares! Vuelva a recogerlo por la tarde... ¡o mejor mañana!...”.

Otra vez tendré que pedir otra colita, o tomar un taxi. Subir al carro, bajar del carro, atravesar despachos y dependencias, ver caras serias y adustas... ¡Pero mi corazón está alegre! Ha bastado la comprensión de una secretaria ejecutiva y su gesto humano de eficiente profesionalismo para reanimarme.

Paro un taxi y me decido a llegar hasta la plaza Bolívar. Quiero averiguar el estado de mi cuenta de pensiones y retroactivos en el Banco Central.

Al entrar por las hermosas puertas de hierro de nuestra monumental Lía de Bermúdez, me encuentro, en el hall de información, con unos policías educadísimos. Después de rellenar un cuestionario de identificación me colocan, sobre la solapa, una tarjeta de invitada y me explican donde dirigirme. Subo al primer piso.

Aquí me recibe una hermosa joven de la empresa. Le explico mi caso, un poco embrolladamente, pues los términos administrativo-burocráticos me cansan, y me ofuscan, a veces... Y no encontraba el término “Bono Compensatorio”. Pero ella me entiende. Junto a ella, un joven empleado rubio, catire, grandote, (una especie de Nibelungo tropical) oye con indiferencia lejana. La bella joven bancaria le explica que existe una nueva resolución del Banco para evitar que las personas ancianas tengan que hacer tantos trámites y gestiones, y puedan ser reconocidas como “seres vivos” por la propia presencia en cualquier despacho oficial... Y le pregunta por el formulario señalado, al rubio grandote... pero el joven Nibelungo no sabe nada de ésto y se va. La bella joven se levanta y busca en los archivos con aplicación y método y consigue el formulario indicado. Llama a un ordenanzas y le dice:

—Saque varias fotocopias ¡rápido!

Al poco, la bella joven toma las copias y me acompaña hasta el mostrador de la planta baja donde el joven Sigfrido se ocupa de atender una fila de clientes.

Es la primera vez que entro en el Banco Central ¡Impresionan la belleza y elegancia solemne del local!

Apoyados en los espléndidos mostradores de mármol, una fila de personas adultas y ancianas. Zapatos cansados, caras tristes (o aburridas), actitudes humildes...

Un joven policía reacciona de pronto y ordena:

—“¡Hagan fila! ...¡En orden!...”.

Todos los viejitos se ponen más en fila y más en orden... pero no tienen donde apoyar sus cuerpos cansados y tristes... encorvados por el Tiempo, “¡que a todos espera!”.

La bella joven habla con el Sigfrido y yo me siento en una silla, un poco alejada y discreta, a esperar.

Cuando llega mi turno, el joven empleado rellena mi planilla a máquina, con los datos de mi bello pasaporte renovado en Bilbao, y después de otra firma en la ventanilla de al lado, me entrega una copia del formulario firmado y sellado.

¡Ya está listo! ¡Todo en regla! ¡Podré cobrar mi "Bono Compensatorio" como Dios manda! ...Pero cuando me voy alejando oigo la voz, de nuevo severa, insistiendo:

—“¡Necesita una Fe-de-Vida, con dos fotocopias!”... Y pienso en todos los ancianitos que no encontraron aún su angel tutelar!

Siempre he creído en la importancia, a veces fundamental, de una actitud cordial, de una frase amable, de una sonrisa sincera... ¡A veces cambian el curso de nuestras vidas!

El encuentro con la hermosa joven del Banco Central, su atención bondadosa, llena de simpatía, su eficiencia amable, cambiaron mi estado de ánimo (estado lleno de recelos, al volver a mi hogar maracucho tras una larga y dolorosa ausencia) iluminándolo de nuevo.

Ella, la bella joven del Banco Central, alta, elegante, segura, con su moderno vestido de azules y blancos como salidos de un cuadro de Vasarely, me saluda y recibe con simpatía... ¡y me oye, y me ayuda, sin conocerme, sin saber mi nombre!

Todo el día he estado como refrescada con la dulzura de su bondad y fortalecida en ella... y recordando escenas diversas de ancianos recogiendo chequeras en el "Hipódromo", me he jurado ser la voz de estos seres humanos que, llegados al final de sus vidas de trabajos y sacrificios, se ven como ignorados, u olvidados, de Dios; obligados a multiplicar gestiones y papeles, a veces absurdos y sin sentido, obligados a solicitar Fe-de-Vidas como si el propio aliento personal no bastare para demostrarla muy oficialmente.

Mayor tolerancia y comprensión solicitamos para esta clase trabajadora, cansada ya de tanto trabajar, y que sólo aspira a gozar de su merecida jubilación... con dignidad.

Panorama, 21/11/88

“Cuando florezca el azahar”

Nuestro reverendo y muy ilustre padre Ocando, en entrevista reciente de TV con la doctora Annie Stephen, trae a mi memoria uno de estos personajes inolvidables digno de atención.

Angel de Bidaurrázaga nace en un caserío fuerte y noble de Sondika, Vizcaya. Con 18 años es enviado por sus padres a Madrid, a estudiar “de médico”, como se decía entonces. Salido de un hogar campesino lleno de virtudes austeras, el ambiente liberal del Madrid de los años locos le trastorna de tal manera que, debido a su vida bohemia, contrae una grave enfermedad venerea. (Aún no se ha descubierto la Penicilina). Sus padres le envían esta vez a Alemania, donde un célebre médico que practica una “nueva” ciencia, la Iriología, que lo cura todo, con métodos naturales, naturalmente. Angel se cura por medio de la sudación y del ayuno.

“Cuando todo el cuerpo se me iba llenando de diviesos... ¡era horrible! la espalda, los muslos, los brazos, llenos de tumores purulentos, me dice el maestro: ¡Ya te estás curando, Ya te está saliendo el mal!” Al cabo de ocho días está completamente curado.

Vuelve a Madrid donde termina de graduarse en Medicina y consigue que el maestro que lo cura lo admita como discípulo en su clínica de Alemania, donde hace un postgrado de especialización en Iriología.

Con esta especialidad vuelve a su patria, a Bilbao, donde instala su consultorio, con poco éxito, por cierto.

Los Bilbainos son gentes muy pragmáticas y amantes de la buena cocina y de la buena mesa. Epicúreos y golosos.

Un día de primavera en que Angel se pasea por el campo, estudiando las hierbas, se acerca a un caserío a pedir agua. Le atiende la aldeana, señora del hogar, con cara llorosa. A sus preguntas le responde la buena mujer que han tenido que traer del hospital a la hija para morir en casa.

—“Entonces, ¿no le importa que yo la vea? Soy médico”.

Angel visita a la joven condenada, una bella adolescente de cara pálida y demacrada por una tisis galopante. Inmediatamente, con la aprobación de la madre, la somete a un intenso tratamiento ¡y qué tratamiento!, un complejo, y muy largo de explicar, sistema de hacer sudar el organismo... Y beber todo el santo día abundancia de caldo de ajo-porro. Y así durante 15 días. Luego, ya purificada y muy débil, revigorizarla poco a poco, revitalizarla, resucitarla por medio de alimentos naturales del reino vegetal, principalmente.

La joven sana... y Angel se la lleva con él, a su apartamento de Bilbao... con gran escándalo de amistades y conocidos, pues está casado, aunque vive desde hace varios años separado de su esposa, dama de alta alcurnia y prosapia quien no le da hijos, ni sabe comprender la pureza de su vocación inspirada.

Al implantarse en España la dictadura del general Primo de Rivera, Angel, miembro del proscrito Partido-Nacionalista-Vasco (P.N.V.) tiene que salir y se instala en México. Aquí se casa con su compañera y tienen siete hijos. Durante su estancia en la capital Azteca vive ejerciendo la Iriología con gran acierto y éxito. Causa gran admiración lo que hace después de sufrir un gravísimo accidente de tráfico que le produce graves daños y traumatismo cerebral. Cuando vuelve en sí manda a retirar todos los medicamentos y potinges, y se autorreceta curándose simplemente con ayunos y jugos de frutas. Se le abren las puertas de la fama.

Al instalarse la República en España, Angel vuelve a Vizcaya y se instala en su pueblo natal, en un hermoso caserón sobre el monte Artxanda, con su nueva esposa y sus siete hijos. Empieza a tener buena clientela y gran éxito profesional, adquiriendo fama en toda Europa como clínico experto y algo brujo. La verdad es que logra curaciones milagrosas. Casos de enfermos desahuciados por la medicina clásica oficial y que él logra sanar.

Mi esposo y yo tuvimos ocasión de conocerle y nos hicimos amigos. Una mañana de invierno en que amaneció todo nevado, nos provocó ir a visitarle. Subimos, paseando, la suave colina que domina a Bilbao. Delante de la casa un grupo de niños jugando a tirarse bolas de nieve, todos bien cubiertos con boinas y bufandas y buenos abrigos... menos uno de ellos, uno de faz rubicunda y alegres cachetes, y con la nariz llena de mocos: ¡El pequeño Bidaurrázaga!

—¡Angel tu hijo va a agarrar una tremenda pulmonía si sigue así, sin abrigarse!... Con este frío. Y él me contestó, con su sonrisa patriarcal:

—“Pero, ¡Mujer! ¿aún no has comprendido mi método?, ¿no comprendes que mi hijo tiene sus propias defensas naturales dentro del organismo, como los otros animales, y que por tanto no necesita tantas por fuera?”.

Gran admirador de Tolstoy y de Gandhi, ecologista antes de la letra, Angel es un sabio natural, de esos que nunca pierden el sentido común, el más vital de todos los sentidos. ¡El fuste! Un día, estando en Alemania (donde gustan ocuparse del origen de las lenguas más antiguas del planeta), descubre entusiasmado que en vasco OJO se dice BE-EGI: SU VERDAD. Desde entonces ejerce la Iriología con verdadera fe mesiánica.

Sabíamos de curaciones increíbles. A una amiga nuestra le hizo desaparecer un bocio gigantesco en menos de un año. A otra, que fue con su hijo aquejado de abundante y constante mucosidad nasal le aconsejó:

—“¡Comprarle pañuelos! La Naturaleza le está sacando el mal por las narices!”.

Hace treinta años le visité y me dijo, mirándome en el iris:

—“¡Tienes cálculos en la vesícula y una pequeña úlcera en el duodeno!” Más tarde el doctor Urrutia Loiza me hizo el mismo diagnóstico y me aconsejó operarme de inmediato.

Naturalmente seguí el consejo de Angel. Todas las mañanas preparaba dos vasos. En uno ponía el jugo de dos limones; en el otro agua hervida, tibia, a la que añadía una punta de cucharilla de bicarbonato. Tomaba primero el limón, luego el vaso de agua alcalina. El trago me producía un fuerte ardor, pero luego sentía un gran alivio. La úlcera se fue cerrando poco a poco. Los cálculos aguantaron tranquilos, hasta hace un par de años en que tuve que operarme en Europa.

Angel me decía:

—“El calor de Maracaibo es muy bueno ¡...Es un sauna natural! Cuando sudes no pienses qué calor!... ¡Piensa más bien en que estás limpiándote el organismo de impurezas!... Y sobre todo beber mucho líquido, agua pura o jugos de frutas. ¡El limón es lo mejor!... ¡Y tomar varias duchas al día, duchas cortas... refrescarse a menudo!...”.

Hoy sigo colocando en la nevera un recipiente grande de agua hervida, con panela, y sobre la mesa un cesto con unos cuantos limones recién cortados. Cuando hay sed, se llena un vaso con agua empanelada y se le exprime el jugo de un par de limones frescos.

Al poner la mesa nunca falta, junto al pan y al agua, el cestito con los limones, en vez de vinagreras. Rociamos todo con jugo de limón; todos los platos, legumbres, ensaladas, cereales, pescados, mariscos... etc.

—“¡El limón es el gran regalo de Dios, me decía Angel, es tan sano y tan bueno que sirve para todo; para los dientes; para el cabello; para suavizar las manos; para curar las heridas; para limpiar los ojos... Toda familia que tenga un palmo de terreno al sol plante su limonero y lo riegue y lo cuide con perseverancia, con amor, con veneración!”.

¡Qué emoción cuando aparecen las primeras flores de azahar! delicadas, bonitas, discretas, con el perfume más exquisito que existe, símbolo de la entrega, del amor puro, misterio de la Madre Naturaleza, obra de Dios que nos da de todo y para todos ser sanos y felices, en armonía con ella!... Y nos la da gratuitamente, la salud ¡Gracias!... Y nosotros ¡pobres diablos! preferimos las producciones elaboradas, artificiales, sofisticadas, lanzadas al mercado con gran despliegue de publicidad y propagandas costosas de altos precios...

Mi nieta Valentina, cuando tenía 3 añitos, plantó un limonero en el patio norte. Otro nació, espontáneo, a su lado. Cuando siento melancolía o nostalgia por el “Paraíso-Perdido”, me gusta cantar esta copla, con la melodía aquella de Sancho el Sabio:

“Valentina tiene un árbol
que se llama el limonero.

Cuando florezca su azahar
¡Volverán los ruseñores!...”, etc.

...Y me tomo una taza de té con limón... ¡y me siento mejor!

¡Sí, cuando florezca el azahar espiritual del “Homo-Sapiens” veremos, por fin!
que el ojo es verdad en sí, espejo del alma... y que el espejo es justo, aunque el
hombre mienta; como nos lo enseñó el Buen-Maestro.

Sí... ¡Cuando florezca el azahar!...

Panorama, 10/09/88

“Viva la muerte”

Cuando se publicó en prensa y cine este slogan, que un batallón navarro carlista exhibía como divisa durante la guerra civil española, el mundo entero se horrorizó y nos escandalizamos todos profundamente.

Han pasado muchos años y la memoria de aquellos jóvenes soldados que así gritaban yendo al frente está ya bien anclada en esta muerte vital que tanto aclamaron y reclamaron.

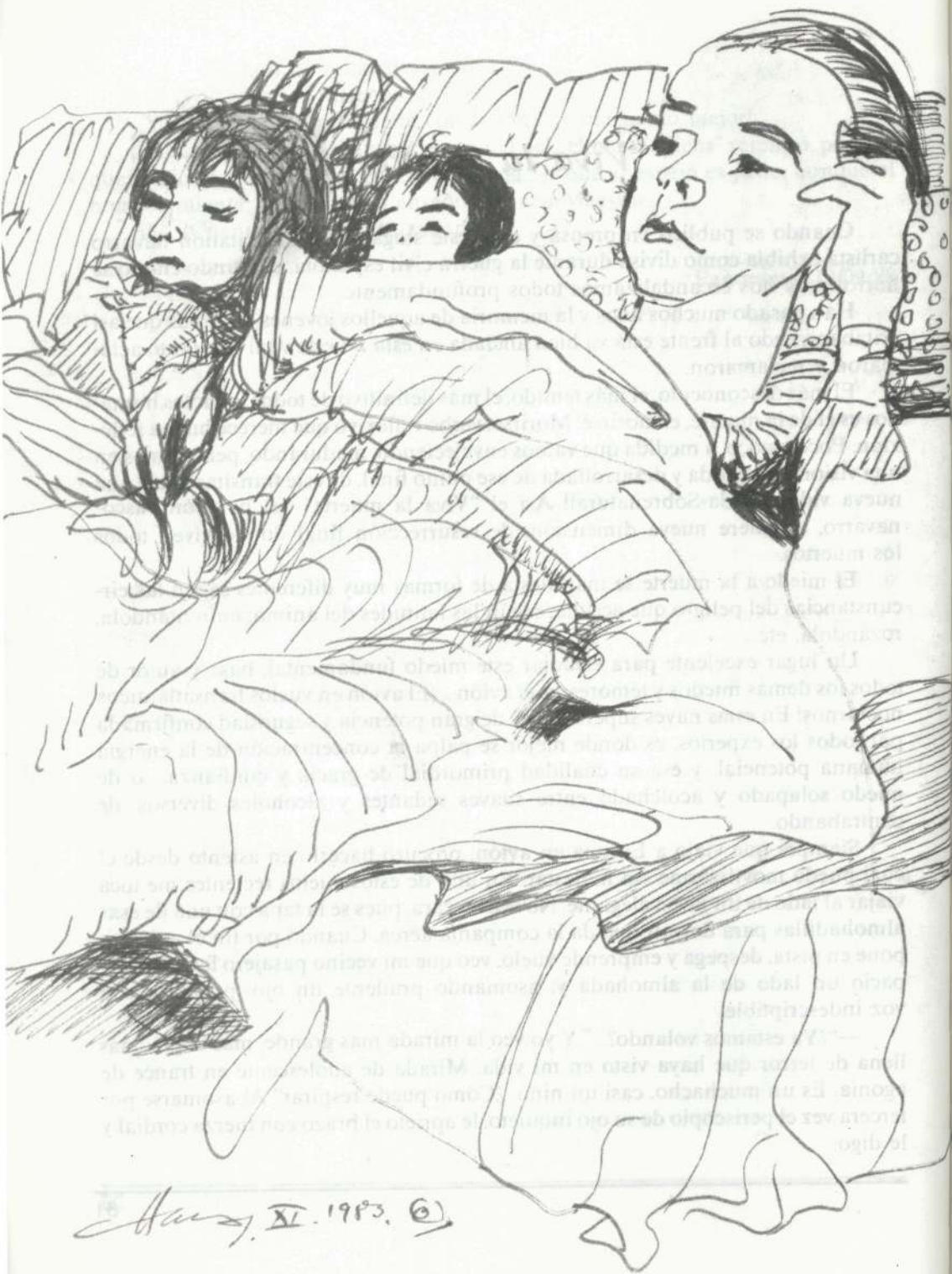
El más desconocido, el más temido, el más definitivo de todos los actos humanos es el de la muerte, el morirse. Morirse, verbo reflexivo que merece buena reflexión. Poco a poco, a medida que vamos envejeciendo, madurando, penetramos en una visión más nítida y desarrollada de ese punto final, de este transitar hacia una nueva vida... ¡Vida-Sobrenatural! Así el “Viva la muerte” del batallón vasconavarro, adquiere nueva dimensión, de resurrección final donde viven todos los muertos.

El miedo a la muerte se manifiesta de formas muy diferentes según las circunstancias del peligro que acecha, según las latitudes del ánimo: enfrentándola, rozándola, etc...

Un lugar excelente para estudiar este miedo fundamental, base y autor de todos los demás miedos y temores, es el avión... ¡El avión en vuelos transatlánticos nocturnos! En estas naves supersónicas de gran potencia y seguridad confirmada por todos los expertos, es donde mejor se palpa la concentración de la energía humana potencial, y esa su cualidad primordial de gracia y confianza... o de miedo solapado y acolchado entre suaves sedantes y alcoholes diversos, de contrabando.

Siempre que viajo a Europa en avión, procuro hacerlo en asiento desde el cual puedo movilizarme sin molestar. En uno de estos vuelos recientes me toca viajar al lado de un joven elegante. No veo su cara, pues se la tapa con una de esas almohadillas para dormir que da la compañía aérea. Cuando por fin el avión se pone en pista, despegua y emprende vuelo, veo que mi vecino pasajero levanta despacio un lado de la almohada y, asomando prudente un ojo, pregunta con voz indescriptible:

—“¿Ya estamos volando?...” Y yo veo la mirada más grande, más negra, más llena de terror que haya visto en mi vida. Mirada de adolescente en trance de agonía. Es un muchacho, casi un niño. ¿Cómo puede respirar? Al asomarse por tercera vez el periscopio de su ojo inquieto, le aprieto el brazo con fuerza cordial y le digo:



© 1993. V. K. H. A.

—“¡Tranquilo muchacho!... ¡Tranquilo!... Vamos a tener un vuelo estupendo... y dentro de 7 horas estamos en París. Espléndido!”.

Para darle confianza le pongo a hablar... Y me cuenta su historia.

Es el más pequeño de entre ocho hermanos, todos residentes en Ciudad-Bolívar, con prósperos negocios y casas. Sus padres, ya mayores, están solos en su casa del Líbano y él tiene que regresar allá, a casarse con su prometida y a vivir con sus padres. Luego me confiesa que durante un mes ha seguido un intenso tratamiento siquiátrico para quitarse el horror, el pánico que tiene a volar. Lo curioso es que su miedo es tan grande, tan dramático y ciego que le incapacita para imaginarse el verdadero y real peligro que le espera al llegar a ese conflictivo Medio-Oriente por donde se desangra, gota a gota, día a día, nuestra paz mundial. ¡Ojalá y Dios le siga dando larga vida y serenidad a éste, nuestro joven libanés de Beirut!

Otra experiencia que recuerdo con cariño es un “charter” de curas y religiosas volando a Europa de vacaciones. Viajaba con una amiga muy querida y su hijo de un añito. Debido a esta circunstancia nos dieron asiento en primera clase, cerca de la cabina de pilotaje. Mi amiga y yo comentábamos, viendo instalarse la compañía:

—“¡Qué viaje más estupendo vamos a hacer... con tantos rezos y rosarios que harán las monjitas!”.

En cuanto nos permitieron desabrocharnos los cinturones de seguridad y pudimos movernos, se organizó en la nave el jolgorio más increíble y simpático que se pueda imaginar. Llamadas de un asiento a otro, recados para la llegada, intercambio de objetos y puestos, bromas sobre la vestimenta, muy civil, de algunos sacerdotes.. risas... revuelos... Pero de novenas y rosarios y breviarios ¡nada!

En ésto la voz agradable del comandante de la nave anunciando:

—“¡Por una deferencia muy especial se invita a los señores pasajeros, que así lo deseen, a acercarse a la cabina de mando a contemplar el magnífico espectáculo!” Sin duda alguna que el capitán se imaginaba a todos los pasajeros muy tranquilos y rezando y meditando.

Aquello fue increíble. Todas las monjas corriendo, empujándose, riendo, gritando, como colegialas en recreo. Yo me asusté un tanto pensando que el avión podía desestabilizarse... y algo de eso debieron de pensar también los pilotos, pues de pronto se oyó, de nuevo por el altoparlante, la voz del Comandante de la Nave, esta vez más ruda y seca:

—“¡A sus puestos todos! ¡Hagan el favor de abrocharse los cinturones de seguridad! ¡Se acerca fuerte turbulencia!”.

¡No hubo tal turbulencia, naturalmente! Fue un vuelo magnífico, espléndido, estupendo. Sentí (y viví muy intensamente esta sensación) que en el avión íbamos con gran concentración de energía potencial positiva. No había miedo ni temor

dominante. La confianza era plena y mayoritaria. La nave volaba llena de gracia, atravesando la noche atlántica. Será —pensé— que la invocación diaria del “ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte” actúa en la memoria de las moléculas personales como programa subliminal dándole al individuo esta tranquila confianza de aceptación cordial.

Vivimos una época de alucinantes absurdidades. De todas las modalidades del siglo XX, la referente a la muerte es la más absurda. Contrariamente a los llamados pueblos “salvajes” que ven en ella la cosa más natural, nosotros los “civilizados” la ocultamos, la camuflamos, la disfrazamos, la desnaturalizamos.

Cuando seamos capaces de hablar sobre ella con naturalidad, sin aspavientos trágicos, ni temores sibilinos (incluso tomando decisiones para cuando nos sorprenda —¡sorprende siempre!— sin por ello renunciar a vivir los 100 años de plena capacidad mental que otorga la biología humana), cuando seamos capaces de reunirnos junto al moribundo formando todos unión, con manos y oraciones, para darle nuestro amor y la esperanza de volverle a ver, con el tiempo, en otro mundo, creando así ese halo de energía bendita que ayuda al alma a emprender sereno vuelo; cuando aprendamos a velar su cadáver en el lugar que más amó y habitó, sin ocultarnos la derrota física ni la soledad final en sofisticadas salas de cuidados intensivos y elegantes salones artificiales de fúnebres funerarias... sólo entonces estaremos capacitados para sentir y captar el mensaje del gran religioso-científico Teilhard de Chardin:

—“¡Sabemos que no estamos solos, ni estamos encerrados. Sabemos positivamente que hay una salida de lo material consciente más allá de la muerte, en el aire, en la luz, en el Amor!”.

Saberlo sin ilusión ni ficción, ni ñoñería ni memez, es don de nuestro siglo, del venidero, de plenitud de los tiempos. Pues ¿quién puede contradecir esta esperanza cristalizada?, después de haber leído en la prensa de estos últimos días la noticia sorprendente y extraordinaria, y que sobrepasa nuestro entendimiento, pero que científicos del mundo entero, aunque, perplejos, afirman contundentemente: “La memoria (reflexiva) de una molécula puede sobrevivir a la desaparición total de ésta”. (Panorama, página A-2. Lunes 11 de julio de 1988).

...¡Así pues los muertos están vivos!

Panorama, 24/07/88

“Camina pueblo de Dios”

Me gusta caminar. Es deporte bueno y sano para todas las edades. Paseando, salgo de casa sin rumbo definido. Si arranco hacia el oeste me topo con “La Batea”, esa cañada que cruza la calle 61 directamente sobre el asfalto. Necesito de todo mi ánimo para no dar media vuelta.

¿Por la derecha o por la izquierda?... Con paso prudente, dando un pequeño salto aquí y otro más allá, de una piedra a otra, y ¡auupa!... ¡ya está., he conseguido pasar la charca sin mojarme los pies! Ahora a subir la estrecha acera donde sólo se puede caminar con pasos de “misses”... Pero de pronto, en mitad, un enorme poste de hormigón, de la compañía eléctrica, desconectado y sin uso... ¡Y otra vez tener que bajar a la vía! Cuando ya he logrado vencer una serie de dificultades ¡ZASS! un gracioso conductor de prisa me salpica con unas gotas de agua sucia, pestilenta, de la quebrada. Tengo que volver a casa a cambiarme. Luego vuelvo por sitio más transitable.

Sigo paseando, caminando hacia el sur. De pronto siento como una rara sensación de desequilibrio; como un extraño mareo. ¿Será la tensión? ¡No!... ¡Es la acera! En la entrada de un garaje particular han hecho un plano inclinado de 30º, y ese brusco desnivel causa desagrado.

Un poco más adelante, al frente de una hermosa y bien cuidada quinta, dos árboles de recia prestancia ocupan toda la acera ¡No se puede pasar!... Hay que volver a bajar a la vía.

Inicio otra ruta. Mientras camino me gusta mirar. Mirar las casas, los árboles, los jardines. Me gusta saludar a la señora que riega, al anciano que lee en el porche, a la mamá que pasea a su niño. Es de buen urbanismo. A veces intercambiamos pareceres. Es agradable entretenerse un rato con los vecinos.

Pero no puedo distraerme mucho. Tengo que ir atenta, mirando el suelo. No hay un solo pedazo de acera donde no se encuentre un desnivel, una trampa, unos hierros torcidos, tanquetas sin tapas, alcantarillas peligrosas, histéricos postes de luz, excesiva publicidad electoral... y monte, mucho monte y basura al borde de los terrenos baldíos.

Pasando por un sector de bellas residencias bien cuidadas, con frondosos jardines y plantas exuberantes, veo que hasta la acera de enfrente la han sembrado con espléndidas trinitarias, cactus ornamentales y grama. Todo ello muy bonito y muy bien cuidado... Pero se han olvidado de lo más importante. Se han olvidado que ese espacio público, esa acera, es para uso peatonal, y no para “jardinear”. No han pensado en la humilde mujer, cargando a su hijo y los paquetes y bolsos del



看

1 Aug. 26/06/88.

mercado, que vuelve a su casa, cansada, agotada. Ni en el anciano que arrastra sus pies con dificultad. Ni en el obrero a quien no le alcanza ni para el carrito. Ni en los estudiantes, distraídos, jugando con sus bultos. ¡Todos los que transitan por esa acera convertida en tupido jardín tienen que bajar a la vía, exponiéndose al peligro de algún loco del volante!... Y si se camina por la otra de enfrente, es mucho el susto que se puede uno llevar por un portón olvidado de cerrar y que deja escapar, de pronto, a un inmenso Doberman, cosa que ha ocurrido alguna vez.

Si nuestros políticos, gobernantes y autoridades diversas caminaran de verdad verdad (no sólo de publicidad electoral), trotando, o paseando, por lo menos una hora por semana, además de mejorías sensibles en la salud, podrían observar la calle de más cerca y reflexionar sobre el límite entre la propiedad privada y la cosa pública, mejorando su viabilidad y ganándose, de paso, la simpatía de caminantes y paseantes, y probablemente sus votos.

Los domingos el caminar tiene un sentido especial. Salimos de casa al atardecer, cuando el sol declina. Es agradable. Pasamos por delante de unas quintas de fachadas con gusto. Alguna, con excesivo sentido de la propiedad, tiene pintado hasta el asfalto de la acera. Otra, deja el carro pegado a su reja, como para cuidarlo mejor, ocupando con él todo el paso. Un poco más adelante, frente a un terreno baldío, la acera propia desaparece completamente, convirtiéndose en una negra y espesa tierra polvorienta donde se hunden los zapatos, reapareciendo entalcados de gris. Es un asco ¡Imposible caminar como Dios manda!

Para pasar el puente que cruza la quebrada de Fátima ¡otro problema! Por la izquierda, la acera polvorienta, como un mar de sucio talco. Por la derecha, las defensas del puente, todas resquebrajadas y medio caídas, dan la sensación de ruinas, de ciudad devastada, donde pelagra la personalidad, puesto que cualquier vibración estruendosa parece poder tumbar el puente.

¡Miedo! Siempre miedo ¡Exceso de imaginación!

Por fin, tras media hora de recorrer el laberinto llegamos a destino: Nuestra Señora de Fátima y su misa dominical. El vergel que la rodea, con abundancia de plantas y árboles frutales bien cuidados, y la frescura del lugar (¡aire acondicionado!) nos compensan del trabajoso caminar.

Es difícil traducir la sensación de bienestar que se experimenta en este templo. Aquí ocurre un curioso proceso de rito oficial, al tender la masa, cordialmente, hacia un punto de convergencia relevante, donde el ministerio divino ofrece sacrificio, su gracia se hace palpable. La comunión se manifiesta por una intensificación radiante de la energía vital. Alto de un valor tan enorme, y gratuito, que bien puede sublimar la locura colectiva de nuestra generación última.

Cuando la mano negra y la blanca, la callosa y la ensortijada, la tersa y la arrugada, se juntan y unen en vibrante lazo de solidaridad cordial, para la oración suprema, estamos creando amor, aliento vital saludable.

Sonrían los espíritus pedantes alegando la superficialidad del gesto ritual, o la ingenuidad del espontáneo... Nosotros preferimos reflexionar sobre el encadenamiento de estos gestos sencillos en la oración comunitaria, viendo la transformación sobrenatural del alma colectiva estimulada por las individuales... Y deleitarnos, junto con la coral de potentes voces arcangélicas y serenas, entonando con verdaderas ganas reales el "Camina Pueblo de Dios".

Panorama, 29/05/88

Hace exactamente 50 años, en plena guerra civil, di a luz a mi tercer hijo. Dos días después un ataque aéreo nos obligó a permanecer refugiados, durante horas de terror, bajo el túnel de la vía del ferrocarril cercano... ¡con el agua hasta la cintura!

A primeros de abril del 37, mi padre, desesperado por la inseguridad en que vivíamos en nuestra bonita casa, blanca y azul, de Sondika, junto al aeropuerto, continuamente bombardeado, consiguió que la Junta-de-Defensa-del-Pueblo nos prestara su único coche, un viejo "Cadillac" negro, y nos condujo, buscando refugio, al caserío de unos amigos, situado sobre el monte cercano a Guernika, la vista dominando la villa a sus pies.

Los bellos campos idílicos que contemplábamos desde el portal del viejo caserío (campos bien roturados para las cosechas de primavera) y toda la serena belleza verde del paisaje vizkaíno, hicieron que por fin pudiéramos disfrutar de un poco de tranquilidad y de sosiego. La angustia seguía presente pues la guerra continuaba y mi marido luchaba en el frente, como enlace motorizado de batallones (misión peligrosa que cumplía con una potente moto inglesa), pero la tranquilidad de la vida campestre hacía más soportable la dura prueba.

En el caserío vivían el matrimonio abertzale (patriota) con una hija soltera y un hijo mongólico. Los otros hijos estaban en el frente, luchando.

El mongólico nos impresionaba mucho. Siempre se la pasaba mirando al aire, y en cuanto oía un ruido de motor o algún avión, extendiendo los brazos al cielo se ponía a gesticular gritando como un loco: "BOMBAYE! ¡BOMBAYE!!!" acentuando y prolongando la primera sílaba como un cañonazo. Al verlo en ese estado, mi hijo Joseba, de dos añitos, se refugiaba llorando en mis brazos donde Unai, de un mes, abriendo grande los ojos seguía mamando mi leche; mientras Eguzki, la mayor, de 3 años, se agarraba crispada a mi falda.

Ese 26 de abril fue un lunes, con un sol radiante, un hermoso día de primavera. Desde nuestra colina veíamos la Villa Foral como a vista de pájaro. La torre de la iglesia, los tejados rojos, la plaza del mercado, las calles animadas, el frontón, la Casa-de-Juntas, en cuyo patio está nuestro árbol de la vida nacional, símbolo de nuestra soberanía ¡Arbol de Guernika!

El lunes es día de mercado. Sentados frente al caserío contemplábamos con cierta alegría la llegada de los carros tirados por bueyes, pesados carros de madera donde nuestros baserritarras (campesinos) llevaban los frutos y productos de la tierra para venderlos en la plaza. Era también día de fiesta. Se habían programado

partidos de pelota y las apuestas corrían abundantes. Las taskas y posadas hervían de agitación. El día se anunciaba espléndido. ¡La guerra estaba tan lejos!... y era bueno olvidar por unas horas la gran tragedia.

A eso de las tres de la tarde empezó el mongólico a agitarse febrilmente y a gritar con gran histerismo: "BOMBAYE!!! BOMBAYE!!!!... y mis tres hijos se pusieron a llorar, abrazándonos. En ésto vimos aparecer por el horizonte sur, viniendo hacia nosotros, un pequeño avión monomotor que llamábamos en Sondika el "Alcahuete", pues siempre volaba antes que los bombarderos, anunciándonos el objetivo.

Justo encima del caserío se voltea el "Alcahuete" poniendo proa hacia el Este. Vuela un rato sobre Guernika y luego desaparece girando tranquilamente hacia el Sur. Nos extrañó mucho verlo por aquí, pues ésto no era objetivo militar. Al cabo de un rato, no habría pasado media hora, vimos aparecer de nuevo, por el horizonte Sur, tres aviones; éstos mucho más grandes y en perfecta formación de vuelo, que hacían la misma maniobra que el "Alcahuete". Cuando estaban encima del caserío, bajísimos, haciendo el giro de vuelta, pudimos contemplar nítidamente los rostros juveniles de los tripulantes. Recuerdo que Segunda, la hija de los caseros, comentó inocente: "¡Qué majos son!". Veíamos con toda claridad la negra cruz de hierro franjeada de blanco, símbolo de la aviación nazi, pintada sobre las alas. Pudimos contemplar todo con cierta tranquilidad, sin sospechar lo que iba a ocurrir.

...Pasaron sobre Guernika a una bajura impresionante y de pronto soltaron un paquete de bombas... y se fueron tranquilamente por donde habían venido...

El estupor nos dejó sin habla ni aliento, mientras el mongólico gritaba hecho un espanto: "BOMBAYE!!! BOMBAYE!!!!". Una densa humareda negra cubrió inmediatamente todo el centro de la villa. El instinto nos llevó a refugiarnos en el viejo portal, bajo un carro desenganchado lleno de hierbas secas. Acurrucados, desde este "nido de águila" podíamos ver los racimos humanos que salían huyendo del centro y se desparramaban por las huertas vecinas y laderas del monte.

A los pocos minutos se repite la misma maniobra, con el añadido bestial de una criminalidad obstinada y técnicamente fría, pues; después de lanzar más bombas, los aviones volvieron a dar otra vuelta y ametrallaron a las personas que corrían por los campos descubiertos, sin defensa ni protección.

Y así, en una interminable ronda de horror indefinible que fue una eternidad... ¡durante toda la tarde! El humo y las llamas subían al cielo, oscureciéndolo como si fuera de noche.

Luego todo quedó oscuro y en silencio. Un silencio extraño. Más que el ruido de las bombas y el tableteo de las ametralladoras, el recuerdo del silencio que siguió al bombardeo de Guernika es algo que quedará eternamente grabado en mi

memoria como losa sepulcral de alucinante apocalipsis.

El mundo entero conoce el famoso cuadro "GUERNIKA" obra de Picasso, genio fecundo que supo captar y expresar para la Historia la gran tragedia de nuestra Villa Santa.

Hoy en día ya nadie pone en duda que Guernika fue destruida por orden de Francisco Franco, con el apoyo material y estratégico de la aviación nazi; ya nadie duda que el "Caudillo" gozó de la ayuda efectiva de la Roma facista, y de la ayuda "diplomática" vaticana. Pero oír por radio permanentemente, durante años, con voces engoladas de fanática soberbia que: "Guernika ha sido destruida por los sanguinarios rojos separatistas vascos" habiendo visto con mis propios ojos lo que vi... es algo que corroe el alma y la pone a dudar muy seriamente sobre la razón de la Razón de Estado de las potencias y cruzadas auto-bautizadas "divinas" que se manifiestan con la fuerza de las armas, masacrando civiles inocentes para predicar la paz de Cristo.

Deia, Vizcaya, 21/04/87

“Pedacitos de historia”

Teníamos diecinueve años y estábamos enamorados.... Ante el florecimiento del nacionalismo vasco, que tanto preocupa a Madrid, empezábamos a sentir los primeros zarrazos de la naciente República Española. Sabiendo de la visita de su presidente, Alcalá Zamora, a Bilbao, el Partido Nacionalista Vasco (P.N.V.) movilizó a sus “mendigoixales” (boy-scouts) para que se hicieran unas pintadas en las carreteras por donde tenía que pasar la comitiva oficial.

Se repartieron consignas, pinturas y brochas, y durante toda una madrugada nuestros jóvenes patriotas se dedicaron a cumplir... añadiendo algunos epitetos, más audaces y expresivos, de propia imaginación.

Ya casi habían cumplido la misión, cuando, por algún motivo inesperado, las autoridades españolas, alertadas, se presentaron de pronto en la “obra” y empezaron a recoger pintores y a llenar con ellos las “jaulas”. Nuestros héroes, llenos de pinturas, y con brochas y potes y todo, fueron trasladados a la comisaría de Bilbao.

Claudio Zárate, un artista de Galdácano, aseguraba y afirmada muy seriamente, al ser interrogado, que él “sólo estaba paseando y tomando el fresco”.

—...Y ¿éste pote de pintura qué, paseando contigo?

—“¡No es mío, algún malintencionado me lo habrá colocado en la mano!” Los más destacados fueron trasladados inmediatamente, bajo severa vigilancia, a la cárcel de Larrinaga.

Al mismo día siguiente, los familiares y amigos empezamos a visitarlos, llevándoles comida y aliento. Solíamos reunirnos en las escalinatas de la famosa prisión. Nekane Legórburu, la más joven de las oradoras-motineras vascas, y yo, con especial afinidad pues las dos teníamos encerrados a nuestros respectivos novios, amigos íntimos ambos: Fede Ituarte y José Mandalúniz.

Pero al tercer día no nos permitieron verles... ni pasarles comida ni paquete alguno. ¡Se habían declarado en huelga de hambre! ¡Qué emoción! ¡Qué orgullo! Nos sentimos todos muy conmovidos ante aquel comportamiento heroico. Después de comentarios y charlas de rigor el grupo de familiares y amigos se fue disolviéndose... y de nuevo a casa, a nuestras obligaciones.

Al otro día nos volvemos a presentar y ¡lo mismo! —¡No se puede pasar! ¡No se les puede ver!” Al siguiente, tras insistir, solicitar, suplicar, sin obtener el permiso de visita, ya esto nos pareció demasiado, algo insoportable.

¡Nuestros héroes no sólo habían arriesgado sus vidas por la Patria Libre, sino que ahora se nos iban a morir de hambre!... En nuestra imaginación ya los veía-

mos flacos, desfallecidos, quizás exánimes ya, por falta de alimentos. No en vano sabíamos de Gandhi; y ellos, mientras tanto, se lo pasaron “bomba” entre el sentimiento de exaltación nacional y los chistes y descripciones de succulentos menús imaginarios que les contaba Takolo, el tabernero de las Siete-Calles, matándolos de risa.

—“¡Nekane, esto no puede seguir así...Tenemos que hacer algo... Vamos a ir a hablar con Alcalá Zamora y le diremos...!”.

¡Dios mío, qué de cosas íbamos a decirle al señor Presidente de la República Española!

...Esa misma mañana avisamos a todas las “emakumes” (mujeres patriotas) presentes ante las puertas de la cárcel de Larrínaga, quienes, con sus paquetes de comida en brazos y sus rostros inquietos, eran la expresión misma de la desolación. Quedamos todas en reunirnos esa misma tarde, a las dos en punto en Juventud-Vasca. “¡Avisad a todas las que podáis!” era la consigna, y cundía. Luego, Nekane y yo, nos planteamos en la plaza del Arenal, centro neurálgico de Bilbao, y firmes y decididas abordábamos a toda mujer que llevase en el pecho la insignia de “Emakume”, y con gran misterio le susurrábamos: “—A las dos en punto de esta tarde, en Juventud-Vasca, es grave y urgente. Avisad a todas las que podáis!”.

Pasaríamos así un par de horas, y a las dos en punto nos fuimos a la sede de Juventud-Vasca, en la calle Bidebarrieta, dando un rodeo, pues al lado, en el famoso restaurante “El Sitio” acordonado por los “pichis” almorzaba el presidente de la república.

Cerca de Juventud-Vasca, la esquina de la calle parecía una romería. No se podía subir por las escalinatas y las salas y salones estaban repletos de agitadas militantes.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?”

Con gran dificultad llegamos hasta la recepción. Los enormes ojos de Elías Gallastegui, líder espiritual de nuestro movimiento nacionalista, ojos llenos de angustia y asombro; la cara refunfuñona del gordito y carismático delegado Menu Tarradona, nos hicieron pronto comprender lo inaudito de nuestra acción. Nos introdujeron en el despacho central y ahí nos explicamos. Les expusimos nuestra idea genial con ingenua pasión. No recibimos de ellos ni un solo reproche. Tras intercambiar miradas entre sí, nos aprobaron. Sólo nos pidieron organización y disciplina.

—“¡Bueno! ¡Está bien!... ¡Una manifestación de mujeres patriotas! ¡la idea es buena! ¡...Pero sobre todo serenidad! ¡Disciplina y mucha serenidad!” insistieron paternales.

Y se armó la manifestación. La presidenta del cuerpo de “Emakumes” de Euzkadi, doña Sofía MacMahón, y las instigadoras del operativo fuimos puestas al frente, encabezando el desfile, sin pancartas, ni plumeros, ni nada.

En cuanto salimos a la calle nos avisan que ya no hay "pichis" acordonando el "Sitio"... que el señor Presidente ha salido, en comitiva, hacia el ayuntamiento desde donde embarcarán para visitar el complejo industrial de "Altos-Hornos".

—"...Pues ¡todas al ayuntamiento!!!" fue el grito general. Atravesamos la plaza del Arenal, parando el tráfico, y por delante de la hermosa arquitectura de San Nicolás llegamos hasta el final del Paseo de la Salve.

Aquí, en medio de la calzada, cerrándonos el paso, un camión repleto de guardias de asalto, españoles muy firmes y decididos. el oficial, cuya cara no se me olvidará nunca, uno de esos oficiales de bigotillo fino al estilo "¡España-Una-Grande-y-Libre!", con presteza, de un salto se baja del camión y se nos enfrenta con chulería de pica flamenca:

—"¡A ver!... ¿A dónde van ustedes?" Alguna, con garbo le contesta:

—¡Vamos de paseo!

—"¡Pues aquí no hay paseo, señoras. No se puede pasar. Atrás. Vamos. Atrás. Atrás!!!"

El hombre pierde la cara y comienza aquella algarabía de improprios e insultos. El oficialillo, algo asustado por el tumulto —pues entonces no era costumbre que las mujeres se alzasen— saca el silbato y pita a todo pulmón, dando orden de bajar a los demás efectivos del camión...

Tampoco se me olvidará nunca la expresión fanática de un dirigente socialista del gobierno quién, desde las escalinatas del ayuntamiento, gritaba como un energúmeno, excitando a los hombres:

"¡—Palo con ellas!!! ¡Duro con ellas!!! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!"

Y así fue. Nos golpearon duro. En el desorden físico y moral que allí se formó hay imágenes que no se me olvidan. Una: la de la emakume caída en el suelo y agarrando con rabia la pierna de un guardia de asalto, tratando de morderla. Otra: a la respetable y muy señora doña Sofía de MacMahón, con un zapato en las manos, repartiendo taconazos a diestra y siniestra, e intentando partir cabezas.

Los hombres del partido, quienes andaban cerca, custodiándonos, se metieron también en la refriega y se enzarzaron unos y otros recibiendo lo suyo. Aquéllo era igualito a esas imágenes que nos da la tele sobre las manifestaciones contra Augusto Pinochet... pero sin tiros aún.

Por fin nuestros hombres nos recogieron en coches y nos llevaron a "Sabin-Etxéa" (casa matriz). Aquí el "B.B.B." (Consejo Supremo del Partido) reunido de urgencia oyó atentamente nuestra versión de los hechos, y el doctor Julio Yanke, de la junta directiva, tomó constancia de los ematomas y fracturas causados por los porrazos centralistas.

Esa noche cuando llegué a casa, Trabudúa el monárquico-carlista, mi padre, no dijo nada. ¡Su hija trasladada hasta la verja de casa en el automóvil particular

de los Sota (Cresus)! ¡Algo bueno estaría haciendo! Mis “trastadas” le compensaban del hijo que nunca tuvo y tanto deseó. Mi Amatxu (madre) que tanto se angustiaba con mis actividades patrióticas de propagandista y mitinera, me daba sin embargo ánimos y confianza.

Ante aquel atropello a las Emakumes, el Partido Nacionalista Vasco desplegó toda su magnífica organización de “compañía divina” y junto con Mendigoixales (boy-scouts) y Solidaridad-Vasca (sindicato laboral-patronal), trabajó toda la noche hasta conseguir el triunfo más hermoso que recuerdo.

Cansada, después de tanta emoción, dormí como un ángel. A la mañana siguiente me despertó temprano mi Amatxu para anunciarme llena de alegría las consignas que la radio estaba dando a cada rato:

—“¡Figúrate! ¡Todo está en huelga! ¡El tren de Lezama, el primero, el de las seis y media, no ha podido pasar de Derio!... ¡Todos están en huelga!... ¡Todo está parado!... ¡Nadie trabaja!... ¡Bilbao está esperando!... ¡Y se extiende la huelga a toda Vizcaya!... ¡Toda Euzkadí está con los presos!...”.

Y así pasamos nosotras todo el santo día oyendo las noticias de la radio. Al día siguiente nuestros presos fueron ¡por fin! liberados. Salieron de dos en dos, a intervalos espaciados... para frenar el entusiasmo popular.

Esta fue probablemente la huelga más completa y efectiva de la historia moderna de Euzkadí. Dos chavalas fueron las instigadoras. Dos jovencitas enamoradas.

¡Teníamos diez y nueve años!

San Juan de Luz, 22/06/86

“*Estampa de Lauaxeta*”

Era en los albores de la república, cuando se iniciaba en el Casco-Viejo de Bilbao —en la calle Bidebarrieta— aquel entusiasmo de reuniones, de charlas, de clases de Euzkera. Ebrios de un fervor patriótico sabiniano, vivíamos como un sueño el despertar político de Euzkadi.

Por aquel entonces andaba yo de normalista. A menudo, después de terminar unas clases de recuperación de matemáticas en una academia de la calle Ayala, solíamos reunirnos, amigos y compañeros, en Juventud-Vasca, donde siempre había alguna acción patriótica que desarrollar. Así fue como conocí al poeta Lauaxeta.

Con él me unía, además del hecho de ser los dos “txorieritarras” (del valle de Tsoierri) una gran simpatía mutua que no llegó mayormente a madurar por estar yo comprometida con José Mandalúniz.

Fue el propio Lauaxeta el que me animó a que diera unas clases de Euzkera a los más pequeños de Juventud-Vasca, mientras en el salón contiguo, él mismo daba cursos más avanzados. Al terminar la clase me solía corregir, y me aconsejaba... y charlábamos, charlábamos, de lo sagrado y de lo profano, de todo y de nada... Y me acompañaba hasta la estación de Lezama.

Un día en que, hallándose enferma y no pudiendo asistir a un mitin programado, falló una oradora (creo que era Sorne Unzueta), Lauaxeta propuso a la junta de Emakuma-A.B. (mujeres patriotas) que yo podría sustituirla. Era para la inauguración del batzoki (casa del Partido) de Orduña. Aquí empezó mi carrera de propagantista-oradora.

Lauaxeta es un gran poeta, verdadera sensibilidad romántica y profunda inspiración abertzale (patriótica). Es por cierto curioso recordar que tanto él como Mandalúniz eran “prófugos” del seminario, en cuyo recinto adquirieron madurez y gran conocimiento del alma humana. A tiempo, y por no tener la vocación requerida, ambos demostraron tener valor suficiente para no proseguir la carrera eclesiástica, de gran prestigio y seguridad, renunciando con entereza.

A Lauaxeta le gustaba mucho recitarnos trozos de sus poemas. Algunos fragmentos los aprendí de memoria. En el año 37, casada ya con Mandalúniz y a punto de tener el tercer hijo, subía yo, en estado muy avanzado, las calzadas de la estación de Lezama, después de haber realizado algún trabajo en Juventud-Vasca. En mitad de la plaza del instituto había tres camiones de gudarís (soldados vascos), de pie, pertrechados de campaña. Me paro en medio de las escalinatas para contemplar la escena, estampa de hombres que van al frente, a cruzar fuego. Una

honda sensación de tristeza y melancolía me iba invadiendo. Para no ponerme a llorar vuelvo a iniciar la subida, arrastrando mis pies cansados y agarrándome a la barandilla de hierro...

De pronto, llenando la plaza, oigo una voz bien conocida que me grita llamando:

—“¡Polixene! ¡Polixene!...” y comienza la voz del poeta a entonar el “Eusko Gudariak Gara” (el himno nacional del ejército vasco), coreado por todos los demás gudarís presentes. Salían para el frente de Lemona.

Nunca la canción patriótica tuvo tanta resonancia de sacrificio, de ofrenda, de amor a la Tierra Natal. Las lágrimas corrían por mi cara. Cuando Lauaxeta pasó cerca de mí, sobre el primer camión, encabezando el grupo —era el comandante—, me volvió a gritar:

—“¡Animo Polixene!... ¡Sólo se muere una vez!...” El tono de su voz me estremeció profundamente.

Y murió el poeta-comandante al cabo de tres meses de aquella escena. Murió en las cumbres del Gorbea, dando fe de su patriotismo y de su dignidad, de hombre y de vasco.

En mis andanzas por el mundo del exilio, en estos 40 años, luchando junto a mi marido para sacar adelante la numerosa familia, he trabajado duro, bajo climas muy fuertes, de maestra y de profesora, dando clases de Historia del Arte y de geometría, en colegios y liceos, dando charlas de Ciencia del Hogar en parroquias y barriadas, dando cursos de libre escolaridad a los presos condenados de la penitenciaría de Sabaneta, en Maracaibo (la cárcel más terrible de Venezuela, por hallarse en zona fronteriza)... En tantos y tantos años, ha sido mi constante obsesión explicarles a mis alumnos que somos vascos los vascos, como el francés es francés y el español español... y que el vasco auténtico no es ni francés ni español; así como el francés de verdad no es español ni es vasco; ni el español pragmático y realista es vasco o francés, si bien puede ser vascófilo o francófono... Y siempre, siempre que hablaba con alumnos, o curiosos, de este tema de tan lógica evidencia para todo Soberano —¡Pueblo o Señor!— y me pedían como colofón dar una prueba de nuestra diferencia, de la originalidad de nuestra lengua, de la identidad de nuestro verbo, yo, siempre y sin meditarlo, de lo más profundo del recuerdo y nostalgia de mi ser auténtico, les recitaba:

“¡Iños ikusi baño
maitale kutuna
neure opa samurрак
lastanduten dabe!”

(Mis ansias más profundas añoran la ternura de mi amada nunca vista).

¡...Y soñaba!... Soñaba que estos versos los escribió Lauaxeta, los escribió Esteban Urtiaga para aquella aldeanita normalista que subía por las calzadas de Begoña... cuando éramos puros, cuando el amor a la patria era algo que pedía una entrega total, sin mezquindades ni partidismos.

Deia, Vizcaya, 23/06/86

“¡Aupa Bermeo!”

Todas las personas que vivimos y participamos en el primer “Aberri-Eguna” (día nacional vasco) celebrado en el año 1932, en Bilbao, estarán de acuerdo conmigo en reconocer que el espectáculo que más nos impactó y que recordamos con verdadero cariño es —después del desfile señorial de nuestros Mendigoixales por la Gran Vía— el de la llegada de la flota bermeana por el Nervión.

Ese día, dejando de faenar y olvidándose de ganancias y asuntos privados, los arrantzales (pescadores) bermeanos se presentaron en la gran ciudad atlética organizando una procesión naval de suntuosa belleza folklórica.

Todos los barcos, recién pintados, llenos de banderas, guirnaldas y estandartes, los puentes repletos, hasta los topes, de racimos de hombres, mujeres y niños, tocando estrepitosas sirenas, hicieron su entrada por la Ría, hasta los muelles del Arenal.

Nosotros, los jóvenes y adolescentes, apoyados sobre las barandillas del puente de San Nicolás, hinchados de orgullo patrio, contemplábamos el espectáculo. Era de una belleza radiante y alegre, como una estampa naval del gran canal fabricada por algún genio de la escenografía. A la derecha la pétrea torre de San Nicolás; al fondo esos espléndidos verdes sobre las suaves laderas de Artxanda; en frente, sobre la Ría, todo ese alarde de líneas y colores flotando al viento.

Hoy, cuando medito sobre el fenómeno de la comunicación consciente de la energía universal (fenómeno muy bien explicado por el místico Teilhard de Chardin) siempre recuerdo, y revivo con gozo, aquella escena espléndida del Arenal, toda de pura vibración, de abigarrados colores flameantes, de música, de gritos, de sirenas, ¡de emoción... ¡de comunión patriótica!

¡Bermeotar zoroak! (¡bermeanos locos!)... ¡Gracias por tan bellos recuerdos!

La ikastola (escuela vasca) de Sondika fue una de las primeras en ser organizada por el Partido Nacionalista Vasco. Con motivo de unas fiestas patronales se dio una exhibición de enseñanza pedagógica, exponiéndose problemas matemáticos y de geometría en Euzkera (lengua vasca), en el pórtico de la vieja iglesia, ante la admiración de nuestros “baserritarrak” (hombres de campo).

Una vez al año, para premiar la labor de los txikis, organizábamos una buena excursión, preparada de antemano con mucho entusiasmo. Alquilábamos un autobús, y cargando cestos con bocadillos y frutas, emprendíamos nuestro gran día de aventuras, con la banda de txistularis (músicos) al frente y gran alegría en nuestros corazones.

Un día nos fuimos así con los muchachos a Bermeo. Llegamos a la plaza

Central, frente al kiosko, deteniéndonos en él un rato, pensando en donde acampar y dejar las cosas, para que los críos puedan bañarse... cuando comenzó un txistu a animar el ambiente con unos aires "biribilketas".

Poco a poco los balcones se iban abriendo y asomándose las caras; e iban llegando a la plaza jóvenes en traje de faena de las conserveras. Al principio no prestamos mucha atención, y para cuando nos dimos cuenta, una numerosa chiquillería, y gentes de todas las edades nos rodeaban, coreando el canto patriótico, junto a los txikis de la ikastola.

¡La que se armó!... Aquello era una verdadera romería con jotas y cantos y callegiras... ¡en las que nos metimos las anderraños (maestras) con nuestros acompañantes!

En medio de este jaleo y bullicio se nos aparece de pronto el alcalde, Basretetxea, y nos dice, alarmado:

—“¡Polixene! ¿qué andáis?... ¡Por lo que más quieras, recoge a tus txikis y sal de Bermeo! ...Me acaba de llamar el gobernador y me ha dicho que el delegado civil ha telefoneado señalándole que se ha organizado en Bermeo una manifestación de aupa, y que las obreras de las factorías de conservas están abandonando el trabajo, sin pedir permiso, para asistir al acto; y que esta manifestación no tiene autorización legal para llevarse a cabo!”.

¡Bermeotar zoroak!

A consecuencia de un mitin donde hablamos con especial celo y ardiente patriotismo a favor de la independencia, tanto la famosa oradora Haydée de Aguirre como yo misma, fuimos detenidas y encerradas en la cárcel de Larrinaga, durante quince largos días. Oyendo las noticias de los horrores que pasan por nuestro mundo de hoy, recuerdo como risible el terror que entonces nos producía aquel castigo. Eramos muy jóvenes, teníamos apenas 19 años. Señoritas de pueblo educadas en el ambiente estricto de esos años 30, con las Hermanas de la Cruz, y luego en la Normal... Para nosotras aquella prisión, aquellas puertas enormes con sus cerrojos y llaves gigantescas, y sobre todo las diferentes estancias y corredores que se iban cerrando a nuestro paso, hasta quedar aisladas en aquella pequeña celda de rejas y barrotes de hierro, siempre a la vista de alguna funcionaria ceñuda, y con aquella muy alta y muy pequeña ventanita que daba hacia la calzada... todo aquello nos daba la impresión de ser personajes, protagonistas de un rollo del Farwest con mezcla de catacumbas, cuando no heroínas modernas de la Historia Real. Nos sentíamos como mártires. Pero era tanto el cariño y las atenciones que tuvimos del Partido y de nuestra gente que no nos quedaba tiempo de aburrirnos ni de sentir gran miedo... ¡y nuestro sueño era muy profundo!

Una noche —sería hacia la media noche— nos despertaron de pronto unos gritos que venían desde la calle:

—“¡Aupa Haydée! ¡Aupa Polixene! ¡Gora Euzkadi azkatuta!... (¡Arriba Haydée! Arriba Polixene! Viva Euzkadi libre!) Y luego, seguido, aquel canto grave,

profundo, de voces de hombres de mar, bramidos de Atlantas:

“¡Yaiki! ¡Yaiki Euzkotarrak!

¡Laister dator eguna!...”.

(¡Arriba! ¡Arriba los vascos! / ¡Que ya viene el día!...).

Eran las voces de los arrantzales de Bermeo. Después de faenar en el bravío Cantábrico, y en vez de descansar en casa, o de distraerse en la taberna, aprovechando un día de asueto y tras una buena comida, decidieron llegar hasta el muro de la cárcel de Larrínaga para entonar, en coro, este vibrante canto a la patria, llenando de fe y de esperanza el corazón de aquellas ingenuas oradoras mitineras.

¡Bermeotar zoroak!

En esos días se organizó en Bermeo un festival patriótico, ya no recuerdo exactamente con qué motivo. Se había programado un mitin en la sede de la cofradía de pescadores, junto al río. La gente no cabía en la amplia sala. En el parque de enfrente, también lleno de gente nuestra, tuvieron que colocar altavoces.

Yo era la oradora de turno. Cuando empiezo a hablar, en euzkera, se me acerca discreto el delegado del gobierno español (delegado que siempre asistía, como testigo, a estos actos) y me dice al oído:

—“¡Señorita!... ¿Va usted a hablar todo su discurso en vascuence?” Nadie del público oyó lo que me preguntaba; sólo se enteraron que el delegado me estaba interrumpiendo. De pronto desde lo alto del escenario que era bastante elevado, vi como un pequeño movimiento entre las primeras filas, seguido de un rumor confuso. Recuerdo que alguien gritó: “¡Urera gixona!” (¡Al agua ese hombre!)... y como un huracán se desató la tempestad propagándose el “¡Urera! ¡Urera!” en agitadas olas.

Al cabo de poco era ya un bramido sordo y profundo acompañado de movimientos peligrosos, empujones, gritos... unos que querían entrar en la sala. Qué magnitud de peligro tendría aquel movimiento de masa humana cuando el propio delegado civil, arrodillado, se agarraba a mi brazo implorando:

—“¡Señorita! ¡Señorita!... ¡Dígales que yo no le prohibo nada!... ¡Siga usted hablando, por favor!... ¡Siga usted hablando como quiera!... En vascuence, en euzkera, ¡como quiera!...”.

El pobre hombre, lívido, temblaba de pavor. Unos responsables le sacaron por el fondo del escenario. ¡Y continuó el mitin!...

El final del acto fue apoteósico. De este clima de efervescencia, creado por el incidente, brotó un delirio de entusiasmo colectivo. Entre aplausos y vivas unas bermeanas, como cariátides, me llevaron a hombros hasta la plaza. Yo, arrebatada, supe entonces lo que es el éxtasis en la comunión con la masa.

¡Creo que habrá hoy en día en Bermeo unas cuantas mujeres nacidas en 1932... que se llaman Polixene!

¡Bermeotar zoroak!

Algún día, si Dios quiere, escribiré la apología de estos locos Atlantas, sal de la tierra y gracia del mar. Pero ahora, y desde este mundo post-moderno de alienada lógica consumista y frío racionalismo beligerante, quiero expresar aquí mi más cordial respeto y admiración a este pueblo de Bermeo, exhuberante y exaltado y siempre fiel a nuestros ancestros y genios del mar... esperando que el espíritu de concordia y de unidad que tanto necesita Euzkadi nos brote de este puerto del Gran Océano Atlántico... con la gracia natural y activa que tan bien le caracteriza.

Don Ibane Lohitzun, 14/08/86

“Los caballeros de Azkoitia”

Todos los años se celebra en Roncesvalles, en la región de los Pirineos atlánticos, una romería patriótico-folklórica a la que participan multitudes de vascos de ambos lados de la mal llamada frontera nacional.

Roncesvalles, situado en el corazón de la Alta Navarra, es un lugar agreste, salvaje, sombrío, de difícil acceso. Un paso estrecho, un corredor natural rodeado de enormes rocas que parecen fantasmas, centinelas del pasado.

Es aquí donde el ardiente y gallardo Rolando, favorito del gran Carlos Magno, Emperador de Occidente, murió tocando aquel famoso corno de oro y marfil (Olifante) con tanta furia y rabia que sus pulmones estallaron bañándole de sangre, según cuentan las crónicas de caballería. Ciertamente, en la cúspide de la gloria y de las riquezas, en plena salud y edad viril, ser atacado y vencido por esas hordas de salvajes vascones... ¡es para volverse loco!

En una ceremonia conmemorativa, mezcla de pastoral y danzas guerreras, se revive cada primavera este episodio histórico. Se baila la “Espatadantza”, danza de las espadas, con ropajes de la época; túnicas cortas de piel de oveja, abarcas de cuero, pelo largo y barbas abundantes, los riñones ceñidos de rústicos cinchos y fajas. Es un ritual de una gran belleza bucólica impregnada del primitivo espíritu marcial, disuasivo... ¡Se baila y se lucha, todo en uno!

Los historiadores objetivos, desde el alto Medioevo hasta los recientes descubrimientos de fragmentos de esta gesta, —100 versos que datan de 1310, hallados en los Archivos Reales de Pamplona— afirman contundentemente que el poderoso ejército imperial sufrió una aplastante derrota en Roncesvalles al ser atacado por “salvajes y sanguinarios vascones que luchan utilizando piedras, rocas y guijarros lanzados por primitivas hondas, con tal fuerza y destreza que causan grandes pérdidas y desastres a nuestro ejército”.

¡Que si fueron los Moros capitaneados por Abderamán! ¡Que si fue el Islam con apoyo de la Corona de Aragón!... ¡Claro, queda mucho más elegante ser vencido por una potencia dominante que por tribus de salvajes autóctonos!...

En esa época en que no existía aún ni Francia ni España como estados soberanos, época en que la historia empezaba a balbucear, defendiendo cada quien su patrimonio vital, reinaba una gran confusión de valores y el error era muy frecuente. Pero ya no se puede dudar de la historia: ningún invasor ocupó jamás, por las armas, el territorio Vasco-Navarro. Los Romanos no lograron pasar de Tudela, y los árabes llegaron hasta Poitiers contorneando Vasconia.

¡Salvajes y primitivos... si se quiere! Pero los vascones, los vascos, defendiendo

la sagrada libertad —que es toda soberanía o real gana nacional— derrotaron a Carlos-Magno en Roncesvalles a pedradas, como David a Goliath.

Unamuno dice: “¡El vasco no escribe la historia, la hace!” En verdad, cada ser humano es el resultado de líneas y raíces que le preceden. Siempre fijos en lo propio, los vascos jamás lucharon en guerras de conquistas, pero sí defendiendo la santa libertad... Y si recientemente fue ocupada Euzkadi por franceses y españoles es debido a una penetración solapada, llevada a cabo con argucias de leguleyos y manejos dudosos de documentos y rollos y triquiñuelas de aduanas... ¡inflándose el honor! “¡Europa será real cuando todas sus naciones sean soberanas!” dijo, ya hace tiempo, Su Santidad Pío XII.

Juan-Jacobo Rousseau sintió una gran pasión por el fenómeno vasco a través de una entrañable amistad particular que compartió con el Guipuzkoano Manuel Ignacio de Altuna. Se conocieron en Venezia, entre las abundantes aguas... Espíritus afines, pronto trabaron amistad y se trasladaron a París donde vivieron juntos un año de estudios, bohemia y observación.

Al cabo, Altuna regresa a Azkoitia, su villa natal, donde se casa con doña Brígida de Zuloaga, con la que procrea cinco hijos, y muere. Murió joven, dejando una huella profunda en el enciclopedista, así como en el País-Vasco y en América. Seguidor ferviente de las doctrinas de Rousseau fundó una sociedad, filantrópica como la Masonería, llamada de “Los Caballeritos de Azkoitia”. Su propósito: “crear una gran fraternidad de intelectuales de élite para propagar las ideas liberales que permiten erradicar la ignorancia y fomentar el desarrollo evolutivo del espíritu del Hombre, luchando contra la injusticia social y el oscurantismo conservador del antiguo régimen”.

Los Caballeritos de Azkoitia, muchos de ellos emparentados con capitanes de altura de la conocida Compañía Guipuzkoana de Navegación, aprovechan esta ocasión para enviar libros, folletos y pasquines a los jóvenes criollos con quienes mantienen vínculos de amistad.

Tuve la suerte de asistir hace unos años a un curso que dictaba en la U.C.V. el profesor Mariano Picón Salas. Este nos explicaba, con precisión objetiva, analizando la “Leyenda Negra”, que es evidente que la Compañía Guipuzkoana ejerció su monopolio comercial en forma despótica y totalitaria y desfavorable a la economía criolla; pero que fue a su vez instrumento que permitió el aporte de nuevos valores e ideas, a través de hombres y literatura —¡clandestina para la época!— sembrando en la dorada juventud criolla la sagrada semilla de la libertad (“Derechos del Hombre”) que tan gloriosamente germinaría en el espíritu patriótico y ardiente de un Simón Bolívar... cuyo libro de cabecera, y lectura última en Santa Marta, es el “Contrato Social” de J. Jacobo Rousseau; volumen que perteneció, como es bien sabido, al Buonaparte, Napoleón.

Los caminos de Dios son a veces retorcidos, pero desde cierta altura el Aguila percibe muy bien la línea y destino de la perdiz.

La corriente de valores filosóficos e ideales nuevos que cambian la faz de Europa pasa al Atlántico e inicia aquí la gloriosa gesta libertadora del Nuevo Mundo. En todo esto... algún mérito tienen los Caballeritos de Azkoitia.

Panorama, 04/12/88

“De apellidos vascos en Venezuela”

En un programa de televisión una joven locutora hace la siguiente presentación:

—“...Y ahora vamos a oír a la encantadora Aurita Urribarri interpretarnos la canción de moda... Qué apellido tan bonito y tan maracucho ¡Urribarri!”.

Al oír tan espontánea afirmación se me ocurre una idea peregrina: “mac-Arthur, que apellido tan bonito y tan japonés!” Son apellidos autóctonos en el Zulia solamente los goajiros, los Ipuana, Uriana, etc. Todos los demás son importados formando en el crisol de este nuevo mundo las nacionalidades políticas diversas.

El maracucho que oye “Urribarri” percibe fonéticamente una palabra agradable y familiar, y más aún si la asocia a un bello rostro como el de Aurita, o a la figura digna de un estimado profesor; pero desconoce, a menudo, el largo recorrido trasatlántico de este apelativo. Para las personas cuya lengua materna es el vasco, Urribarri tiene una connotación más apreciable.

Así como Villalobos tiene que tener su origen en algún lugar de la península Ibérica, comarca donde existían abundantes lobos, al oír la palabra Urribarri se realiza que ésta proviene del Viejo Mundo, de Euzkadi, y que tiene su origen y significado determinados, o como se dice de los vinos finos, su apelación controlada.

Los apellidos vascos son toponímicos (es su carácter diferencial con el resto de Europa donde abundan los patronímicos). “Urri” quiere decir pueblo, y “barri” es nuevo; por tanto Urribarri es Pueblo nuevo.

Como hay mucho origen vasco en Venezuela y nombres de gran tradición, me siento tentada de hacer un resumen sencillo, una pequeña explicación de las causas sociales que motivaron el transplante de estos apellidos a Nuevo-Mundo, transportando el gentilicio de un continente a otro, a través de aquellos Atlantas que atravesaron los siete mares para fundar familias y casas fuertes en estas tierras amadas por el sol. Lo que doy es un pequeño recuento, pues en el fondo todos estos problemas genéticos son muy complejos y apasionantes.

En el territorio de Euzkalerria (patria de los vascos) se inscribe una geografía muy especial, de abruptas montañas y pequeños y suaves valles llenos de abundantes aguas, donde se disfruta de un microclima muy agradable, sin excesos ni en invierno ni en verano. Es su toponimia muy semejante a los Andes, a escala más humana. Esta situación geográfica es la causa principal por la que los vascones pudieron defender su soberana independencia durante el transcurso de los siglos.

en tanto que tribus y naciones colindantes sufrían continuas invasiones, de romanos, godos, zaracenos y franceses. “¡Vencer a los vascones!” era orden repetida de todos los césares a sus legiones imperiales.

Esta inexpugnabilidad del territorio junto a su lengua vernácula de origen muy muy remoto y cuyas fuentes intrigan y siguen interesando a científicos y especialistas del verbo... (En la universidad de Berlín existe una cátedra de Euzkera, y bien conocida es la fijación mental que por esta lengua sufrió el príncipe Louis Bonaparte.)... todo ello hace que la organización social del pueblo vasco no sufre grandes cambios con el transcurrir del tiempo. Estable y pacífica —esencialmente pacifista— rural y pescadora, tiene por base este pilar que es la familia matriarcal, y su vivienda típica es el caserío.

El caserío vasco, de piedra, con tejado a dos aguas es vivienda rústica, unifamiliar, sólida y sencilla. En la fachada sur, un gran portalón, a menudo protegido por una garra de enroscadas cepas. Al lado, un nogal o algún roble. Estos caseríos, desparramados por valles y montañas (a veces a alturas casi inaccesibles) separados unos de otros por varios kilómetros, gozan de gran autonomía. Un día le oí comentar a un tío mío:

“¡Bah, es un asco. Ya no se puede vivir tranquilo en este mundo!... ¡ahí se han pegado esos!...” ¡porque habían construido un nuevo caserío a dos kilómetros del suyo!

El caserío vasco se autoabastece casi por completo. Con la venta de excedentes se consigue café, azúcar, aceite... Cuando el Etxekojaun (señor de la casa) envejece, hereda la responsabilidad el hijo mayor quien de hecho será el nuevo propietario. Los viejos abuelos siguen viviendo en la casa, llenos de respeto y veneración. A los demás hijos se les presenta otra situación.

Pueden quedarse en el caserío, cooperando en los trabajos agrícolas y de pastoreo, de segundones, sin autoridad real. El jefe indiscutible es el primogénito. Rige el mayorazgo. Es un monarca. El otro, el segundón, el cadete, si se queda en el caserío puede vivir holgadamente llevando una vida tranquila, sin grandes responsabilidades, soltero de preferencia, convertido en el “osaba” (tío) cómplice de los sobrinos; y para los vecinos en el “mutil-zarra” alegre y de los buenos servicios. O puede incorporarse en alguna cofradía de pescadores de altura y balleneros, o aprender oficio de construcción, tallado de piedra, carpintería, masonería...

Para la mujer la solución es más sencilla. Si es bonita, o con suerte, se casa con algún “baserritarra” vecino con buenas tierras; o con algún “indiano” recién llegado de las Américas. La menos agraciada tiene otras alternativas: ingresar en un convento, o envejecer en el caserío, en segundo plano, cuidando sobrinos y gallinas.

Pero la solución más soñada para los jóvenes segundones es la de embarcarse para las Américas con la esperanza de hacer buena fortuna y regresar al país con el chaleco lleno de cadenas de oro, y un hermoso reloj, y dijes y morocotas, y

casarse con la "Maitexu" (amada) que esperándole está en el viejo caserío... Y construir un hermoso caserón, de piedra de sillería labrada, una fortaleza, en mitad de la calle principal, o en la plaza.

Pero muchos no volvieron y quedáronse en las Américas, en la Pampa argentina, en los altiplanos chilenos, en las untuosas orillas del Lago de Maracaibo, bien adaptados y asentados, formando familias hermosas de apellidos honorables de rancia solera local.

También es verdad, y hay que reconocerlo, que otras inmigraciones fueron causadas por persecuciones políticas y religiosas (y algunas llegaron huyendo de acosos por delitos o deudas)... Y muchos de los que vinieron con la Compañía Guipuzcoana no eran precisamente portadores de valores filantrópicos.

Los segundones de Euzkalerria, hijos de familias que no conocieron ni la esclavitud ni el servilismo (y donde los valores morales, rurales, son de una solidez pétrea: La veneración de los ancianos, el respeto a la tradición y el Fuero de Guernika, y sobre todo el respeto dado a la propia palabra), cuando llegaron aquí y se unieron a los linajes presentes, supieron resguardar valores de raíces y fondos originales, extendiéndolos por nuevas geografías.

Todos los apellidos vascos honran a su patria de origen, dándole honor a la nueva. Así:

Bolívar: Bolu=Molino / Ibar=Pradera.

Urdaneta: Ur=Aguas / Eta=Lugar.

Larrazabal: Larra=Prado / Zabal=Ancho.

Landaeta: Landa=Campa / Eta=Lugar.

Mendizabal: Mendi=Monte / Zabal=Ancho.

Mendoza: Mendi=Monte / Otza=Frío.

Echebarria: Eche=Casa / Barria=Nueva.

Aguirre: Agi=Piedra / Erra=Quemado.

Echeandía: Eche=Casa / Andía=Grande.

Iturbe: Fuente de abajo.

Olabarria: Ferrería nueva.

Eguzkizaga: Del lado del sol.

Goicoechea: La casa de arriba.

Urrutia: Lejano.

...entre otros y muchos más.

Panorama, 23/02/88

“Iparretarrak”

Hace diez años organicé la gira del grupo folklórico “ETORKI” a Venezuela. Actuaron en Caracas y en las principales ciudades del país. En Maracaibo se dieron varias representaciones. La primera, en homenaje a la raza Goajira, la autóctona, con asistencia de autoridades eclesiásticas y civiles. Las otras, ya a precios más populares. Y la última, en el Polideportivo, con entrada gratuita, para los vecinos de los barrios marginales.

Se terminó la gira con un acto especial en la Cárcel Nacional de Sabaneta. Todas las actuaciones tuvieron un éxito impresionante. Recuerdo, en la penitenciaría, las patibularias figuras de los reos, enternecidas cuando el carismático director del “ETORKI”, d’Ohiamburu, les dejó tocar, acariciar y tomar en brazos a su pequeña hija de 3 añitos, Argía.

También recuerdo, en apoteosis de aplausos, al elegante público del Teatro de Bellas-Artes puesto en pie. Y luego ese acoso de gentes a los camerinos y hogares vascos. ¡Todos teníamos, o creíamos tener, alguna ascendencia vasca!

Un gran magnate de la villa nos pidió que diéramos, en un colegio privado muy selecto, una charla sobre el “Fenómeno Vasco”. Acudí con gusto ante el micrófono, llevando conmigo a 4 artistas del “ETORKI” para que amenizaran mis explicaciones con pequeñas actuaciones de alboca, txistu, y selección de pasos de los bailes más conocidos. Dos de mis acompañantes fueron los hermanos Philippe y Beti Bidart.

Estos hermanos Bidart pronto se convirtieron en la “coqueluche” de nuestra colonia vasca. Guapos, elegantes, patriotas ardientes, buenos “dantzaris”, buenos músicos, tocando alternativamente el txistu y la alboca, lograron entusiasmar al público. Una madre me confiaba: “¡Daría unos cuantos años de mi vida porque mi hija se casara con uno de estos chicos tan majos!...”.

Más tarde, en una visita al hermoso pueblo de Baigorri, conocí a la familia Bidart. Un caserón típico junto al río, al lado del puente medieval. El padre, carpintero, dueño de un amplio taller y almacén de maderos. La madre, la clásica señora del hogar, nos recibió en un espléndido salón rústico, con las ventanas abiertas, adornadas de geranios rojos... y nos ofreció una buena merienda. La elegancia sobria de la madre, el porte patriarcal del padre, la sidra casera y el succulento pastel compartido en medio de una amena conversación en Euzkera, en aquel bucólico ambiente, mientras se percibía el murmullo del río Baigorri y el rico olor de los maderos cortados... ¡son recuerdos imborrables!

Philippe y Beti eran —y sé que lo siguen siendo— el orgullo de sus padres...

¡estén donde estén!

Unos años después, al tener que recurrir, para el carnet de residencia, a la comisaría de policía de San Juan de Luz, veo, en una de las paredes de la sala de espera, un gran cartel —como en las películas del Oeste— con la fotografía de Philippe Bidart. Debajo se anunciaba que éste era un peligroso delincuente buscado por todas las policías de Francia... y se ofrecía una fuerte recompensa a quien lo denunciara y facilitara en captura...

Estas semanas recientes han sido de gran despliegue propagandístico en toda Francia y Nabarra. Radio, prensa y televisión no han cesado de hablar de los hermanos Bidart. Uno está detenido; el otro, prófugo, perseguido por todo el sofisticado aparataje de la muy técnica policía gala moderna. ¡De película! 400 gendarmes, más unos perros amaestrados —¡perros policías, claro está!— más tres helicópteros pasando a peine fino toda esta región del Norte donde se presume que está el muy famoso “bandolero”... Hasta urgaron en la casa del Señor, en el muy honorable y moderno monasterio Benedictino de Belloc, distraendo a nuestros santos hermanos de sus labores y oraciones.

Y todo este magno operativo logístico... para mayor gloria y adiestramiento de la gendarmería francesa. Pero ¿llegará algún día a comprender, esta joven república vecina, el estado de ánimo general de nuestro pueblo vasco, de nuestra nación, sus deseos de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad... de integración, como ente libre, a una Europa libre y soberana?...

“¡Sí! Vendrá de Europa!... Esto ya está hecho! Dentro de diez años nuestros hijos verán realizando nuestro sueño de soberanía!” me dijiste, Xavier Arzálluz, con esa fe rotunda, profunda, del que vive con la presencia real del futuro.

Yo, aún, no lo veo tan claro. Indudablemente la autodeterminación —la Soberanía Vasca— vendrá con el concierto equilibrado de las naciones... ¡vendrá como ha de venir el Mesías! Pero, actualmente, aún prima la fuerza bruta. Los Estados añejos, prescindiendo de nuestro libre albedrío, e inyectándonos pequeñas dosis de inconsistente autonomía, quieren diluirnos, inmersos en grandes bloques de decadente economía política.

Pero sí creo que en el presente actual se conjugan ya voluntades e inteligencias claras, y que valiéndose del gran instrumento de la comunicación llegaremos pronto a exigir, con toda razón y estado, al democrático parlamento Europeo, en nombre del propio espíritu de la Democracia, nuestro inalienable derecho —y deber— a la autodeterminación, y por ende... a nuestra Soberanía. Libertad ésta que nos corresponde genética e históricamente por razones bio-políticas bien conocidas por la opinión pública, y harto conocidas por los especialistas.

Y también espero, de paso, que Europa se consolide, con la Hispanidad, en un Occidente confederado, para salvaguarda de la Cristiandad... y de sus orígenes.

San Juan de Luz, Iparralde, Julio de 1987

“Vascos de Venezuela: los goajiros”

Hace 25 años, recién llegados a Maracaibo, mi hija Naya, graduada de enfermera en Caracas, solicitó el puesto vacante que ofrecía el Ministerio de Justicia en el módulo de Yaguasirú, corazón de la Goajira venezolana. Aquí vivió con la familia del Torito Barroso, haciendo la vida de ellos, vistiendo la manta holgada, durmiendo en el chinchorro... ¡y tratando de aprender algo del muy antiguo idioma goajiro!

La visitábamos con frecuencia y así logramos conocer un poco a este extraño pueblo indígena; y digo poco, por lo difícil que es penetrar en la confianza e intimidad de esta vieja raza solar.

Más tarde, haciendo estudios en la misión de Guana, conocí a un misionero Capuchino, natural de Machiques, Adriano Setién, hombre de gran cultura, inteligencia y fortaleza, conocedor profundo del alma Goajira, quien me enseñó mucho sobre este pueblo.

También aprendí mucho sobre el tema en mis recorridos por Riohacha, pasando unas bellas vacaciones con mi esposo, y tratando de descubrir el enigma filosófico que nos planteara uno de esos “gurus-hippys” locos, muy folklórico, surgido de la Alta California y quien, tras pasar una temporada con nosotros y ofrecernos nuevos paradigmas para un futuro estable, se nos fue un buen día a vivir con unos indios de una ranchería humilde por Nazareth y alrededores... donde nos infundió aliento del espíritu puro de estos pueblos primitivos y sanos.

Durante mi estadía como educadora en la cárcel Modelo de Sabaneta — donde existe un pabellón especial para reclusos goajiros, con 37 “penitentes” en régimen particular, y digo particular porque es el único pabellón dirigido por uno de ellos mismos, elegido libremente, quien rige su “mundo” solucionando problemas internos, sin recurrir a los servicios de la Guardia Nacional, ¡y donde no se “pierde” ni un alfiler!— he aprendido lo que realmente significa la solidaridad humana y el respeto a los líderes libremente elegidos.

Cuando el grupo artístico vasco “Etorki” vino en gira a Venezuela, en el 77, ofreciendo en Maracaibo su primer recital en homenaje al pueblo Goajiro, sentí el impacto de esta auténtica y espontánea comunicación entre ambas etnias.

Y al ver en la prensa de estos días a nuestro poeta, Hesnor Rivera, recorriendo la Goajira con inspirada gracia, siendo celebrado como hijo adoptivo de los “Wayús”, se nos llena el corazón de esperanza, como si se abriera una puerta hacia la verdad y la luz ¡Misión de poeta!... Son muchas las cosas que me han impresionado de esta raza indómita, y sería necesario mucho espacio para expresarlas. Es

de apreciar, por ejemplo, el trato que dan a los ancianos. Jamás se separan de los viejos, por muy enfermos que éstos se hallen. Siempre tratados con gran respeto y amor, los de más edad son escuchados como jueces venerables en los pleitos entre clanes.

¡En la familia Goajira jamás se castiga a un niño gritándole con palabras amenazantes, y el castigo corporal es impensable! Y lo más increíble es que los niños goajiros nunca desobedecen a sus mayores.

Esta es una cultura en la cual el individuo se incardina al grupo étnico a través del clan, y a él se debe, y en él encuentra todo lo necesario para realizarse como persona. El hombre en sí es una entidad relativa; en tanto y cuanto se vincula al clan, o no, se realiza o anula. La vieja ley Goajira, nunca escrita, transmitida de padres a hijos y siempre vigente y omnipresente, consagra como supremo valor de vida: ¡la libertad!

Nuestras ideas modernas sobre la dignidad, la elegancia, o la belleza, están completamente alienadas. Elegancia y dignidad son para muchos sinónimos de riqueza y lucro, de poder adquisitivo, de vestir enjovado y habitar mansiones mármóreas y rutilantes, en una palabra: ¡de lujo!... Y sin embargo yo he visto auténtica dignidad humana en una pobre ranchería de Riohacha. Cuatro piedras sobre un piso de arena, bajo un techo de palmas... sobre las piedras y el fuego una vieja marmita negra. En cuclillas, hierática y preciosa, la Señora preparando el café para los hombres que vuelven del mar, tras una ardua noche de pesca. Con los cayucos llenos de peces y tortugas gigantes. ¡Ella les irá dando el café en variadas tacitas de peltre, con las dos manos, como se deben ofrecer las cosas que de verdad se ofrecen! En silencio.

Siempre que quiero recordar lo que es realmente la dignidad humana, no recorro a la imagen de la dama "high" cubierta de oros y oropeles y diamantes... me acuerdo de la silenciosa matrona Goajira ofreciendo café a los hombres del mar, una mañana, amaneciendo, ¡con el sol formando como una corona de luz radiante sobre la escena!

Cuando quiero meditar la dignidad, recuerdo también un fin de semana en la Laguna de los Pájaros. Una fiesta goajira. La mesa con abundancia de todo, sin ostentación, sin grandes alardes, pero sana y exhuberante. Y recuerdo al gran Nemesio Montiel, o al Torito Barroso, atendiendo a sus gentes e invitados, yendo y viniendo, de allá para acá. Ofreciendo, invitando, presentando, hablando y escuchando, y oficiando como lo harían aquellos ilustres señores del Renacimiento Florentino... u otros.

¡Los recuerdo invitándonos luego a recorrer la Laguna como cardenales en paseo digestivo por el parque!... Anocheciendo, con el trino de los muchos pájaros anunciando a las estrellas... ¡Los recuerdo cuando, caminando por la playa, bandadas de gaviotas levantaban el vuelo a nuestro paso, dándonos ansias de libertad de verdad!

Los recuerdo en el trato con sus hermanos, trato de auténtica autoridad real, basada en la comprensión. La sensación de protección y seguridad que emana de estos hombres es realmente carismática y soberana.

¡Laguna de los Pájaros! ¡Tan poco conocida y tan discreta... De tí me vienen estos recuerdos de honda dignidad humana!...

Cuando se oscurece el panorama de la belleza moral de los pueblos primitivos, como el Goajiro o el Vasco, con negros nubarrones de violencia contenida, escudos sin duda, frente a otras violencias de Estados modernos jóvenes, es necesario recordar el principio de reconocimiento de la propia identidad personal para integrar toda superior Unidad estable y con futuro cierto, ¡sea Trinitaria u otra!... Pues es cierto que nos encontramos en los girones de una gran inteligencia universal y natural, quien, probablemente, permite que estos pueblos primitivos, ancianos de todos los tiempos, sojuzgados... de pronto despierten como ángeles exterminadores y nos llamen, a todos, a juicio.

Panorama, 01/06/84

“Los vascos en Venezuela: Susi”

Mientras el Ministerio de Agricultura pedía ayuda a los medios de comunicación para crear nuevos hábitos y métodos de consumo en nuestra sociedad venezolana, con un criterio necesario y acertado a la actual crisis que estamos atravesando, en los canales de televisión nos siguen brindando programas de cocina donde nos explican platos sofisticados, complicados y carísimos. ¡Días pasados conté hasta siete adobos y tres salsas diferentes por un solo plato!

Camino del liceo me encontraba por las mañanitas las aceras llenas de mangos, mangos amarillos, mangos rosados; ¡grandes y pequeños mangos! Con cuidado escogía los dos más bellos y los metía en mi bolso. Detrás mío, los jóvenes liceistas, después de mirarme con cierto aire irónico, seguían su camino dando patadas a diestra y siniestra a los hermosos mangos... ¡que en el Norte cuestan de 6 a 7 bolívares la pieza!... para llegar corriendo al liceo y comer empanadas fritas y tomar un refresco amarillento o morado, antes de iniciarse las clases.

¡Yo, tranquila, desayunaba mis mangos!... y venían a mi memoria palabras del emperador Adriano, recreadas por la gran escritora, de la Academia Francesa, Marguerite Yourcenar, diciendo: “Tengo que realizar un gran esfuerzo para asistir a los banquetes que por razones de Estado se celebran en Palacio. Las comidas rebuscadas, manipuladas, presentadas como verdaderas obras de arte, repugnan a mi estómago. Prefiero las sencillas, junto a mis soldados en campaña. ¡Y mi mayor satisfacción es poder, tras una larga jornada, sentarme en la terraza, frente al mar azul, bajo los pinos, y comer un puñado de aceitunas negras, un pedazo de queso de cabra y tomar un buen vino tinto de Rioja!”.

El gran científico José-María de Bengoa, miembro de la O.M.S. me dijo a su vuelta de Suiza donde asistía, junto con Josué de Castro, a un importante congreso mundial sobre las perspectivas de la alimentación en América Latina:

—“Siempre que tengas oportunidad, en tu trabajo de educadora, enseñale a la gente a que no se dejen influir, por las propagandas y publicidades abusivas, a que compren enlatados y productos extranjeros; diles que está científicamente demostrado que las caraoatas con arroz, el plátano horneado, un pedazo de queso blanco y un buen vaso de leche —o una fruta— es la mejor y más completa alimentación que se puede ingerir en estas latitudes”.

Cuando llego a la cocina de “La Taberna Vasca” y me encuentro con Susi — esta inmensa personalidad con manos de serafín— realizo lo que significa la palabra “carisma”. Ella no ha cursado grandes estudios sobre dietética, pero tiene la gracia, el don, la intuición para entender lo que representa, y es, una buena ali-

mentación equilibrada... además de una buena comunicación llena de simpatía y de comprensión.

Era una bella muchacha quinceañera de largos cabellos rubios y cuerpo atlético y bronceado que jugaba en una playa Vizkaina despertando admiración. Nada como una sirena entre las encrespadas olas del Cantábrico, compitiendo con los campeones. Es la reina del deporte de su pueblo: ¡Bermeo! hija de marinos de fortaleza, con privilegios de colegio exclusivo y vestidos almidonados... Pero este mundo delicado y de estricta disciplina social no es de su gusto... sino correr, nadar, escalar, mandar, dirigir... y ser arrullada por la brisa del mar y el rumor de las bravías olas de este Atlántico de piratas y balleneros...

Su instinto aventurero le hace embarcarse en un carguero que la trae a Venezuela. Tenía 19 años, y esa enorme voluntad forjada en competencias deportivas. Pero su competencia por la supervivencia comienza ahora. El recuerdo de su "amatxu" cocinando le ayudará para trabajar de cocinera en "El Caserío" de Caracas. Y ahí comienza su fama como extraordinaria y sensible preparadora de platos vascos que tienen resonancias marinas: "Chipirones en su tinta. Cazuela de mariscos. Merluza a la Vizkaina. Angulas del Bocho. Perebeses...".

Unos años más tarde aterriza en Maracaibo. Abre el "Rompeolas" ¡Siempre el mar! ¡El recuerdo del mar de su infancia y juventud! Un buen día se encuentra con Gregorio, un vasco exilado, con quien se casa. Desean tener familia. Tras un largo peregrinar por consultorios especializados: la confirmación de que no podrán tener hijos. ¡De nuevo otro peregrinar por instituciones de Estado, trabajadores sociales, entrevistas, investigaciones, papeleo, burocracia!... Y por fin, un buen día, la trabajadora social les lleva ante una cuna donde se abrían los grandes ojos asombrados de una criatura recién nacida, de raza Goajira.

"¡Era chiquita, flaca, bizca!" Gregorio —planta de pelotari y alma de artista— zanja las dudas, tajante:

"¡Una criatura no es ningún mueble que se escoge... Dios nos manda a ésta, y ésta será nuestra hija!".

¡Hace ya catorce años! Criada con cariño y devoción, educada con esmero (¡con viajes por Europa!), heredera única, por ante notaría, de las propiedades del matrimonio, esta bella adolescente, con su fisionomía característica de la raza autóctona, crece en Maracaibo causando entre los vascoparlantes una agradable sorpresa. ¡Miren Biotza Elezgaray!... que traducido quiere decir: "Corazón de María de la Iglesia junto al bosque de ayas".

Un día cualquiera, en La Taberna Vasca, un hacendado curioso pregunta:

—Pero ¿qué diablos hablan ustedes?...

—¡El vasco. La lengua vasca!

—...

—"¡...No! ¡No es un dialecto, es una lengua!".

Y con la potencia de sus abundantes kilos y la dulzura, siempre joven, de sus

ojos azules. una y otra vez Susi habla, saluda, da órdenes y exclama con fuerza, con mucha fuerza, en su antiquísima lengua vasca. ¡Si Santa Teresa acertó al decir que Dios nada entre pucheros... esta "chef" andará ya por el cielo!

Sólo un gran amor y un extraordinario carisma pueden recrear los ricos platos que ella cocina.

Y por los servicios prestados dando a conocer al mundo. La idiosincracia del Pueblo Vasco, junto con su excelente gastronomía... Y por su amor, sin distinción de razas, ni de fronteras, ni de credos, en mi corazón de "amama" yo le nombro a Susi de Elezgaray embajadora plenipotenciaria de Euzkadi en Maracaibo. En este año de Gracia de 1984.

Panorama, 04/05/84

“Los vascos en Venezuela: Salvi”

Conocí a Salvi cuando yo tenía 18 años y era “anderaño” (maestra) de las primeras “Eusko Ikastolas”. El estaba terminando de aparejador y vivía en Lemona.

Siendo oradora del Partido Nacionalista Vasco, en nuestros recorridos por las inauguraciones de los “Batzokis” (casas del partido), siempre teníamos un grupo de “trastos” tremendos que se hacían sentir, tirando piedras, vociferando, bajando alguna bandera demasiado ostentosa, etc.

De ese grupo de ardientes patriotas sólo recuerdo a Salvi, con su abundante pelo claro, sus ojos azules y su gran estatura.

En plena Guerra Civil, durante una alarma me lo encontré en Bilbao. Era “Ertzaiña”. De los “Chicos Majos” del presidente José-Antonio de Aguirre, como entonces los llamábamos. Su Guardia Pretoriana.

Más tarde vino la desbandada... Y pasando los años, es en Caracas donde me lo encuentro de nuevo. Durante más de diez años, sólo supimos de él por anécdotas de amigos; unas reales y otras algo exageradas... pero siempre con un fondo de verdad. De vez en cuando aparecía en nuestra casa de la avenida Andrés Bello; pocas veces sobrio, pero siempre con un desprecio absoluto por el dinero y la vida.

En estos encuentros siempre terminábamos cantando el himno vasco “Eusko Gudariak Gara” en medio de lágrimas más o menos etílicas, pero siempre sinceras. “In Vino Veritas”.

Me decía un día Mandalúniz:

—“¡Yo creo que Salvi quiere que lo maten!... ¡Busca la muerte!... No es posible comprender, sino las cosas que hace y dice”.

Salvi entraba en Miraflores como en su casa; comía en la mesa del presidente Angarita; regalaba en la calle, a un pobre negro, todo el dinero que cargaba, ¡una fortuna!; dejaba abandonado, en la sabana, un Cadillac recién comprado; gastaba en una noche 60.000 bolívares, cerrando para él, y para sus amigos, el cabaret de moda “Pasapoga”, para terminar, a lo eslavo, rompiendo vasos y cristales e insultando toda oscuridad.

Cuando nos radicamos en Maracaibo, Salvi ya estaba allí. ¡Antes, había pasado por Tucacas, creando una vivienda palafítica y viviendo como un Róbinson Crusoe!

Un día vino a casa a invitarnos a pasear por el Lago de Maracaibo en una embarcación que había ideado ¡Y qué embarcación!: Una plancha de anime recu-

bierta de malla de gallinero, y encima una delgada capa de cemento... ¡Y sobre esta plataforma flotante, un auténtico caserío vasco, con techo y todo, de dos vertientes, de tejas!... y delante, una terracita rodeada por una pequeña valla de madera, blanca. Dentro... Bueno, no se puede explicar ¡Increíble! ¡De todo! El bar, surtidísimo, y en medio de la sala, en el piso, un hueco a lo boreal, con un bombillo introducido en el agua para atraer a los peces... y pescarlos. ¡Lo que disfrutaron mis nietos en ese día inolvidable!

Recuerdo que cuando estábamos en medio del Lago pasó un avión comercial, bastante bajo; y para cuando nos dimos cuenta, volvió a pasar, más bajo aún. Suponemos que comunicó a la torre de control que una casa se había deslizado y andaba a la deriva... ¡o quién sabe qué historia!

Otra vez nos invitó Salvi a pasear en un verdadero y lujoso yate que le había comprado al doctor Lizarábal. Mi nieto Yuri no podía creer que era él quien manejaba la potente nave. Salvi dejó que los niños manejaran e hicieran lo que les diera la real gana... mientras no hubiera barcos en las cercanías.

Más tarde me ofrecieron un puesto de profesora de dibujo en el colegio Zaragoza. Al analizar el programa vi que había un aspecto que no dominaba bien: la perspectiva. Recurrí a Salvi. En varias clases precisas, técnicas, me puso al corriente de la materia, con gran claridad. ¡Qué gran dibujante! ¡Qué elegancia de diseños y trazos, los suyos!

...Pero lo más asombroso de Salvi me lo contó Mandalúniz:

—¡Lo que he visto esta noche no se puede creer!... Estaba Salvi en la barra del bar, completamente rascado, y junto a él un potente hacendado de Machiques, de sombrero de Guama y pistola en la cintura... Salvi, como siempre, insultando jovialmente a todo el mundo y cantando el “Eusko Gudariak”. De repente se calienta el de Machiques y le dice, sacando la pistola; “¡Español de la..., te voy a matar!” —“¡Bueno, está bien!”— le contesta Salvi— “¡Pero como todo condenado a muerte tiene derecho a una última voluntad, tú me vas a conceder ésta!...” Y agarrando con la mano izquierda el brazo que tenía la pistola, se la baja, mientras que con la otra mano se abre el pantalón y se pone a orinar, pausado, sobre el arma mortal... La reacción del hacendado —tan borracho como Salvi— fue de ponerse a llorar a lágrima viva. También Salvi lloró, y la historia terminó abrazándose los dos y cantando “Alma Llanera”.

—¡Hoy he visto a Salvi con un ojo morado!

—¡Hoy he visto a Salvi con la nariz rota!

—¡Anda buscando que lo maten!

...¡Despreciando el dinero! ¡Despreciando la vida!...

En el mes de abril de 1981 apareció en “Panorama” un anuncio en que la Escuela de Ingenieros y de Arquitectura invitaba a un acto... ¡en homenaje a Salvi!

Dicho acto se celebró en el bello auditorio del recién inaugurado Banco de

Maracaibo. La sala estaba llena. Profesionales, estudiantes, intelectuales... Se habló de la obra de Salvi en Venezuela, se presentaron videos sobre casas prefabricadas, ideadas y construidas por Salvi, a precios increíbles.

Habló Salvi —Ha envejecido, está gordo, pero le queda el abundante pelo claro y su mirada serena, un poco miope, del hombre que ha visto mucho, de todo, de muy hondo y de muy alto. Habló bien: serenamente. Expresó sus ideas revolucionarias sobre las casas prefabricadas, para los desposeídos, construidas en tiempo y precios imbatibles y teniendo sobre la plataforma del techo barbacoas como huerto familiar. ¿Qué piensan de todo esto los ecologistas? Pero, sobre todo, Salvi demostró la eficacia de los domos geodésicos, con una técnica propia suya, que desconcierta normas y leyes clásicas; y tan increíble y eficaz que una empresa alemana ha enviado a tres de sus ingenieros para estudiarlos...

Clausuró el acto el gran arquitecto venezolano Fruto Vivas —el Le Corbusier americano— y propuso que el nuevo Centro de Investigaciones de Arquitectura, próximo a inaugurarse en Maracaibo, lleve el nombre de Salvi. Un atronador aplauso de la concurrencia acogió sus palabras.

...Y éste es el hombre: llamando negro de la... a cualquier mulato, y adorado y querido por los más humildes y oscuros... Despreciando el dinero —ganado a paladas— y viviendo intensamente el presente, despreciando la vida...

En Euzkadi, Arzálluz piensa y desea que vuelva para que las nuevas generaciones de vascos conozcan a Salvi, derrochador y aventurero, bohemio y bebedor... ¡pero constructor de genio que sabe burlarse de la muerte, frente a frente!

Euzkadi le espera... pero el corazón de Salvi está ya muy arraigado en Venezuela...

Panorama, 20/03/82

“Los vascos en Venezuela: Gonzalo de Aranguren”

Después de pasar un año en Europa, al regresar a Venezuela me encontré con una campaña electoral alucinante.

Creendo firmemente que todo sentimiento de libertad requiere incertidumbre, y que la incertidumbre es compañera necesaria de toda exploración, no me inquieté mucho por encontrarme en el montón de los “indecisos”.

En esos días, vísperas de las elecciones, fecha del aniversario de “Panorama”, se publicaron, con tal motivo, los telegramas de personalidades felicitando al diario; y entre estas personalidades, las de los candidatos presidenciales. Todos felicitando a los altos ejecutivos, hombres notables de las finanzas de la prensa. Sólo uno se dirigió —y de una manera muy especial— al “excelente poeta y entrañable amigo Hesnor Rivera” Este telegrama fue el de Jaime Lusinchi, ¡el vencedor!

Es esperanzador ver que un hombre, en la cúspide del triunfo reconozca a los poetas y que, por lo tanto, crea en los sueños como mejor manera de obtener una información proveniente de la región que sobrepasa el campo de la conciencia ordinaria.

Hesnor es un poeta excelente que admiro, y un amigo sincero y leal. Por esto me alegró mucho la noticia.

En esos días se celebró el mitin clausura de AD en Maracaibo. Sobre el cielo azul una avioneta escribía con letras de humo el “SI” de LuSInchi. En esta avioneta estaba mi nieto Igor, quien acompañaba a su padre Hans Briner, piloto experimentado y de alto vuelo.

Estas audacias celestes tienen, para mí, toda la aureola del valor y de la temeridad; y veo, con claridad luminosa, que nos encontramos todos en el regazo de una gran inteligencia amorosa que nos dirige maternalmente... ¡Sentí una gran emoción contemplando las acrobacias de la nave!

Escuchando con cierta indiferencia un programa de TV —este medio tan potente de conexión entre los hombres— veo de pronto la figura del candidato Lusinchi quien, a una pregunta del locutor sobre su vocación de médico, contesta que se la debe a su señora madre... y a un vasco a quien admiró mucho: Gonzalo de Aranguren.

Gonzalo de Aranguren fue del primer grupo de vascos exilados, perseguidos por Franco, que llegó a Venezuela, patrocinados por medio de Medina Angarita.

Gonzalo se instaló en Barcelona donde quiso practicar inmediatamente su extraordinaria vocación de ayudar al prójimo —que fue su vocación permanente— con su habilidad de cirujano al que llamaban: “manos de hada”.

La envidia de los mediocres le hizo sufrir mucho. No tenía aún revalidado el título, pero el pueblo humilde, con generosa y sana intuición, lo propuso alcalde de la ciudad.

En Caracas, en El Conde, construyó más tarde su clínica particular, donde ejerció por largos años como cirujano; dirigiendo, al mismo tiempo y con gran pasión, el equipo de fútbol de la colonia vasca.

Gracias a su gran generosidad, que pagó los pasajes e instaló la casa de la avenida Andrés Bello, nuestra familia, perseguida y torturada por el franquismo, pudo huir e instalarse en Venezuela.

Gracias a Gonzalo de Aranguren, quien contrariando la opinión de muchos y eminentes médicos, rompió las muletas de mi hija Maite y la arrancó de su silla de ruedas, donde estuvo postrada durante dos años y medio —debido a un accidente de carro— diciéndole: “¡Camina! ¡Empieza ya a caminar! ¡No dejes de caminar!”... la niña caminó, y corrió... ¡y bailó! y sigue bailando ¡gracias a Dios!

Y cuando Joseba Mandalúniz, el mejor delantero centro del equipo de fútbol Vasco, tenía 18 años, un metro 85 de altura, el cuerpo de un atleta griego y estaba propuesto para ser elegido, en Caracas, el atleta del año; tuvo Gonzalo que cortarle la pierna a consecuencia de un accidente... Y Gonzalo, cirujano de guerra, de la cruel guerra civil española, curtido, lacerado por el dolor brutal de cañonazos y bombardeos... lloró, porque Joseba era como un hijo para él.

Y don Gonzalo de Aranguren operó cientos de veces a gentes humildes, quienes venían con grandes sacrificios desde oriente teniendo justo para el pasaje. Y les operaba gratis... y les pagaba el pasaje de vuelta. ¡No una sola vez, ni en casos aislados, sino que muchas, muchas veces!

Por la construcción de la nueva autopista se tuvo que demoler la clínica que con tanto cariño construyó. Eso y una enfermedad que le hacía consumir grandes cantidades de aspirina le decidieron a volver a su patria vasca. De seguir en Venezuela hubiera sido querido por el pueblo como un santo, ¡que se lo merecía!

La imagen del candidato Lusinchi nombrando con cariño y citando a don Gonzalo de Aranguren habrá removido más de un hogar humilde con el recuerdo de favores recibidos de él; y luego, traducido en votos, —no de castigo ni de venganza sino de noble agradecimiento— dando presencia al recuerdo, favorecido la victoria. Porque el agradecimiento es el sentimiento más noble del hombre auténtico.

El hombre que, desde la cúspide del triunfo, recuerda y agradece merece toda nuestra admiración. ¡Por eso voté por Lusinchi, la grande!

Panorama, 23/12/83

“Hemingway entre amigos”

El anuncio de la llegada a Caracas de Ernest Hemingway y la noticia reciente de la muerte de don Andrés Untzain, en Bilbao, su patria, han suscitado en nosotros un vivo sentimiento, mezcla de nostalgia, de tristeza y de dulzura, a la evocación de esos magníficos valores humanos, tan distintos y tan unidos por una sólida y sincera amistad.

El “cura rojo” le llamaban los amigos de Hemingway, porque don Andrés era un cura vasco, exilado durante la guerra civil española. Se conocieron en Cuba, y era un espectáculo único y extraordinario el verlos juntos: El formidable y barbudo atleta que es Hemingway, casi siempre paseándose en short dentro de su residencia, acompañado por el no menos imponente don Andrés con su negra sotana, su gran altura y su franca y sincera sonrisa. Era párroco de Melena del Sur, pueblo cercano a la capital cubana, y allí ejercía su apostolado confesando, bautizando y administrando otros Santos Sacramentos a grupos de treinta, o más, indígenas... y viviendo de una forma humilde y solitaria...

Así, una mañana, le encontró el gran escritor, que después de un violentísimo huracán y sintiendo la angustia de la muerte, fue a preguntar por él: dormido profundamente en la sacristía. Don Andrés sabía de la inminencia del huracán por haber sido previsto en la prensa local, y sabiéndose solo y desamparado, se encerró en la sacristía, trancó la puerta con enormes vigas de madera y después de tomarse su buena botella de ron... se quedó dormido.

De vez en cuando iba a la magnífica residencia que Hemingway tiene en las afueras de la capital, y pasaba ahí dos o tres días en compañía del escritor, de Miss-Mary, su esposa, y de los invitados más distinguidos e inesperados.

Y así un día era Gary Cooper que en una salida venía a contar al gran novelista sus desacuerdos matrimoniales y a pedirle consejo. Otras, era la vampiresa Marlene Dietrich, vieja amiga del escritor, perfecta cocinera y ama de casa... y menos vampiresa de lo que uno se imagina. Alguna vez Ingrid Bergman, quien, a raíz de sus amores con Rossellini, aparecía inesperadamente, triste y angustiada, a pedir protección y ayuda, y el gran tigre Ernest la despedía diciéndole:

—“¡Como me entere de alguna traición hacia tí, salgo en el primer avión y sin decir palabra, le incrusto cinco tiros en la cabeza!...” Y la dulce Jeanne-D’Arc, sonriente, le lanzaba un beso desde la portezuela del avión que la llevaba hacia Roma. ¡Extraño espectáculo el del aeródromo de La Habana! La bella actriz agitando las manos y los dos hombrachones saludándola desde tierra: el escritor famoso y el “cura rojo”. ¡La bella y los bestias! El escritor y aventurero haciendo de

consejero espiritual, y el cura de cronista, anotando la fecha histórica en su carnet de bolsillo.

Con el dinero que pudo ahorrarse en su parroquia de Melena del Sur, don Andrés hizo varios viajes a Europa... y los dólares ahorrados por él a costa de tantos sacrificios, se iban de sus manos de la manera más inverosímil y absurda: dando a una mujerzuela el importe de una noche de amor para que se fuera a descansar... regalándole un gran billete al pordiosero asombrado... comprando un costoso y absurdo regalo para una persona a quien tenía simpatía... llegando a una casa amiga a las seis de la mañana con los brazos cargados de presentes y paquetes de frutas y dulces, causando un infernal estrépito entre los niños asombrados y atónitos de alegría. ¡Papá-Noé!

Una vez, en pleno Montmartre, a las once de la noche, paseando por una callejuela, oyó dentro de un cafetín una canción que a él le gustaba mucho: "La Paloma". Se plantó en la calle, cogió del brazo a su compañero diciéndole:

—"¡Escucha!... ¡Escucha!... qué bonito!".

Y poco a poco se puso a cantar, al principio a media voz, luego más fuerte... para terminar, con su enorme y potente voz de barítono, cantando a pleno pulmón. La gente se había parado y le rodeaban admirados. Un aplauso cerrado y sincero premió "la hazaña". ¡Un cura, con sotana, cantando en plena calle de París "La Paloma"!... Su compañero nos decía:

—"¡Por extraño que parezca, no resultó grotesco ni ridículo!".

Y es que don Andrés lo hacía todo con tal naturalidad y tronío que daba gloria verlo. ¡Al terminar de cantar, era tan abierta y simpática, tan contagiosa e ingenua, tan satisfecha la sonrisa con que agradeció el aplauso del público, que parecía que hubiera cantado el "Ave María" de Gounod en la iglesia de la Madeleine ante "Le-tout-Paris"!

Estos extraños matices del carácter de don Andrés hicieron que Hemingway lo quisiera de veras. No se puede decir que don Andrés tuviera alma de levita; quizás su vocación sacerdotal fuera una de esas que tanto se ven en España; formada por un montón de hechos circunstanciales —¡"yo y las circunstancias!"— pero hay una cosa cierta: él quería ser un buen sacerdote. Y así de ingenuo era en sus luchas diarias que un día nos confió, como un gran niño que era:

—Hoy me ha pasado una cosa curiosa. Celebrando la Misa, en el momento que, dirigiéndome a los fieles, he dicho "Dominus Vobiscum"... he sentido, por un cortísimo momento, la gran tentación de empezar a cantar la célebre zarzuela "¡...Allá, en la inmensa llanura del mar!...".

Y en verdad que hubiera sido grande el asombro de los fieles franceses. Don Andrés tenía muy buena voz y mucho gusto para cantar... y él lo sabía.

Llevaba siempre en el bolsillo, y la enseñaba en toda ocasión —y a veces sin ocasión— una bella fotografía donde aparecía comiendo entre Hemingway y el Duque de Windsor. El ex-monarca le ofrecía sonriendo un cambur, y él parecía



Fotografía:
Diario El
Nacional.

rechazarlo. Esta foto, y un encendedor de plata con sus iniciales grabadas — regalo de Miss-Mary— eran sus tesoros más queridos y más exhibidos.

Cuando acababa con el último céntimo, escribía desde París aquellas interminables cartas a Cuba, relatándole a Ernest sus aventuras y desventuras; y el escritor contestaba con unas líneas simpáticas, salpicadas de algunas palabras fuertes aprendidas en España durante la guerra civil, y con... ¡un cheque!

Don Andrés gozaba imaginándose la llegada y entrega de su epístola en el gran Hall cubano adornado con pinturas modernas y alegrando por el bullicio de los ocho perros del escritor... y de la contestación de éste, que lo haría escribiendo de pie ¡siempre de pie! apoyándose sobre un negro pupitre y rodeado de una veintena de gatos, unos subidos sobre sus hombros y otros maullando entre sus piernas... ¡Singular espectáculo!

Cuando la novela "El viejo y el mar" fue premiada, don Andrés recibió un telegrama que decía así: "¡Alégrate viejo! Ya tenemos para una temporada de whisky!" y así era en efecto; unánimes en sus cariños y en sus aficiones.

Sintiéndose enfermo del corazón, don Andrés quiso irse a morir a su tierra vasca; evocando, sin duda, la melodía del gran vate Iparraguirre "Si todas las tierras son bellas, quiero volver a la mía...".

Y en Euzkadi ha muerto hace tres meses. Humilde y resignado, después de haber conocido la emoción de una azarosa vida de plenitud, no tan gloriosa como la del gran tigre Ernest, pero sí tan bella y ruda en su lucha consigo mismo.

Como su gran amigo, quizás haya sucumbido alguna vez, pero no habrá sido la cobardía de la evasión individual —el ser "feliz" sin los otros— su pecado ante Dios.

Hombres diferentes pero valores parejos. Fuertes, sinceros, valientes, con conciencia del propio valor... Han sabido comprender que si nada merece en la vida —o en la muerte— un minuto de locura, un minuto de espanto, basta un minuto de amor para salvar a un hombre y para rescatar al mundo.

Esta ha sido su fuerza en la vida... y su serenidad ante la muerte.

“Evocaciones mágicas”

Llegó aquella tarde con aire cansado, envejecida. Nos sentamos en la mesa grande a tomar café con leche. fueron pasando las horas... tres... cuatro...

¡Y Lourdes fue evocando su niñez, su infancia, su adolescencia; en toques mágicos, de una belleza increíble! Tal y como ella se había visto y sentido.

Aquel padre peregrino, que la abrazaba con tanta ternura, la bañaba, la entalcaba, como si fuera una muñequita... La casa con el patio enorme, donde pasó la primera etapa de su vida... Con muchos animales a los que cuidaba con cariño... La relación con las plantas... Con las flores (donde la personalidad de aquél, a quien ella tanto quiso, influyó de una manera tan profunda en el desarrollo de su sensibilidad)...

—“¡Nos llenaba los bolsillos de nuestros delantales de semillas y nos mandaba a volar por todo el campo, y sobre todo por las orillas del jagüey! diciéndonos: ¡Vuelen, vuelen, y lancen al aire las semillitas, esperanzas dormidas en sus cunitas!... Y cuando ayudadas por la humedad brotaban los girasoles, los azulejos, las margaritas y los crisantemos, nos sentábamos en el porche de la casa y durante horas y horas contemplábamos la belleza de los colores del arco iris, o los reflejos cambiantes de las flores en el jagüey... mientras el sol derramaba sus rayos oblicuos, dando a la escena una luz como irreal y fantástica... Cuando quiero creer que Dios existe me acuerdo de aquellas horas divinas pasadas junto a mi padre. ¡Y sin embargo no era el modelo ideal de padre! el modelo según los cánones de la sociedad. El era... él!”.

Y la mirada de Lourdes era brillante y joven, al decir esto, y su rostro parecía el de una adolescente.

A través de sus evocaciones, el padre de Lourdes se me aparece como el tío Alberto de Juan Manuel Serrat, o el de Leonardo Da Vinci: hombres que no hacían más que contemplar el cielo estrellado, tumbados en la fragancia de una hierba con rocío... o vagar, bajo el sol ardiente, buscando la fresca sombra amiga... recorriendo sus vidas peregrinas como chispas de fuego sobre la paja seca de unas sensibilidades nacientes. —“La primera vez que fui a casa del Gordo me encontré con una almohada. Me extrañó porque era aplastadita por un lado y gruesa por el otro. Me llamó tanto la atención que un día, en un descuido del Gordo, la abrí por un lado, con mucho cuidado... y la encontré llena de semillas. Y ¿sabes?, me hice un collar largote con ellas, y lo usé durante mucho, mucho tiempo”.

Así de sencillos eran sus recuerdos. Evocaciones mágicas de los acontecimientos más sencillos.

—“Aquiles Nazoa me adoraba. Yo adoraba a Aquiles. Cuando se “fue”, hice que le acompañaran todas mis muñequitas ¡las más bellas y tiernas!...”

“¡...Flotando por las nubes, rodeándolas con alas y lacitos... por el arco iris, por la Vía Láctea... Aquiles en el medio de su gran sonrisa, pero esta vez sin ironías; porque ha descubierto que la muerte es algo más que un perfume de violetas!”

—“Ante la muerte de los que queremos me parece absurda la vida! Tan absurda que uno se siente vertido hacia una fe terca y desesperada, en la realidad y en la supervivencia del espíritu”.

Este era el pensamiento y la realidad mental dominante en nuestras conversaciones trascendentes. La inmensa vanidad del esfuerzo humano, si el universo no tiene una salida natural —a la vez que sobrenatural— hacia una conciencia inmortal absoluta, nos hace completamente absurdo y desconcertante el vivir. ¡El drama de Lourdes y de todos nosotros!... Y no hay más que un camino: Jamás ceder. Intentar sobre otro plano más verdadero, sin medir el éxito por el florecimiento individual, sino por la fidelidad al esfuerzo común realizado para hacer, en torno a uno, un mundo menos duro y más humano.

Horas y horas en completa soledad, creando sus cuadros mágicos, cuya contemplación nos llena de ternura y nos hace olvidar las penas, y nos da el gusto sustancial de la vida en la humildad simple de la paz.

Esa fue su gran lección y su herencia espiritual. Ella buscaba desesperadamente descubrir el “gran secreto”... Y ella lo poseía, sin saberlo.

¡...Que nuestro ser se halle tenso y ardiente hacia lo que, en todo, es espíritu, y este espíritu se manifestará bajo nuestro esfuerzo oscuro, anónimo y humilde...!

Cada cuadro, cada muñequita, todas las placitas de Maracaibo con sus chicheros y sus burriquitos, los perros y los ciclistas, todos los elementos que creó Lourdes, con su genio sencillo, son los que llevan a Dios el homenaje del mundo. Del mundo humano y cotidiano que con tanto amor y paciencia nos dejó Lourdes.

—“¡Lo que me gusta no se ve!” Así es como se prepara, sin duda, en todo ser humano, la emigración de una esfera a la otra. Una atracción creciente hacia otra dimensión es lo que nos madura y nos mata... Y el corazón de Lourdes había madurado bien; había latido su tiempo... ¡Duerme ahora querida amiga!... ¡Descansa en paz!... Ahora cae la noche, y la luz pasa a otras manos en la tierra. Pero esta luz tú eres quien la ha encendido y quien nos la ha dado. Ve tranquila; no dejaremos que desfallezca. No habrás trabajado en vano, cobijada en el corazón de tus hijos, en sus luchas, en sus flaquezas, en sus dudas... tu vida no se apaga; tu propia vida, no la que nosotros queríamos imponerte.

Cuando en la asepsia de un salón resplandeciente, unos ojos fríos y científicos, unas manos profesionales y técnicas trataban de salvarte, tú creaste tu propio

mundo final, a tu manera. ¡No! no eran técnicos fríos y anónimos, eran ángeles resplandecientes y acompañantes de tus muñecas... Ni eran salones esterilizados, sino entradas de la Gran Mansión, camino del Arco Iris y de la Vía Láctea. Y si bien el gran minuto indescriptible del terror supremo invadió tu espíritu —y ellos te creían dormida— fue el peaje necesario e ineludible. Yo sé que encontraste el camino y la respuesta... ¡Y que desde allí ayudarás más a los que tanto quisiste en la tierra!

Panorama, 08/05/77

“Los vestidos de Marta Traba”

No la conocí personalmente pero he seguido con mucho interés sus charlas, conferencias y disertaciones en televisión y radio; y leía todos sus escritos de crítica y opinión. Era una mujer joven y bella, con toda la valentía para ser odiada por los malos —que son los mediocres— y la inteligencia y cultura para ser respetada por los artistas verdaderos y pensadores sinceros.

En un congreso, que se desarrolló en Caracas hace unos años, puso llorando, pero llorando de verdad, a recios espíritus viriles... Tal era la fuerza y la magnitud de sus ideas. De lo que ella expuso en aquella ocasión me quedaron —y me quedan algunos chispazos de su verbo, como “flashes” luminosos: “Cada uno de nosotros es el guardián de la Puerta del Cambio, que no puede abrirse más que del interior. Tampoco se puede abrir la Puerta de los demás. Para el hombre que no quiere transformación, ¡toda crítica es una amenaza!...” Y aquellos ataques contra la falta de conciencia americanista, bolivariana, son el reflejo de todo su pensamiento: pensamiento de gran altura... ¡Alturas del Chimborazo!...

Estaba consciente y lo exponía con pasión “que la toma de la propia conciencia del ser auténtico a sí mismo, junto con la disciplina en la acción, pueden desarmar toda oposición y dar un poder más grande que el de todo el conjunto de las armas nucleares... Y que el arte verdadero, aquel que no renuncia a sus raíces, es la forma más noble para la extensión de toda cultura vital, por el camino de la sensibilidad auténtica”.

Las pequeñas cosas cotidianas calibran, muchas veces, a las personas mejor que los grandes actos premeditados. Ante una pregunta, de un locutor, sobre su elegancia y originalidad en el vestir, Marta tuvo esta sorprendente explicación:

—“Tengo en mi estudio un patrón de vestido que me cae muy bien. Compro en saldos, o rebajas, retazos de tela variados, con preferencia linos y algodones, y cuando quiero variar mi actividad de escribir —o simplemente para descansar— corto y me coso un vestido. Me resulta fácil pues no tengo necesidad de pruebas ni de ensayos, con cambiar la tela, o algún detalle, siempre me encuentro bien vestida; ¡y con variedad, economía y comodidad!”.

¡Qué lección de sabiduría ante el ataque permanente de la sociedad de consumo para aligerarnos de nuestras ganancias y valores! ¡Cada vez que me corto y coso un vestido nuevo tengo un pensamiento de agradecimiento para Marta!

Su fuerza, basada sobre todo en la intuición, era esa percepción rápida de la verdad relativa al caso (sin atenciones ni razonamientos conscientes premeditados), y su valiente audacia para exponer ideas, sin temor a las consecuencias.

En estos días nos llega la noticia de su trágica muerte —en el avión de Avianca siniestrado— cuando regresaba a Bogotá para asistir a un congreso de intelectuales. Junto a ella ha muerto Manuel Scorza, el gran escritor peruano autor del sonado “Redoble por Ranca”. Esta obra es, probablemente, la más bella, escrita hasta ahora, sobre el tema del indómito espíritu del Inca; obra que entusiasma e inspira profundamente a nuestra juventud mundial. Cuantas veces he hablado en mis tertulias de amigos —tanto aquí como en Europa— sobre este libro inspirado, he escuchado palpitar el sentimiento de admiración hacia el autor; y sobre todo, he visto brillar la indignación al reconocimiento de aquella usurpación trágica de la tierra americana y del espíritu del Inca, por aquellos condominios colonialistas e inquisitoriales de tan triste memoria para toda la humanidad.

Hechos vividos y narrados por el mismo abuelo de Scorza. La prensa relató la increíble historia de aquel héroe preso de una cárcel, en un pueblecito olvidado de la geografía andina. El gobierno peruano lo indultó... ¡por fin! Y fue el mismo Scorza quien se encargó en comunicárselo.

¿Cuántos de nuestros jóvenes conocen esta obra?

...La noticia de la muerte de tantos seres humanos en la plenitud de sus vidas o ilusiones —como esos cinco matrimonios suecos que, durante meses, han estado ahorrando para realizar el viaje de sus vidas a Colombia, ¡a adoptar unos niños!— nos llena de tristeza y asombro ante la magnitud inexpugnable de la gran rueda que se da en llamar Destino.

En la seguridad de que todo lo esencial permanece inmutable a sí mismo — como toda conciencia plena del bien y del mal— y de que no podemos calcular, implacablemente, el alcance de nuestras obras y pensamientos, pienso que, lo que estos dos seres llenos de inteligencia afilada y viva sensibilidad han transmitido a nuestro mundo, quedará como queda la semilla que se lanza al aire... quedará sobre la tierra. Puede florecer en cualquier lugar y tiempo... Y es seguro que florecerá de nuevo, más puro y más perfecto... y siempre serán frutos de flores de raíz Americana... ¡del Inca!

Hoy, en lugar de comprar mis vestidos en tiendas y boutiques los confecciono con un patrón único, como me enseñó... nos enseñó Marta Traba.

Antes de buscar el lado oculto de la luna —tan lejano aún de nuestros intereses vitales actuales— podemos, al menos, tratar de ensayar a ver la cara oculta de nuestro espíritu... el espíritu de hondas raíces del hombre americano, así como nos lo enseñó Manuel Scorza.

Panorama, 04/12/83



Fotografía/Pancho Villasmil

LOLITA

Uno de los recuerdos que perduran con insistencia en mi memoria de profesora jubilada, es el de una fiesta de fin de curso que celebramos en un club de Maracaibo.

Los muchachos bailaban y se divertían normalmente y un grupo de profesores hacíamos la vigilancia. En esto se me acerca una colega y me dice:

—“¡Profesora! ¿ya ve cómo bailan esos dos jóvenes?... ¡Voy a retirarlos de inmediato de la pista por inmorales!”.

Yo miré a la parejita de adolescentes y no vi nada de chocante en ellos. No vi más que juventud, belleza y amor. Pero la digna profesora que me hablaba, una exuberante mujer toda vestida de un rojo ceñidísimo, marcando su abundante anatomía de forma harto exagerada, y a mi parecer algo inadecuada para aquellas circunstancias y lugar, parecía personalmente —y muy solemnemente— ¡ofendida!...

Más de una vez he visto, con gran sorpresa, a alguna joven y bella profesora plantarse ante el pizarrón, dando la espalda a los alumnos, exhibiendo las curvas del “dorso”, resaltándolas con unos apretados pantalones (¿ceñidos con calzador?)... y recibiendo algún piropo, a veces colorado, voltearse violentamente, reclamando:

—“¿Quién ha sido el falta de respeto que ha silvado?...”

¿Quién es el atrevido que ha dicho esa grosería?...”.

Y castigar severamente al atrevido... o a toda la clase.

Cuando las mujeres profesionales triunfadoras aparecen en la pantalla de televisión pongo especial atención, primero que todo, por la satisfacción propia de ver la ascensión del eterno femenino (“Cherchez la femme!”), y luego para observar el fenómeno cultural actual a través de sus ideas y nociones expresadas a luz pública; pero también, y principalmente, para estudiar la forma de ser, estar, actuar, vestirse... de cada una de ellas.

Así, a la hora del noticiario, es sorprendente constatar el admirable número de mujeres jueces que ejercen en nuestro país... Y debe ser porque están bien preparadas y son honestas a toda prueba. Así lo creo. Pero ¿por qué en su mayoría lucen formas tan suntuosas de vestirse? No es que deban uniformarse todas como monjas, pero esa exageración de vestidos sofisticados, de joyas ostentosas, de zarcillos monumentales, de peinados a lo María-Antonieta, de anteojos supergalácticos... no dan la imagen de equilibrio que requiere la balanza de la Justicia; y creo que restan dignidad a la misión sagrada que incumbe a sus representantes.

En contraste, cada vez que vemos a la actual Ministro de Educación, es de gran alivio contemplar a una mujer, de tan alto rango en el gobierno de la nación, vestida con esa sobriedad que es elegancia real de gran clase, como debe ser. ¡Una señora!

En estos últimos días, en las "Primicias" del canal 11, se nos aparece la doctora Lolita Aniyar de Castro dando la cara por los más humildes. Vestida de un elegante y sencillo azul atlántico, y una medalla, está verdaderamente bien. Sigo la entrevista con interés, y cuando termina mis ojos están con lágrimas de emoción por las palabras oídas. ¡Hay que tener valor, y del bueno, para atreverse a decir lo que ella dice, y en la forma en que lo dice!

Acostumbrados al cinismo y verborrea de los políticos de turno, sentimos cansancio y aburrimiento cuando escuchamos, por casualidad, sus peroratas. Por eso, la forma clara, precisa, científica, pero al mismo tiempo llena de calor humano, con que se expresa la doctora Aniyar de Castro nos llena de entusiasmo. Tiene la gracia de la honestidad.

Ultimamente se siente, se palpa en el ambiente social como una sutil propaganda, casi subliminal, en favor de la pena de muerte. Lo más terrible es que ese sentimiento parece filtrarse por entre los estratos más humildes del pueblo llano. Crímenes monstruosos han hecho que ese apetito de venganza se agudice y propague irracionalmente, como fruto de miedo.

Los expertos han demostrado científicamente que tales perturbados y monstruos son productos de estructuras sociales desajustadas, cuando no de pasados genéticos de pobreza e ignorancia. Está probado, y mundialmente comprobado y aprobado, que la pena de muerte legal no suprime la incidencia del crimen, más bien la aumenta dando propaganda y sublimando el "heroísmo" del mal.

Así pues ¿por qué matar?. ¿para qué?... ¡Matar para que no se mate? ¡Qué absurdo, anti-cristiano, antihumano, anti-natural, anti-racional, anti-todo! (Releamos por favor el "No puedo callarme" de León Tolstoy). Este es un tema muy delicado para todos; tanto para estrategias de Estado como para malandros de barrio; pero la forma en que la doctora Aniyar de Castro lo trata y expone denota un gran conocimiento técnico y una profunda sensibilidad humana.

Recuerdo que una vez le propusieron ocupar un cargo de juez y contestó: —"¡No, gracias. No quiero pasar noches enteras en vela pensando en la posibilidad de equivocarme y condenar un inocente!".

Esta sola frase retrata la dignidad carismática de un espíritu mesiánico. Supongo que muchas de las damas que ejercen la Justicia de Ley, con estricta responsabilidad y seguridad total, pueden descansar tranquilas, y presentarse a los tribunales con sus elegantes atuendos... ¡sin ojeras!

Conozco a Lolita desde hace mucho tiempo. Su profesionalismo y estudios especializados en Derecho y Criminología, le han valido muchos reconocimientos internacionales. Pero lo que yo más admiro en ella es su fidelidad a la palabra

dada, su constancia en la amistad, su gran sensibilidad y lucidez ante los problemas penitenciarios; el cariño y respeto que siempre le han demostrado los presos, agradecidos ante su criterio imparcial y justo, dan prueba de ello.

Otro aspecto de su personalidad, tan importante como el de sus conocimientos penales —aunque menos conocido— es el de su vocación de ecologista.

En este fin de siglo escatológico, de locura colectiva progresiva, los técnicos y expertos nos advierten constantemente del gran peligro vital para la especie humana, y para la propia naturaleza, de la extinción del ozono, de la destrucción de mares, ríos, lagos y bosques, de la contaminación en general. Hemos llegado a la más culpable de las desidias dejando morir de hambre, sin que se nos revuelva el corazón, a millones de niños inocentes... y seguimos gastando fortunas colosales para fabricar armas inútiles, que ni siquiera servirán de disuasión, pues ya se ha llegado a la saturación del stock atómico del "nec plus ultra" del poder destructivo, desde hace más de una década. Y ¿ahora qué?

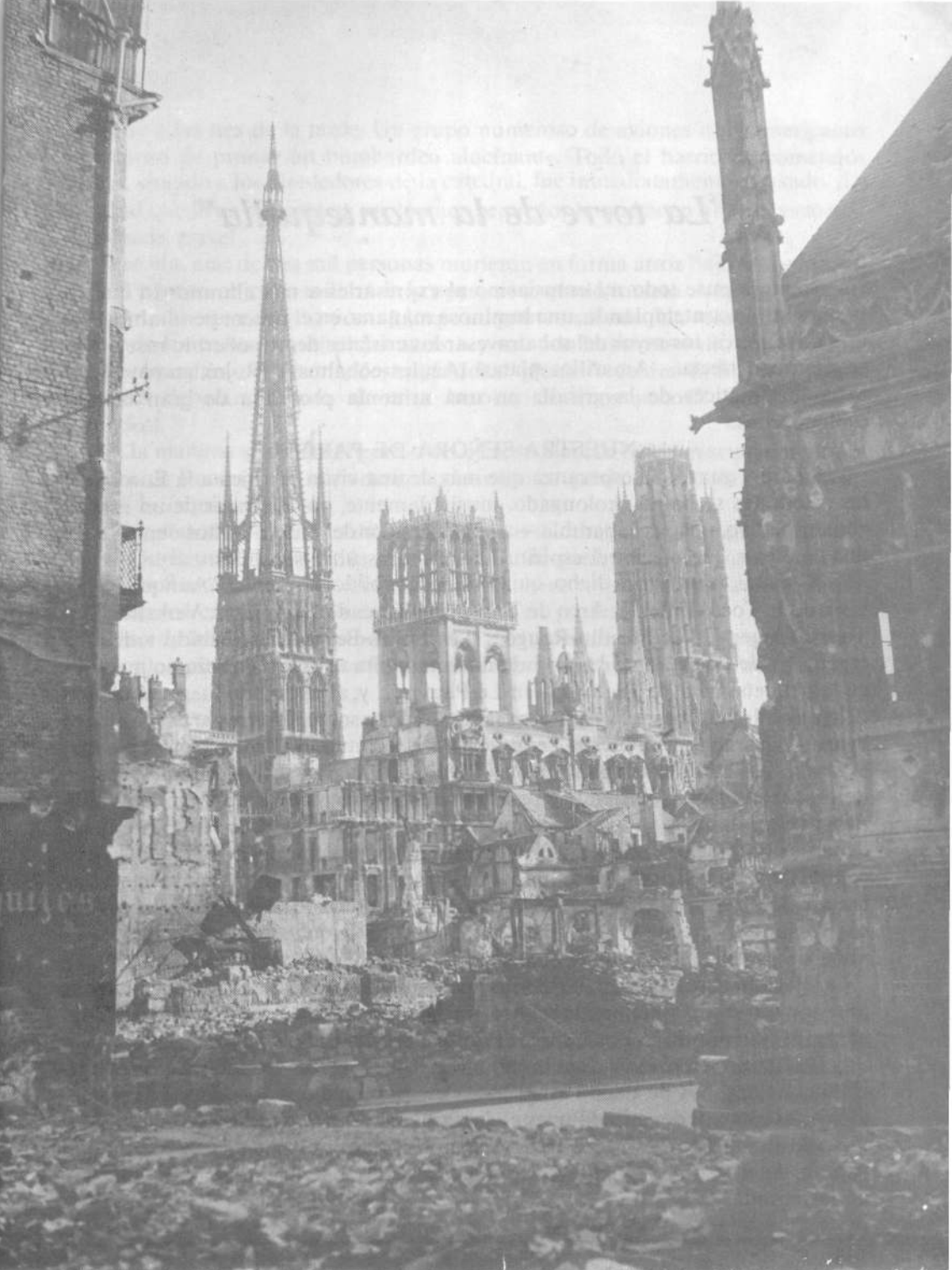
...Así pues, la aparición de una señora con espíritu crítico positivo y lúcido, de gran inteligencia y preparación, y que además posee una sensibilidad de justicia llena de amor por los humildes, marginados y desamparados, nos llena de esperanza en el futuro de la Democracia.

Por esto deseamos de veras y ¡plegue al cielo! que la voz de Lolita Aniyar de Castro pueda clamar justicia desde los altos escaños del Venerable Senado... ¡y oírse en todas partes!... denunciando la contaminación ecológica, la corrupción administrativa, la monstruosidad del actual régimen penitenciario; denunciando a los acaparadores y adulteradores de alimentos y medicamentos... Denunciando la injusticia y miseria que engendran monstruosos asesinos y malandros... Y sobre todo condenando definitivamente —¡y por Razón y por Estado!— ¡toda pena de muerte legal! (porque de aplicarse, sólo serían condenados los más pobres de entre los pobres, es decir los pobres malos, es decir los pobres diablos!).

Sabemos que Lolita lo hará sin claudicaciones, sin miedo; con la elegancia de quien se siente segura de la verdad, y de la relatividad de la misma dentro de lo absoluto del Amor. Así pues, esperamos a NUESTRA SEÑORA DEL SENADO... ¡que buena estrella tiene!

Panorama, 24/11/88

NOTA: El 04/12/88 Lolita Aniyar es electa senadora.



La Catedral de Rouen (Francia) intacta en medio de ruinas de la segunda guerra mundial, en el centro la torre de la Mantequilla.

“La torre de la mantequilla”

Siempre puse todo mi entusiasmo al expresarles a mis alumnos lo que yo había sentido contemplando, una luminosa mañana, en el frescor penumbroso de una nave gótica, los rayos del sol atravesar los cristales de un soberbio rosetón de geometría perfecta... ¡Amarillos platas! ¡Azules cobaltos!... ¡Rojos granates!... Y todos los matices de la grisalla en una armonía profunda de gran belleza esplendorosa:

¡NUESTRA SEÑORA DE PARIS!

Siempre guardo la esperanza que más de una visita turística a la Europa de las catedrales se habrá prolongado, inusualmente, por disfrutar de un éxtasis contemplativo, poco comparable —en el esplendor del Dólar— a los demás estados emotivos que elevan el espíritu hacia alturas ultra-sensibles.

¡Cuántas veces habré dicho, quizás un poco folklóricamente!: “Aunque hayan visitado la Torre-Eiffel, el Arco de Triunfo, el Trocader, el Louvre, Versalles, “La Tour D’Argent”, “Le Moulin-Rouge”, “Les Folies-Bergéres”, y bebido todos los campanes de París... si no han salido una mañanita temprano a rezar, o meditar, en la pequeña nave de “Saint-Julien-Le-Pauvre”... y, atravesando luego su jardincillo lleno de palomas y gorriones, pasado el puente sobre el Sena para entrar en el “parvis” y pararse ante Nuestra Señora de París y contemplar con ella, a su diestra, el severo edificio del hospital “Hotel-Dieu”... e imaginarse las generaciones de dolor, durante siglos, sufriendo en esas inmensas salas, y contemplando estas mismas piedras, jambas y tímpanos llenos de vida y de majestad... y el espíritu lleno de tantas generaciones de sufrimientos y glorias... penetrar en la imponente nave central de “Notre-Dame”, y parándose en el medio —en el punto señalado— contemplar la rosácea de “La Virgen De Las Rosas” iluminada por potentes rayos del sol naciente... ¡el que no ha visto ésto, en verdad que no sabe lo que es el alma de París!

...Pero en el caleidoscopio del vitral personal hay un recuerdo de nuestra vida anterior, tan excepcionalmente trágico, que pocas veces aflora a la memoria. Hoy, al ver la portada de “Vital”, he sentido la necesidad de remembrarlo.

Estábamos en plena guerra mundial, en Rouen. Había nacido mi quinto hijo (Maite, hoy esposa de Paco Hung) hacía escasamente tres semanas. Las tropas alemanas estaban de retirada pues el desembarco de Normandie había sido todo un éxito aliado. El grueso del ejército germano se retiraba hacia París, y los aliados debían de destruir el puente de Rouen (único sobreviviente), paso obligado de la retirada.

Fue a las tres de la tarde. Un grupo numeroso de aviones norteamericanos efectuaron de pronto un bombardeo alucinante. Todo el barrio de comercios judíos, situado a los alrededores de la catedral, fue inmediatamente arrasado. ¡La catedral quedó en pie, intacta... sólo unos pequeños boquetes en una de las torres, pero nada grave!

Ese día, más de tres mil personas murieron en forma atroz bajo las bombas... pero el puente, objetivo militar de la operación, quedó intacto. A la noche, sentimos el ruido suave de un avión... y luego un gran estruendo. Un solo avión, inglés, burlando los cañones antiaéreos nazis —y volando bajísimo— dio con una sola bomba en mitad del puente, destruyéndolo. “¡Pocas veces, en la historia, tantos hombres deberán la vida al valor heroico de unos pocos!” Declaraba W. Churchill.

A la mañana siguiente el grueso del ejército alemán había evacuado la ribera derecha de Rouen, pero importantes contingentes quedaron rezagados y destruidos en la izquierda.

La catedral de Rouen es uno de los góticos más bellos de Francia. La famosa “Tour-Du-Beurre” (torre de la mantequilla), de piedra calada como encaje de Brujas, es llamada así por haber sido costeadada —su construcción— con la mantequilla de los campesinos de esta región rica en pastos y vacas.

Uno de los espectáculos más bellos, y que recuerdo siempre con gran placer, es la contemplación de la luna llena a través de los encajes de piedra de “La Tour-Du-Beurre”.

Pero esa trágica mañana, en Rouen, no era la luna llena la que contemplábamos sino el fruto de la locura colectiva más abominable: el fruto de la guerra, ¡la abominación de la desolación! ¡La plaza, frente a la catedral de Rouen, llena de cadáveres!... Eso sí, bien alineados y en filas ordenadas, todos apretaditos —¡eran tantos!— y recubiertos con sábanas, o cobijas, bajo las cuales se deslizaban, entre adoquines, chorros de negra sangre y trozos chamuscados... hacia el arroyo.

Pero ¡oh sabiduría de la Iglesia!, entre las dos hileras de muertos (decían 1.500) el obispo de Rouen, rodeado de todos los curas de la catedral y de las parroquias vecinas, revestidos con los ornamentos brillantes y ricos de la solemne liturgia católica, repartiendo bendiciones... transmuta el miedo en fervor.

Lenta, majestuosa, serena, avanza la procesión, la catedral abarrotada de gentes destrozadas física y moralmente. Se desarrolla la ceremonia fúnebre dentro, en todo su esplendor trágico... y el órgano de la catedral, como si ángeles y arcángeles tocasen desde el cielo con trompetas y cornos de oro, entonando el “Liberanos Dómine” seguido por todas las gargantas engarzadas en congoja y buscando liberarse con el canto gregoriano... ¡Y el gigantesco incensario derramando a los cuatro vientos el perfume intenso, profundo y penetrante de un incienso puro y abundante!... Y aquellos vitrales y vanos iluminando las tres naves con rayos y colores del más soberbio arco Iris...

¡No hay nada que pueda expresar plenamente el estado espiritual que experimentamos los presentes, en comunión con lo Inefable, ante este acto patriótico-religioso-histórico!

Se podrá alegar que la religión es una droga... ¡y todos los argumentos racionales y cartesianos que se quiera!... Sabemos que los constructores de catedrales, y los que compusieron la música gregoriana, creían que la tierra era cuadrada, sostenida por columnas y pilares, que las estrellas, la luna y el sol las había colocado el Creador sobre nuestras cabezas para alumbrarnos y calentar la tierra, centro del Universo... ¡Y sabemos que ahora, a pesar de los increíbles adelantos de ciencia y tecnologías aplicadas, siguen muriéndose niños de hambre!... ¡que estamos destruyendo la Tierra, continentes y mares, contaminando el Océano!... ¡guerras convencionales fabricamos donde matamos unos y otros en forma muy científica: guerras químicas, bacteriológicas!...

Pero los que supieron crear aquellas torres, de piedra, que parecen encajes, aquellos rosetones de 14 metros de diámetro revestidos de vitrales celestiales, componer aquellos cantos gregorianos que llegan a lo más profundo de la médula del alma (como diría Unamuno!), aquellas ceremonias y ritos sagrados capaces de llenar de dulzura y de paz el más desesperado y soberbio dolor... aquellos constructores sabían más que nosotros sobre el destino verdadero del Hombre.

Revista "Vital" de Maracaibo
Año 2 - Nº 13. Mayo de 1988

“Gracias al fútbol”

Cuando le conocí era un bello atleta de 19 años, delantero centro del Athletic Club de Bilbao y dueño de una potente moto inglesa. Después de tres años de noviazgo nos casamos en la Basílica de Begoña, Patrona de Vizcaya.

Tenemos ya tres hijos cuando estalla la cruel Guerra Civil y él es “gudari” y capitán de “Euzko Gudarostea”. Gracias al fútbol se salva de ser fusilado en Laredo, donde cae prisionero del batallón italiano aliado de Franco. (Su hermano Valentín es fusilado en Derio). Un joven teniente falangista, que lo admira como futbolista, consigue liberarlo y le coloca en una oficina de suministro de “gasoil” al ejército... ¡Jugaban al fútbol en el mismo equipo!

Más tarde, de nuevo en peligro por una denuncia, y en mitad de un partido importante, se autolesiona para poder escaparse a Francia. Con otros dos amigos, habían organizado un plan muy audaz... Y consiguieron pasar la frontera, después de aventuras y peligros increíbles.

¡...Y comienza el increíble peregrinar de nuestra familia, nosotros que habíamos sustentado la ilusión de vivir tranquilos, en un bello nido, en el pueblo de nuestros padres y abuelos!

1938. Primer contrato con Laussane, donde “ganamos” el Campeonato de Liga y la Copa Suiza; siendo proclamado, Mandalúniz, máximo goleador del año. Luego Rouen, París, el Racing, el Stade-Français... etc.

Mientras valiosos profesionales malvivían en esa época de campos de concentración y calamidades, gracias al fútbol pudimos llevar una holgada vida familiar, veraneando en Bretaña y en San Juan de Luz.

Durante la ocupación alemana la familia aumentó con dos hijos más. Cuando todo el mundo andaba con cartillas de racionamiento y haciendo colas para conseguir una libra de comida, Mandalúniz, jugando partidos amistosos en provincias (se habían suspendido las competencias oficiales debido a la guerra) conseguía abastecimientos para sus hijos, y para los hijos de sus amigos. Siempre supo compartir. La llegada del “Tío Joseba” —como le llamaban los de la colonia vasca de París— y la apertura de paquetes con comidas y alimentos era siempre una gran fiesta en la rue Pasay, donde vivíamos los vascos formando clan.

Durante este período en París, poco antes de la ocupación alemana, se podía ver en las vitrinas elegantes retratos enormes (“posters” se dice ahora) donde él aparecía publicitando la elegancia de un sombrero, o de una marca famosa de camisas. También, durante algún tiempo, se exhibió en los Campos-Elyseos una foto enorme donde se le veía surgiendo, en un salto impresionante, de entre un

grupo de jugadores, y metiendo el gol de la victoria de un cabezazo. Los goles de cabeza eran su especialidad, y por eso le llamaban "Tête D'Or", cabeza de oro.

Tantos partidos de fútbol presenciados gritando de alegría, o llorando de angustia, crispada ante prórrogas decisivas —sabiendo que un gol de "Tête D'Or" nos suponía un montón de plata para el hogar— hicieron que cuando dejó de jugar al fútbol, yo ya no podía ver un partido ni siquiera en la tele. Era como si en mi mente, el acumulamiento de tantas y tantas emociones al rojo vivo, hubieran bloqueado algún resorte.

Pasa el tiempo... y había que pensar en que la juventud se acaba, y la familia sigue, crece... Gracias al fútbol, un gran amigo, presidente del Centro Vasco de Caracas, el Dr. Gonzalo de Aranguren, médico cirujano y maestro, admirado por el propio Jaime Lusinchi, lo contrata como entrenador para el equipo del Vasco. Cuando llegamos a Caracas, un bello apartamento amoblado nos esperaba en la avenida Andrés Bello.

Entrenando el equipo del Vasco se sintió muy feliz. Estaba orgulloso porque su hijo Joseba despuntaba como un buen delantero centro, como lo fue él mismo. También estaba entusiasmado porque había encontrado un jugador de facultades extraordinarias y que le recordaba su juventud: el Chino Briceño. Dos graves accidentes de cancha truncaron las carreras deportivas de estos dos atletas, proyectándolos hacia la prensa y la publicidad, donde hoy se destacan.

Chile 56. Mandalúniz prepara y entrena el equipo de la Universidad Católica de Santiago... y consigue ganar el campeonato. Regresa a Caracas trayendo valiosos jugadores para despertar el fútbol nacional: Riera e Infante, dos ases internacionales del balón-pie.

Más tarde, circunstancias diversas hacen que nos instalemos en Maracaibo. Es el reposo del guerrero. Construimos una casa agradable y por fin encontramos una patria.

En estos últimos días en que los canales españoles, franceses y vascos nos transmiten tantos buenos programas en directo de México, no he podido eludir, como es mi costumbre, los encuentros. Un famoso presentador francés, Bernard Pivot, sostiene con gracia, ante el foro nacional, la tesis de que el fútbol es una especie de nueva religión de masas que suplantará a las guerras... y sus argumentos no faltan de razón.

Al día siguiente de oír esto, quedé visualmente prendida ante un match televisado. Jugaban Rumania contra Barcelona, en Sevilla, ante Su Majestad. Habrían —asistiendo— unas 50.000 personas. Una apretada y dura masa humana, en su mayoría hostil al equipo visitante. Daba la impresión de una fiera poderosa que podía despertar su agresividad ante un estímulo dado. Cualquier brutalidad del equipo visitante producía un hervidero de indignación en las tribunas. Me pareció interesante seguir el juego observando el fenómeno de masas, y poco a poco



MANDALUNIZ: Capitán de Euzko Gudarostea.

quedé de nuevo arrebatada por el juego en sí... apoyando con exclamaciones a los "nuestros", y temiendo en cualquier momento una tragedia como la del estadio de Heysel.

Terminó el partido empatando los dos equipos. Después de dos prórrogas, de quince minutos cada una, siguen los equipos empatados, y hay que desempatarlos por medio de "penaltys". Los jugadores están agotados. El público también agotado, de tanto gritar. ¡Se jugaba la participación al Campeonato Mundial!... ¡y las primas, en dinero, serían fabulosas, me decía yo!... Y comienza aquella lucha de hombre a hombre: el que dispara el balón y el que lo para. ¡Todo aquel cúmulo de acontecimientos futuros dependiendo de tan sólo dos hombres!...

El portero del Rumania logra parar cuatro "penaltys" seguidos. ¡Nunca se había visto nada parecido! La compacta masa humana guarda un silencio profundo, impresionante. El rey, Juan-Carlos, muy "fair-play", inclina elegantemente la cabeza... y toda la masa humana estalla en un enorme y cerrado aplauso prolongado, premiando así la hazaña del equipo visitante.

El alma de la muchedumbre se inclina siempre, con nobleza, hacia el Mejor.

El famoso delantero centro del Athletic-Club de Bilbao de los años 30 descansa ahora en Maracaibo, la tierra caliente que nos acogió y donde sus retoños crecen y se ramifican. El tronco ancestral cumplió, como vasco y como hombre de honor.

Ahora sus doce nietos seguirán sus pasos con los genes heredados, y por gracia propia y valía, dando a Venezuela ciudadanos dignos... y quizás alguno que otro, con excepcionales facultades futbolísticas —como las que caracterizaron al abuelo— ¡despierte al genio deportivo de la familia!

¡Andoni, Ibai, Yuri, Igor, Alexander!... ¡que Dios os guíe, con noble espíritu deportivo, por el sendero de Paz que os marcó vuestro Aitita!

Panorama, 22/06/86

“*Dos glorias del presente*”

Suena el teléfono ¡ring! ¡ring! Una vocecita de fresco manantial al otro lado de la línea, al otro lado del Atlántico:

—¡Hola, Alexander!...

—¡Hola, Amama!...

—¿Dónde está Mami?...

¡Está viendo el partido de fútbol Argentina-Alemania!...

—¿Con quién estáis?...

—¡Con Argentina! y tú Amama ¿con quién estás?...

—“Yo también. Alexander, con Argentina!”.

¡De pronto me quedo como pasmada sintiendo el milagro que supone esta conversación. A través de dos continentes diferentes, separados por las inmensas aguas del Océano, una familia unida por la misma visión de un fenómeno de masas!

En cada jugada peligrosa, en cada pase eficiente de Maradona o Burruchaga, con los puños apretados sobre los recodos de la butaca, siento —y sé que siento— la misma emoción que los míos de allá, de ahí, de Maracaibo; con la sola diferencia que aquí son las ocho de la noche y ahí las dos de la tarde.

En este tiempo presente es tan grande y acelerado el avance de la ciencia (avance con que los niños y jóvenes disfrutan con naturalidad y que para mí y para los de mi edad supone un continuo maravillarse y emocionarse) que creo tiene sentido real y muy pragmático este pensamiento del místico Teilhard de Chardin: “En un Universo de estructuras centro-complejas, el amor, esencialmente, no es otra cosa que la energía propia de la Cosmogénesis”.

Ocupada en tan fértil pensamiento sigo admirando las jugadas de Maradona, tratando de imaginarme las inmensas oleadas de entusiasmo que suscita —en millones de personas al mismo tiempo—, este joven chaparrito, mimado de la afición, cada vez que toma el balón... y me pregunto si se dará él cuenta de lo que sus gestos suponen como encadenamiento de sensaciones, de animación y exaltación sobre este planeta azul, mundo complejo en desarrollo hacia la conciencia del Espíritu Universal.

Cuando pasen algunos años, toda ésta su gloria presente del Maradona del Mundial se habrá desvanecido. Algunas décadas más, y ya nadie recordará al joven chaparrito majó y sencilló que supuso tanto derroche de millones de dólares, de emociones, de entusiasmos, de energía. Pero ahora está cumpliendo magistralmente su misión de actualidad en el lugar indicado: encarnándose por él

la gloria. Pues ¿qué nombre habrá resonado, cundido, retumbado más y con mayor fervor e insistencia que el de Maradona en este domingo de junio sobre la faz de la tierra?

En medio de tanta información y noticias (buenas algunas, pero desgraciadamente nefastas la mayoría: ¡Hambre! ¡Guerras! ¡Terremotos! ¡Fanatismos!...) hemos tenido, recientemente, la gran suerte de disfrutar de algo maravilloso y reconfortante: la presentación en París de Luciano Pavarotti.

Una mole inmensa, de un metro noventa de altura. Sin ser muy gordo, da más bien la sensación de algo muy macizo. Como una especie de tractor genial a lo Orson Welles. Además de su voz extraordinaria, lo que más me impresiona y entusiasmo es la expresividad de su cara, la luz de su rostro. Su mirada que se transforma continuamente, y sobre todo su sonrisa, son de tal plenitud que pareciera que este hombre excepcional fuera de otra dimensión humana.

Luciano Pavarotti está reconocido hoy, sin lugar a dudas, como el mejor cantante de ópera. Oír sus discos es siempre un regalo de Dios; pero Verlo actuar, verlo cantar es un placer inolvidable. Tiene el supremo don de hacernos entrar, penetrar en esa dimensión de lo inefable donde este algo de nuestro ser, que tan poco conocemos, se sublima haciéndonos partícipes concientes de la armonía universal, de la cristificación planetaria... a pesar de la estupidez humana.

Como todo ser extraordinario, Luciano Pavarotti, no sólo nos regala la perfección de su arte, también sabe transmitirnos —y de una forma sencilla— el mensaje humilde de su vida cotidiana. No fuma, no bebe, no se droga... Alguno dirá: "¿Y ¿para qué vivir entonces?" ¡Indudablemente hay placeres y placeres: mortales e inmortales! Y ¿acaso somos capaces, nosotros, pobres mortales, de imaginarnos siquiera el estado supremo de éxtasis actual que siente el tenor al entonar ciertas arias; o cuando en Milán, Tokio, París o Nueva-York, miles y miles de seres hipnotizados, seducidos, arrebatados por la magia de su voz lo aplauden ininterrumpidamente durante diez o quince minutos seguidos?...

—¡Tengo comprometida mi agenda de actuaciones hasta el año 90! declaraba con sencillez de hombre honesto— En cuanto tenga tiempo disponible me reúno con mi familia en el pueblo de Italia donde nací. He construido una hermosa casa en el campo, donde vivo con todos los míos... ¡una verdadera tribu! Yo siempre ando volando entre Londres y Tokio, San Francisco o Buenos-Aires... Pero siempre que puedo, en el avión o en las salas de espera, en el hotel o en el camerino, aprovecho para echar una "sornadita" (camaroncito) de un cuarto de hora, y ésto me pone de nuevo en forma. Para mi garganta ¡nada de pastillas ni de productos mágicos!, tres veces al día tomo una buena cucharada de miel con unas gotas de limón. ¡Y ya llevo 35 años cantando!... ¡y espero seguir así hasta el año 2000!"

¿Qué es la Gloria, Maradona?, ¿qué es la Gloria, Luciano Pavarotti?...

Entre este cúmulo de pensamientos, mi sentimiento vuela hacia Maracaibo, y

surge de mis labios la canción que tanto me gusta: "¡Gracias a la vida, que me ha dado tanto...!" ¡Me ha dado doce nietos! ¡Doce Luceros del Alba!... Algunos ya se destacan en el deporte (fútbol, natación) y en la música... Quizás un día próximo, sentada frente al televisor, podré verlos participando en competencias internacionales... o dirigiendo una orquesta sinfónica...

¡Gracias a la vida que me ha dado tanto!...

Panorama, Julio del 86

“Energía y comunicación”

Ni los surcos de mis arrugas, ni las heridas profundas del alma con que me ha gratificado la vida, impiden que cada día me maraville más y más ante los cambios “milagrosos” que la ciencia opera en nuestras vidas cotidianas.

De niña oía proclamar, ante todo el vecindario, a mi abuela de Goiri que ella nunca subiría al tren porque “¡esas son cosas del diablo!”... ¡De entonces a acá hay un gran trecho!

En Venezuela he sido testigo de dos fenómenos sociales que yo calificaría de prodigiosos. Cuando llegó el Santo Padre. (¡y me gusta recordarlo!) durante todo su recorrido por la amplia y variadísima geografía nacional no ocurrió ningún hecho realmente negativo que enturbiase en lo más mínimo la majestad del acontecimiento. Contrariando la fama de sus costumbres bullangueras de difícil disciplina, el pueblo llano y humilde —y el menos humilde y más aupado—, el pueblo entero respetó a fondo las consignas dadas por el Gobierno para la buena celebración de la recepción del agosto huésped.

Desde la apertura del Metro de Caracas cualquier observador puede apreciar el abismo que separa el ambiente de las calles con el del interior de estaciones y coches del metro. ¡Ni un papel! ¡Ni una colilla! ¡Ni un empujón! ¡Ni una grosería!... Parece un mundo distinto. Un mundo más solidarizado.

En ambas circunstancias se emplearon, y se emplean, fuertes caudales de propaganda cívica televisada. Propaganda hecha con gran inteligencia y maestría, como lo demuestran los resultados.

En una de esas noches del invierno reciente, sentados frente al televisor oíamos indistintamente las tres cadenas a nuestro alcance: Francia, España, Euzkadi. Por mucho que cambiásemos de programas, todas las noticias eran iguales. ¡Era la hora de la Meteorología! ¡Huracanes sobre el Atlántico! ¡borrascas en el Cantábrico! ¡tempestades en el Mediterráneo! ¡naufragios! ¡terremotos! ¡ciclones!... Y para mayor impresión y susto del espectador, además de las voces muy serias y ceremoniosas de los locutores, aparece en la pantalla una imagen de satélite mostrándonos nuestra pequeña parcela de planeta coronada por enormes nubarrones negros en forma de círculos y artísticas espirales muy barrocas y retorcidas... como si el mismísimo Creador estuviese jugando a inventar un nuevo arte cósmico.

Poco a poco nos iba invadiendo un sentimiento de angustia, casi de miedo, al ver lo pequeño que somos y la poca importancia de nuestras vidas ante la naturaleza desorbitada... Afuera, a través de la ventana bien cerrada, oíamos los

golpes de la ventisca Norte... y fuertes ráfagas y granizadas...

¡Tic! se apoya un botón y cambia el canal. Aparece Radio-Telebista de Euzkadi transmitiendo directamente, desde el puerto pesquero de Ondarroa, los preparativos de un barco de altura disponiéndose para salir a faenar. Sobre el dique, en medio de los golpes de viento y de la lluvia glacial, siete hombres preparándose a zarpar. De repente la imagen nos ofrece el "close up" de uno de ellos, un joven pescador de porte gallardo y faz risueña:

—¡Bah! ¡Tantos bombos y platillos por este tiempo de mil demonios!... ¿Qué? ¡siempre ha habido mal tiempo en invierno! ¡Es norm! ¡Es un tiempo normal!... ¡Además, tenemos barcos bien preparados, con radar y todo!... ¡y sabemos el "oficio"!... Y sonrío de nuevo, arropado en su acharolado capote color naranja y gorro del mismo color. Este joven pescador, sobre fondo de horizonte azul profundo y negro, se nos aparece de pronto como la reencarnación misma del hombre atlántico, del mítico Atlanta, abuelo de nuestros ancestrales balleneros que recorrieron los 7 mares y el Océano hasta Groenlandia "sin tantos bombos ni platillos". Sonreímos reconfortados. Los efluvios de nuestro agradecimiento debieron de llegar hasta el mástil del barco Ondarrés, y hasta la estación de "Euzkadi-Telebista", quienes nos tranquilizaron y dieron reposo a nuestra angustia, en medio de los mugidos del temporal... y de los partes meteorológicos.

En unas magníficas páginas de actualidad el sociólogo y escritor Alberto Moncada desarrolla el tema del comportamiento social humano a través de diferentes etapas de nuestra historia universal. Simplificando mucho y resumiendo, presume que hay dos actitudes fundamentales frente a la vida. La de los hombres que practican, en la paz, la solidaridad voluntaria —la equidad— como compensación piadosa del despliegue individualista y del enriquecimiento afín; y la de los hombres que practican la solidaridad forzosa, fruto de guerras y revolución.

¡Tanta simpleza parezca quizás algo fácil, cuando no muy cómodo para solidarizarlo todo! Pero he aquí que de nuevo la TV, este "ojo de Dios" o mejor dicho este "ojo del Soberano" nos muestra, una vez más, una nueva opción de vida. ¿Otra utopía? ¡No! En realidad algo increíble pero muy real. (Lo más curioso es que estos programas surgen a nuestra vista por puro azar, sin premeditación ni búsqueda alguna.) Así, la pantalla nos ofrece un barco científico —¡que los hay!— de esos que surcan los mares del Artico Norte, en medio de enormes bloques de hielo y profundos "icebergs".

...Aparece un helicóptero, que despega del buque, y del cual se lanza desde una altura de unos 14 metros un hombre menudo vestido con un sencillo traje de "surf". Se hunde en el agua helada... y al poco sale a la superficie y aparece nadando tranquilamente, ¡como si nada! ¡como se nada en un balneario!... y nadando llega hasta la lancha que le conduce al barco, donde periodistas y médicos le esperan y reciben y rodean con asombro y entusiasmo. El corazón humano

habrá resistido esta prueba feroz sin que el hombre utilice productos artificiales, ni untado el cuerpo con aceites o protector alguno.

Este mismo personaje aparece luego, en otras secuencias, trepando ágilmente por la Torre-Eiffel y otros monumentos, sin cuerdas ni refuerzos, y sin impulso alguno; por simple elasticidad eléctrica. Se le ve también saltar de un tejado a otro, por sobre una calle, espacio que parece enorme, sorprendiendo con ello a científicos y demás.

Este hombrecillo ágil se llama Don Jean Habrey. Tiene 41 años, y una silueta de flaco adolescente musculoso, lleno de gracia salvaje y danzante. Su mirada, entre irónica y aguda, tiene mucho de gitano faraónico. ¡El se dice profeta!... ¡Así de simple!... ¿Un loquito más?... Oídle:

—“Mi Madre es la Tierra, Géa. Mi Padre el Cosmos, Uranos... Todo el secreto vital está en saber cargarse de energía adecuada y en utilizarla concientemente, administrándola bien. ¿Mis métodos? Son muy simples. Limpiarse de las malas vibraciones del “Mundo” por medio de purificaciones y ayunos que sanan el espíritu y el cuerpo. Utilizar mucho el agua fría, pues destruye los iones negativos...”.

Dice, además, practicar Yoga y otras gimnasias de respiración; junto con una alimentación bien estudiada y una disciplina interior sin desfallecimientos (voluntad). Recomienda también, para fortalecerse, abrazarse a los árboles, tomar baños de lodo, cubrirse de arena... así como tocar —palpar— las piedras de los edificios antiguos, los mármoles de los templos, las rocas del campo. Recomienda también subir más a menudo a las alturas, montañas y cumbres, para captar la energía cósmica como lo hacían los antiguos profetas... Y bajar bajo tierra, en grutas, cuevas o catacumbas, como lo hacían los primeros cristianos, para captar la energía telúrica. En resumen, afirma este “Supermán”, que el Universo entero está cargado de energía vital positiva, y que sólo de la ignorancia del hombre proviene lo negativo.

¿Utopía? ¿Brujería?, ¿Profeta? ¿Loco?... ¿Quién para juzgar?... Las imágenes que nos transmite ese instrumento prodigioso, milagroso, que es la televisión (este medio portentoso que puede salvar o condenar a la Humanidad entera, y de todos modos transformarla, sacándola del purgatorio del oscurantismo) ¡las imágenes, en sí, no mienten ni engañan, si bien los productores pueden hacerlo!... Por lo mismo que el ojo dice siempre la verdad, sea la intención de la mirada falsa o sincera. En ambos casos el ojo lo dice, porque el ojo es el espejo del alma. Así mismo la Televisión es el espejo de la Nación. Y si una nación está enferma o sana, miente o dice la verdad, su televisión lo manifiesta implacablemente a todos aquellos que tienen los ojos del espíritu bien abiertos.

¡Energía-Comunicación! He aquí la clave vital de todo futuro!... ¡Y sólo si tomamos conciencia de ello tendremos un futuro de verdad!

Si creemos que la Obra del Creador Supremo es Una, en sí misma, y única en

sus inmensas variaciones, podemos sustituir todos estos sofisticados métodos de concientización de Energía-Comunicación, por el tradicional método original: Uniendo simplemente nuestras manos, en cualquier iglesia, templo, prado, salón, desierto, o capilla —como lo hace Nuestra Señora de Fátima— y, juntos todos los presentes, cantar con toda nuestra fe esto que nos enseña el Maestro de Maestros:

“¡Padre nuestro que estás en los Cielos!...”.

Panorama, 23/04/86



“Hacia un futuro de verdad”

Oyendo los discursos de los líderes políticos, en las recientes campañas electorales de Francia y de España, cualquier observador objetivo puede darse cuenta que lo que más preocupa a estos señores es el problema del paro laboral.

Unos y otros se empeñan en pregonar descaradamente la solución milagreira que tienen en sus respectivos programas. Pero, en verdad, ninguno de ellos se atreve a decir la verdad, la pura verdad.

No es necesario ser especialista en la materia, basta con analizar la simple realidad y tener un poco de sentido común para llegar a esta conclusión: El paro laboral, del mundo moderno, no sólo no puede solucionarse ya sino que va en aumento... ¡y será cada vez mayor!

Acaba de desarrollarse en Inglaterra un conflicto entre una gran empresa editora y sindicatos afines (conflicto que ha durado seis años!). La empresa, finalmente, ha logrado licenciar a 3.000 trabajadores, pues tan sólo necesita actualmente de 300 para operar con mayor eficacia. Dicha empresa, situada a orillas del Támesis, ha sido reestructurada y remodelada debidamente, perfeccionándose su sofisticado sistema de seguridad. Fosos, alambradas eléctricas, púas, alarmas, circuitos electrónicos, etc., etc. Ni los “bunkers” ni los “blockaus”, en tiempos de la última guerra, gozaron de tales escudos protectores. ¿Signo de tiempos inseguros?...

Lo que sí es seguro es que tan sólo hay una manera saludable de ver el futuro y es apostando por la verdad. Para ello, primero que todo, darle prioridad a la formación de nuevos cuadros, de hombres nuevos. Preparar a nuestros jóvenes, desde la escuela, inculcándoles los conocimientos necesarios —vitales y actuales— para que sean útiles a las nuevas estructuras sociales. Segundo, repartir equitativamente el trabajo disponible. Tercero, hacer una profunda campaña de orientación, preparando a las gentes para esta nueva sociedad de tiempo libre, o recreo, que ya tenemos encima. La segunda y urgente necesidad es lo que los franceses llaman “*aménagement du travail*”, el reparto del trabajo.

Es conveniente que se acabe ya el abuso de los multiempleos; que se acabe ya con las horas extras y horarios excesivos, tanto de profesores como demás funcionarios, médicos, ejecutivos de empresas, etc., etc.

Es conveniente que haya una mayor flexibilidad en el trabajo entre empleo, jornal y clase laboral.

Es conveniente que todo individuo sienta vergüenza social en ocupar puestos que no puede asumir cabalmente, en tanto que otros, más capacitados, no tengan

ocupación alguna.

Es conveniente una remodelación a fondo del programa de educación. Que se acaben ya con esas horas superfluas de sexología mal orientada por profesores incompetentes; mientras que, oficialmente, por las noches se difunden, en la TV, todo tipo de programas morbosos, llenos de perversiones sexuales.

Es conveniente no atosigar a jóvenes y niños con el aprendizaje forzoso de horas y horas de memorización de matemáticas y aritmética, tejiendo todos al alcance esas pequeñas y muy precisas maquinitas de calcular.

Es conveniente y necesario que todas esas enseñanzas inútiles, por superadas, sean sustituidas por programas efectivos audiovisuales, bajo la supervisión de un muy selecto cuerpo de profesores competentes y de espíritu sano.

¿Y luego qué? ¿Todo el mundo de ocio, cobrando del Gobierno?... ¡Indudablemente, ésto sería el sueño de una Utopía ideal!... Pues a ello nos vemos lanzados implacablemente si seguimos adelante, desarrollando nuestra tecnología en investigación en general.

“¡El séptimo Tiempo es de descanso... para el Señor!” Ya en los países nórdicos de Europa, la inmensa mayoría de la juventud —que son parados— cobra, de sus respectivos gobiernos, con que vivir dignamente. ¡Consecuencias de la industrialización! Con menos trabajo humano se producirá más y mejor. Las industrias, empresas y demás, serán cada vez más ricas, más fabulosamente ricas. Por lo tanto los gobiernos que las gobiernen en justicia de verdad serán cada vez más poderosos. Por lo tanto, éstos, habrá de repartir más y mejor del “pastel” si quieren seguir vigentes... Pues, nos guste o no nos guste, se va a llegar pronto a tener que pagarle al pueblo soberano, a las masas laborales, su asignación, para que se queden quietas, tranquilas, de recreo... ¡y sobre todo para que no hagan revoluciones!

Los grandes países industrializados están en capacidad creciente de aumento de superproducción de alimentos y demás productos. Actualmente, la Europa del Mercado Común tiene almacenados enormes excedentes de mantequillas, cereales, carnes, etc. Miles y miles de toneladas congeladas, esperando una demanda “razonable”... Mientras, en otras partes del mundo, de éste nuestro mismo planeta azul, miles y miles de niños —y de personas mayores— ¡se nos mueren de hambre... cada día! .

Si la humanidad no quiere desaparecer en un holocausto de sangre y fuego, tendrá que adaptarse, de una vez por todas, a nuevos paradigmas, reales programas de administración y gobierno. Nadie halla la plenitud del ser —ni siquiera la simple felicidad— justificando su vida individual por el éxito económico privado; aunque éste sea logrado a fuerza de sacrificios y esfuerzos grandes. “¡Nadie se hace rico si no es por la herencia, la lotería, o la explotación del prójimo!” Solía decir mi Padre.

Si con vivezas, trampas y engaños obtenemos puestos, ganancias y preben-

das, mientras a nuestro alrededor clama justicia la miseria del pueblo, podremos alcanzar satisfacción material de apetitos groseros, pero jamás, jamás de los jamaeses alcanzaremos a vislumbrar las antesalas de la verdadera felicidad... que es el verdadero placer de ser y estar en este algo auténtico y seguro de amor y paz y satisfacción plena de vivir divino.

Tenemos que aprender los unos de los otros; y enseñarle al parado, al hombre sin trabajo ni meta, que toda vida es una basura despreciable si uno no es capaz de hacer algo por los suyos, por el contorno, por el ambiente, por la vida... aunque sólo sea limpiar una quebrada, o plantar una barbacoa, o pintar las viejas paredes sucias del barrio (¡tras limpiarlas!)...

En estos albores del año 2000 la palabra clave es, y será, SOLIDARIDAD, por no decir Comunión-de-los-Santos... que suena a mística tostada... ¡para los trasnochados!

Todos necesitamos ayuda, mayor solidaridad mutua y constante. “¡Te doy esta obra de arte y tú me traes frutos de tu huerto! —¡Te cuido los niños, un tiempo, y tú me cedes un cuarto en tu quinta de recreo, para las vacaciones! —¡Te confecciono una prenda de vestir y tú me arreglas el jardín!...”

¿Que todo esto es pura Utopía? Ya no lo creo!... Quizás lo sea aún para las mentalidades egoístas y trogloditas de valores decadentes y “demodés”, pero no para todo aquel que crea que hay que forjar al Nuevo-Hombre con espíritu de gracia y de amor. Muchos ya van despertando, pero aún quedan por lavar cerebros sucios, de esos que prefieren el oscurantismo y la mentira. Un sano lavado de cerebros sucios es muy fácil y posible gracias al “ojo de Dios”, gracias al ojo del Soberano, que es —¡o puede llegar a ser!— la televisión, una buena televisión programada y manejada sanamente, sabiamente.

En verdad el gran milagro de estos tiempos de plenitud son los medios de comunicación, TV en cabeza, que no nos quepa la menor duda. Y si los gobiernos lo desean de verdad, en esta misma generación se puede lograr un renacer social total, un Hombre-Nuevo. Recordemos, como ejemplo, la visita a nuestra tierra de Su Santidad: el Metro de Caracas, etc... ¿Quién hubiera apostado, anteriormente, por la muy digna actitud de nuestro pueblo soberano?

Durante unas clases de enseñanza elemental que daba en la penitenciaría de Sabaneta, trataba yo de explicarles a los presos la solidaridad social. Un día se me acerca uno, recio llanero sombrío de mirada fiera:

—...Y ¿Qué puedo hacer yo, profesora?...

—¡Mira, búscate un compañero que no pueda asistir a clases y enséñale a escribir!

—¡Pero es que yo mismo no sé escribir muy bien!...

—¡Pues aprende bien tú primero... y luego enseñas!

...“Y si de verdad verdad sientes la necesidad de dar pasea tu mirada por el desolado y polvoriento patio repleto de sol, y pronto encontrarás a alguien, a algún

solitario tenebroso con la mirada perdida en la desesperación. Siéntate en el suelo junto a él... háblale del calor, de la luz, de los rayos del sol... del polvo de los caminos... de la tierra... de la angustia de la muerte... del frescor de un recuerdo... de unas cartas, de una mañana mejor, de lo que sea... ¡Pero sobre todo háblale con sinceridad de verdad!... Y pronto verás como se os aparecen nuevas perspectivas en la vida diaria de ambos...”.

Siempre hay y siempre habrá nuevas perspectivas... Amazonas por descubrir... Dorados por alcanzar... Mares por cultivar... Polos por explorar... Cielos por habitar... Infiernos por alumbrar... Para el hombre auténtico que de verdad aspira a un mundo mejor, a una vida mejor, más divertida y más sana.

Panorama. 04/04/86

INDICE

	Pág.
Mírale a la cara.....	7
En la cárcel estaré también.....	9
Simón el goajiro.....	13
Las embajadas flotantes.....	16
Bichitos flotantes.....	19
Mama-Bella.....	23
Omairita, la que pintó Dios.....	26
Omairita, la que no pintó Velazquez.....	29
Raza gitana.....	31
Estrella de David.....	34
Recordando a Jorge Negrette.....	37
Akelarre.....	41
Donde están los muertos.....	44
Todos los caminos.....	47
Dos mujeres.....	51
La santa mesa.....	55
Restaurants Du Coeur.....	58
Cocina: ofrenda de amor.....	61
Diga que es para el lorito.....	64
La carta que nunca llegó.....	68
El árbol da vida.....	72
Fé de vida.....	74
Cuando florezca el azahar.....	77
Viva la muerte.....	81
Camina pueblo de Dios.....	85
Testimonio; Guernika 37.....	89
Pedacitos de historia.....	92
Estampas de Lauaxeta.....	96
Aupa Bermeo.....	98
Los caballeros de Azkoitia.....	102
De apellidos vascos en Venezuela.....	105
Iparretarrak.....	108
Vascos de Venezuela: los goajiros.....	110
Los vascos en Venezuela: Susi.....	113
Los vascos en Venezuela: Salvi.....	116
Los vascos en Venezuela: Gonzalo de Aranguren.....	119

Hemingway entre amigos.....	121
Evocaciones mágicas.....	124
Los vestidos de Marta Traba.....	127
Nuestra Señora del Senado.....	130
La torre de la mantequilla.....	134
Gracias al fútbol.....	137
Dos glorias del presente.....	141
Energía y Comunicación.....	144
Hacia un futuro de verdad.....	149